

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN LA REGIÓN ESPAÑOLA AÑOS TREINTA

Proletarios Internacionalistas



REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN LA REGIÓN ESPAÑOLA AÑOS TREINTA



REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN
EN LA REGIÓN ESPAÑOLA - AÑOS TREINTA
Proletarios Internacionalistas

Los textos de la siguiente edición fueron
Publicados por primera vez
En la revista Comunismo #66 (2017)
Y Revolución #2 (2023)

<https://es.proletariosinternacionalistas.org/>
proletariosinternacionalistas@riseup.net

Edición en México CDMX
A cargo de
Proyecto Espartaco / 2023

*La reproducción del siguiente material
por medios digitales e impresos es alentada
por los editores.*

**REVOLUCIÓN Y
CONTRARREVOLUCIÓN
EN LA REGIÓN ESPAÑOLA
AÑOS TREINTA**

Proletarios Internacionalistas



PRIMERA PARTE

LA CONCEPCIÓN HISTÓRICA COMO PRÁCTICA DE CLASE

La reapropiación de la historia de nuestra clase es una tarea fundamental para la organización y la centralización del proletariado en su lucha por la revolución comunista mundial. El balance de cada gran fase revolucionaria, y de su conclusión contrarrevolucionaria (parafraseando a Marx podríamos decir que hasta el presente «cada capítulo de la historia se concluye en la contrarrevolución»), constituye una tarea fundamental de los revolucionarios. Sin transformar los errores y las debilidades en directivas teórico-prácticas, en teoría y dirección revolucionaria, sin la denuncia de los liquidadores (en especial de las concepciones que llevaron a la liquidación de la revolución), y particularmente de todas las fuerzas que se presentan como amigas de la revolución para liquidarla mejor (gatopardismo), en fin, sin la organización en fuerza revolucionaria autónoma afuera y en contra de todas esas fuerzas gatopardistas y socialdemócratas, el proletariado no podría lograr nunca el triunfo definitivo de la revolución social.

Esta necesidad constante de la acción revolucionaria, de transformar la derrota en experiencia que conduzca a la victoria, la expresa perfectamente el título del que debiera considerarse uno de los libros más importantes sobre la mal llamada «guerra civil española»: «Jalones de derrota promesa de victoria - crítica y teoría de la revolución española (1930-1939)». En efecto, independientemente de los profundos desacuerdos que tenemos con su autor, Munis (que cuando lo escribiera recién había iniciado su ruptura con el trotskismo), éste expresa, a lo largo de ese tratado histórico político acerca de la revolución y la contrarrevolución

en España en los años 30¹, la profunda necesidad de explicar la derrota de la revolución proletaria en España, de denunciar a todas las fuerzas y concepciones que la llevaron al fracaso, para convertir esa derrota pasada en un arma de lucha para el presente y el futuro, para forjar, al mismo tiempo, la dirección que permita la victoria revolucionaria de mañana.

Claro que no podemos decir lo mismo de las toneladas de libros y artículos que se han escrito sobre la cuestión española; porque si exceptuamos muy preciadas excepciones², la gran mayoría tiene, por el contrario, el objetivo de esconder las verdaderas contradicciones de clases y de proyectos sociales antagónicos que entonces estuvieron en juego, para presentarnos una España en guerra civil entre el fascismo y el antifascismo.

Es lógico que las dos clases de la sociedad tengan, con respecto a la historia misma, como con respecto a todas las cuestiones decisivas, intereses contrapuestos. Mientras que el proletariado tiene interés en conocerse a sí mismo como fuerza revolucionaria, nada más lógico que el capitalismo construya un conjunto de visiones históricas en donde la constante es la no existencia de la fuerza revolucionaria del proletariado. El historicismo, la historia como historia de individuos o de personajes malos y buenos, como historia de las oposiciones entre izquierda y derecha, entre fascismo y antifascismo, como oposición entre conservación y progreso, como historia de las ideas o de la filosofía, como historia parlamentaria, como historia entre los partidos políticos... es

¹ La forma más correcta de expresar ese nivel supremo de lucha de clases entre los dos proyectos antagónicos posibles sería decir revolución comunista o contrarrevolución y reorganización del capitalismo, o sea, afirmar explícitamente cada vez «la revolución y la contrarrevolución en tal país durante tales años». Por razones que veremos a lo largo de todo este trabajo, las fórmulas como «revolución española» o «guerra civil» son incorrectas dado que implican e inducen a concepciones falsas. Como aquella fórmula es demasiado larga y puede resultar pesada en cada frase, no hemos encontrado otra solución para abreviarla que decir «la cuestión española», así como la «cuestión rusa» o la «cuestión mexicana» pero en todos los casos debe entenderse precisamente ese proceso revolucionario del proletariado y su derrota contrarrevolucionaria.

² El mejor ejemplo de estas excepciones es el extensísimo y valioso trabajo histórico realizado por Agustín Guillamón y la publicación que dirige, *Balance, Cuadernos de Historia del movimiento obrero* (contacto: chbalance@gmail.com).

la negación que la burguesía hace de la historia de la lucha de clases, del proletariado como fuerza. Son expresiones del capital que tratan de negar a la humanidad peleando por constituirse en fuerza, en sujeto histórico.

Es por necesidad que el capitalismo deforma y desfigura toda la historia; es como elemento indispensable de la reproducción de la contrarrevolución que la burguesía intenta, por todos los medios, liquidar la memoria histórica de nuestra clase. La obra ideológica fundamental realizada por el Estado consiste en camuflar las verdaderas contradicciones de clase, en presentarlas como antagonismos internos del esquema burgués de poder, en esconder la fuerza de la revolución. En todas las grandes —y pequeñas!— experiencias históricas se verifica esa constante, aunque para ello se utilicen diferentes procedimientos.

En Rusia, antes y después de 1917, se negó la fuerza revolucionaria del proletariado y su capacidad para luchar por una sociedad comunista. Más aún, la misma concepción contrarrevolucionaria que niega antes de 1917 la posibilidad de la revolución proletaria, servirá de fundamento para la política contrarrevolucionaria aplicada luego desde el poder contra el proletariado. Así, al principio, se niega hasta la existencia misma del proletariado, en base a mil teorías que hablan del «atraso ruso», de un «capitalismo mezclado con otros modos de producción» como el feudal, del «peso del campesinado», de la «necesidad de las tareas democrático burguesas», de la «inevitabilidad de la revolución burguesa»... Luego, cuando la revolución proletaria en Rusia deja en evidencia la falsedad de aquella visión, cuando aquella concepción socialdemócrata, que negaba la posibilidad de la revolución proletaria, resulta criticada por el proletariado armado e insurrecto (¡el arma de la crítica contra la concepción socialdemócrata desarrollada por un puñado de revolucionarios en el mundo, había cedido el paso a la crítica por las armas!), la misma parece desmoronarse por completo. Pero aquella concepción logrará adaptarse a las nuevas condiciones. Se sostendrá, entonces, que, dada la debilidad del proletariado no se puede continuar con la revolución comunista, sino que tiene que conformarse con realizar las tareas democráticas que «la burguesía hubiera debido realizar» (leninismo, trotskismo...), que el «capitalismo de Estado», y en general las nacionalizaciones, serían un avance para nuestra clase, en fin, que dada su endebles, el proletariado en ese país tiene total interés en sacrificarse por el desarrollo industrial capitalista (taylorismo que Lenin quiere aplicar desde 1918), que hasta el desarrollo mercantil, la propiedad privada particular

(NEP: «nueva política económica» implementada por los bolcheviques) es un paso indispensable en el «largo camino hacia el socialismo».

Como lo hemos puesto en evidencia en diferentes trabajos sobre el tema, ese liquidacionismo reformista y contrarrevolucionario de la autonomía proletaria no podía ahora achacársele a Bernstein o Kautsky, sino que fue defendido por los bolcheviques y su programa socialdemócrata con Lenin, Trotsky, Stalin, Zinoviev, Kamenev y Bujarin a la cabeza³. La reorganización y las altas tasas de desarrollo del capitalismo, logrado al fin en la era estalinista gracias a una situación de explotación y terrorismo de Estado sin igual y a la invención del «socialismo en un solo país», fue el broche de oro de dicha concepción. La verdadera lucha revolucionaria del proletariado internacional, y en particular del proletariado en la región rusa (¡mucho mayor que Rusia!), quedará sepultada en las toneladas de falsificación que se escribirán en los 5 continentes para explicar «el socialismo»⁴.

En España constatamos más de lo mismo. Antes y durante la ola revolucionaria de la década del 30, la socialdemocracia, en todas sus variantes, teoriza exactamente la misma debilidad del proletariado que en Rusia: que se trataba de un país feudal o semifeudal, que predominaba el campesinado, que los obreros eran pocos, que «el anarquismo se debía al poco desarrollo político del proletariado», «incumplimiento de la revolución democrático burguesa»... A pesar de que el proletariado desmiente,

³ Ver al respecto «Rusia, Contrarrevolución y Desarrollo del Capitalismo», en *Comunismo* n° 15, 16, 17 y 18; como también «Leninismo y Contrarrevolución I y II», en *Comunismo* n°55 y 56 respectivamente. Ver también el libro «La Contrarrevolución Rusa y el Desarrollo del capitalismo», distribuido por: Libros de Anarres (en América latina) edicionesanrres@gmail.com y Virus (en España).

Todo disponible en

<https://bibliotecacuadernosdenegacion.blogspot.com/2022/01/revista-comunismo.html>

⁴ El mismo trotskismo es un buen ejemplo de esta concepción, de esta falsificación. Nunca dejará de repetir la vieja idea social-demócrata de la debilidad histórica del proletariado en Rusia y de apoyar «críticamente» el desarrollo impuesto por el estalinismo. La innegable explotación y represión del proletariado no serán explicados por medio de la lucha entre clases antagónicas, como producto de la contrarrevolución burguesa, sino recurriendo al viejo expediente de la burocracia, de las contradicciones secundarias entre capas sociales.

con su acción autónoma y su fuerza insurreccional, toda esa concepción, la misma logra adaptarse y reposicionarse: hasta en los momentos supremos, se utilizará el argumento de la debilidad del proletariado para justificar la política burguesa de alianzas, de frentes, de sumisión al Estado y al ejército burgués. Dicha concepción logrará, al fin, imponerse política y militarmente contra los intereses revolucionarios: el debilitamiento del proletariado y la repolarización de la sociedad entre fuerzas burguesas es en realidad un mismo proceso. En fin, la misma servirá para construir la visión que hoy es dominante sobre España: lo que existió fue una guerra civil entre republicanos y fascistas; historia oficial en donde el proletariado y su lucha por la revolución comunista no tienen lugar.

No estamos afirmando la fuerza del proletariado y de su revolución en contraposición metafísica con el desarrollo del movimiento mismo; sino que, por el contrario, ponemos en evidencia que ese tipo de concepciones sobre la debilidad del proletariado son producto de intereses dados y que además tienen una importancia decisiva en la historia: corresponden a la visión y los intereses de la clase dominante y cuando las mismas logran dominar al proletariado terminan objetivamente debilitándolo, logrando al fin liquidarlo. La mentira sobre la debilidad del proletariado logra imponerse como ideología y se encarna en la realidad. Cuando esa ideología se impregna en las masas juega un papel material decisivo contra la fuerza del proletariado: el círculo se cierra cuando la creencia en lo falso domina tanto que la burguesía logra, en base a ello, movilizar parte de ese movimiento, poniéndolo a su servicio, y liquidar ideológica y físicamente la fuerza autónoma de clase. Así, todas las corrientes que defendían la tesis de una España con feudalismo y tareas democrático burguesas por realizar, se situaron en las antípodas de los intereses del proletariado y de su movimiento revolucionario, y lucharon por transformar la lucha de clases y los proyectos antagónicos de la burguesía y el proletariado (capitalismo y comunismo) en una lucha interburguesa entre formas de gobierno y gestión del Capital. Y en esa lucha, fueron esas fuerzas las que, en última instancia, ganaron, haciendo realidad lo que no era, en principio, más que su necesidad: que la guerra fuese solo una guerra entre republicanos y franquistas, entre fascistas y antifascistas. Nada más lógico, entonces, que esta práctica social decisiva de la contrarrevolución se corresponda con una visión de la historia de España, en la cual lo único que habría sucedido, en ese período, sería una guerra civil entre fascistas y antifascistas, entre franquistas y republicanos. Es la visión dominante sobre la cuestión

española, y toda la literatura sobre ese período, salvo algunas excepciones y materiales militantes, presenta las cosas así.

Es lógico que el proletariado, sus militantes, sus organizaciones revolucionarias, se sitúen en las antípodas de aquellas concepciones (de esa práctica social global), que en cada momento histórico intenten captar los esfuerzos del proletariado por organizarse como fuerza histórica contrapuesta a todo el orden capitalista. Nosotros nos situamos abiertamente en esta perspectiva y, si bien hemos ojeado mucho de lo que escriben nuestros enemigos, nos concentramos particularmente en esa minoría de escritos que tratan el asunto como realmente fue: una gigantesca batalla del proletariado internacional contra todas las fracciones del capital nacional e internacional y su Estado en sus diferentes expresiones (republicano, antifascista, fascista, etc.)

En efecto, nuestro grupo, situándose en continuidad con todas las organizaciones, núcleos y militantes revolucionarios del pasado, no ha dejado, desde su fundación, de concentrar sus esfuerzos en el estudio de la revolución y la contrarrevolución internacionales, no ha cesado un instante de actuar internacionalmente, realizando el balance de las luchas proletarias del pasado y trazando las perspectivas del accionar revolucionario internacionalista⁵.

⁵ Para nuestro grupo esta tarea es prioritaria y central, pero evidentemente está lejos de ser la única que estructuramos. Intentamos asumir, dentro de nuestras escasas fuerzas, todas las tareas que el movimiento nos exige, jerarquizándolas según las necesidades históricas del mismo.

Combate por la Historia

MANIFIESTO

La amnesia, pactada por los sindicatos y partidos políticos de la oposición democrática con los últimos gestores del Estado franquista a la muerte del dictador, fue un aspecto más de la Transición, que tuvo importantes consecuencias para la memoria histórica de la Dictadura Franquista y la Guerra Civil. La amnistía significó un borrón y cuenta nueva con el pasado. Ello imponía el olvido deliberado y «necesario» de toda la historia anterior a 1978. Era preciso reescribir una nueva Historia Oficial, puesto que la versión franquista y la antifranquista ya no servían al nuevo poder establecido, bajo una óptica superadora de los antagonismos que determinaron la guerra civil española.

En la actualidad, desvanecida de la memoria colectiva cualquier referencia conflictiva, antagónica, o que pusiera de manifiesto que la guerra civil fue también una guerra de clases, ha comenzado la tarea de su recuperación como episodio de la historia burguesa. Los mandarines de la Historia Oficial, minimizado o ignorado el carácter proletario y revolucionario de la guerra civil, acometen la recuperación del pasado como relato de la formación y consolidación histórica de la burguesía democrática, o en las autonomías históricas, como justificación de su constitución en nación.

Se arrebató a la clase obrera su protagonismo histórico, en beneficio de los nuevos mitos democráticos y nacionalistas de la burguesía que detenta ahora el poder económico y político.

LA MEMORIA HISTÓRICA ES UN CAMPO DE BATALLA DE LA LUCHA DE CLASES.

Las instituciones burguesas del aparato cultural del Estado tratarán siempre de controlar y utilizar la historia en su provecho, ocultando, ignorando o tergiversando los hechos que cuestionan o ponen en entredicho la dominación de clase, a lo cual se avienen gustosos, salvo raras y honrosas excepciones, los académicos e historiadores profesionales. La publicación de Queridos camaradas de Elorza y Bizcarrondo; los capítulos de Casanova, Solé y Villarroya, del libro Víctimas de la guerra civil, coordinado por Santos Juliá, que es además autor de una introducción «antológica»; o el inefable

curso sobre la guerra civil, organizado en marzo-mayo pasados por el servil Museo de Historia de Cataluña, son los ejemplos más recientes que ilustran la Historia Oficial de que se habla en este Manifiesto.

LA HISTORIA OFICIAL ES LA HISTORIA DE CLASE DE LA BURGUESÍA.

La objetividad, como idea platónica, no existe en la realidad de una sociedad dividida en clases sociales. En el caso concreto de la historia de la Guerra Civil, la Historia Oficial se caracteriza por su EXTRAORDINARIA ineptitud y su no menos EXTRAVAGANTE actitud. La INEPTITUD radica en su incapacidad absoluta para alcanzar, o siquiera intentarlo, un mínimo rigor científico. La ACTITUD viene dada por su consciente IGNORANCIA o NEGACIÓN de la existencia de un potentísimo movimiento revolucionario, mayoritariamente libertario, que condicionó, se quiera o no, todos los aspectos de la guerra civil. Estos funcionarios de la burguesía, en el campo de la historia, incurren en diversas aberraciones intelectuales (aberrantes incluso desde una perspectiva burguesa): EXALTAN Y ELOGIAN los métodos y la eficacia represiva del SIM. Quizás no son demasiado conscientes de que con ello están elogiando la tortura, y hasta es posible que personalmente sean partidarios del procesamiento de Pinochet. Pero es éste un aspecto que, como ningún otro, delata la influencia de la perspectiva e intereses de clase en el trabajo histórico, porque ese elogio de la eficacia del SIM contra los revolucionarios, corre paralelo al horror mostrado ante la violencia de clase, desencadenada en julio de 1936 por los «incontrolados» contra la burguesía. Pueden ser especialistas en el tema de la violencia, contables eficientes de muertes violentas, que muestran sin embargo una total parcialidad cuando califican de «terror» anarquista o «eficacia» policíaca lo que no deja de ser siempre violencia de una clase contra otra. Sólo que para ellos la violencia obrera es terror, y en cambio, la violencia del SIM es eficacia. No hay más razón que su perspectiva de clase. La violencia se mide por un doble rasero, según el toma y daca de quien la ejerza o la sufra.

NIEGAN, aunque prefieren IGNORAR, porque resulta más cómodo, efectivo y elegante, la fuerza decisiva en la zona republicana de un movimiento revolucionario, mayoritariamente anarquista.

NIEGAN, o disminuyen hasta límites que falsifican los hechos, documentalmente probados, el enorme papel represivo, reaccionario y cómplice de la Iglesia Católica en el golpe de estado militar, y

su participación activa en la preparación, desencadenamiento y bendición de la posterior represión fascista.

LAMENTAN que George Orwell escribiera un «maldito» libro que jamás debió leerse, y Ken Loach filmara una «horrorosa» película que jamás debió verse.

Queremos lanzar una señal de ALARMA contra una creciente marea de historiadores revisionistas de la guerra civil española.

ALARMA por la decidida falsificación de los hechos históricos de que hacen gala, pese a la documentación disponible. Los hechos mismos pasan a la clandestinidad y los documentos son ignorados, o malinterpretados. La historiografía sobre la guerra civil ha pasado de ser una historia militante, hecha por protagonistas y testigos de la guerra civil, con todos los riesgos que ello supone, pero también con la pasión insustituible de quien no juega con palabras porque antes se ha jugado la vida, a ser una historia académica mema, caracterizada por el disparate, la incomprensión e incluso el desprecio a los militantes y organizaciones del movimiento obrero. ALARMA ante la creciente banalización de la Historia Oficial, y la metódica marginación de las investigaciones que ponen de relieve el decisivo papel histórico del movimiento obrero, por más rigurosas que sean. En realidad, existe una absoluta incapacidad por parte de los historiadores burgueses no ya para comprender, sino siquiera aceptar, la existencia histórica de un movimiento revolucionario de masas en la España de 1936. Nos hallamos ante una historia negacionista del movimiento revolucionario que se desarrolló durante el período de la guerra civil.

La Historia Oficial plantea la guerra civil como una dicotomía entre fascismo y antifascismo, que facilita el consenso entre los historiadores académicos de izquierda y derecha, los nacional-catalanistas y los post-estalinistas que, todos juntos, coinciden en descargar el fracaso republicano en el radicalismo de anarquistas, poumistas y masas revolucionarias, que se convierten de este modo en la víctima propiciatoria común.

Con la ignorancia, omisión o minimización de las connotaciones proletarias y revolucionarias que caracterizaron el período republicano y la guerra civil, la Historia Oficial consigue ponerlo todo del revés, de forma que sus principales popes se imponen la tarea de reescribirlo todo DE NUEVO, y consumir de este modo la expropiación de la memoria histórica, como un acto más del proceso de expropiación general de la clase trabajadora. Pues, a fin de cuentas, la historiografía es quien elabora la Historia. Si, paralelamente a la desaparición de la generación que vivió la guerra, los libros y manuales de la Historia Oficial ignoran la existencia de un magnífico

movimiento anarquista y revolucionario, dentro de diez años se atreverán a decir que ese movimiento NO HA EXISTIDO. Los mandarines creen firmemente que NUNCA ha existido aquello sobre lo que ELLOS no escriben: si la historia cuestiona el presente, la niegan.

Hay una contradicción flagrante entre el oficio de recuperación de la memoria histórica, y la profesión de servidores de la Historia Oficial, que necesita olvidar y borrar la existencia en el pasado, y por lo tanto la posibilidad en el futuro, de un temible movimiento obrero revolucionario de masas. Esta contradicción entre el oficio y la profesión se resuelve mediante la ignorancia de aquello que saben o deberían saber; y eso les convierte en necios. La Historia Oficial pretende ser objetiva, imparcial y global. Pero se caracteriza por su incapacidad para reconocer el carácter clasista de su pretendida objetividad. Es necesariamente parcial, y no puede adoptar más perspectiva que la perspectiva de clase de la burguesía. Es necesariamente excluyente, y excluye del pasado, del futuro y del presente a la clase obrera. La Sociología Oficial insiste en convencernos que ya no existe la clase obrera, ni la lucha de clases; a la Historia Oficial le toca convencernos de que nunca existió. Un presente perpetuo, complaciente y acrítico banaliza el pasado y destruye la conciencia histórica. Los historiadores de la burguesía tienen que reescribir el pasado, como lo hacía una y otra vez el Gran Hermano. Necesitan ocultar que la Guerra Civil fue una guerra de clases. Quien controla el presente, controla el pasado, quien controla el pasado, decide el futuro. La Historia Oficial es la historia de la burguesía, y hoy tiene por misión mitificar los nacionalismos, la democracia liberal y la economía de mercado, para convencernos de que son eternos, inmutables e inamovibles.

Cuadernos de Balance

Barcelona, 8 de julio de 1999



Barcelona, 1909



Carga policial durante la huelga de febrero de 1902 en Barcelona.



Manifestación anticlerical. Barcelona, 1910.



*Proletarios construyendo una barricada,
en la revuelta de Barcelona en julio de 1909*

El proletariado en España a contracorriente

Para captar la importancia mundial e histórica de la lucha revolucionaria del proletariado en España, es indispensable situar dicho movimiento en el conjunto de la lucha del proletariado mundial por su emancipación. Resulta imprescindible señalar que el movimiento revolucionario del proletariado, en la región española, durante los años treinta, es en realidad la última tentativa revolucionaria de la mayor ola mundial de luchas proletarias que se ha producido hasta la actualidad. Dicho período de luchas, se inicia en los albores del siglo XX, con los grandes movimientos proletarios en diferentes países, especialmente durante los años 1904/1905 (Rusia, Bélgica, Argentina...), pero tiene su mayor impulso gracias al accionar abiertamente revolucionario de nuestra clase en México. El desencadenamiento de la guerra imperialista generalizada, que constituye un ataque en regla contra el proletariado mundial, luego de un primer momento de paralización, no sólo no logra liquidar la acción revolucionaria, sino que, por el contrario, la lucha revolucionaria contra la guerra asume un carácter todavía más decidido y general, llegando a su máxima expresión durante 1917/1921 con un conjunto de grandes movimientos insurreccionales en diversos continentes, pero centralizado fundamentalmente en Europa central: Rusia, Ucrania, Alemania, Hungría...

Durante esos años, si bien se producen luchas proletarias, huelgas generales y enfrentamientos en España (1909 —la denominada por los burgueses semana trágica o la semana grandiosa por los revolucionarios—, la huelga general de 1917, la ola de conflictos obreros en 1919...) los mismos no se sitúan a la altura del movimiento insurreccional de los países citados. Por el contrario, el gran combate revolucionario del proletariado en España se producirá a destiempo, después, desfasado, con respecto a la ola revolucionaria de las luchas de los años 1917/21.

En efecto, luego de su punto más álgido a nivel mundial (tal vez 1917/19), se produce la derrota cada vez más profunda del proletariado durante toda la década del 20. La reorganización del orden burgués en Rusia, las sucesivas derrotas del proletariado en Alemania, y la consecuente represión generalizada, así como la liquidación de los diversos movimientos revolucionarios en otros países, será la característica más general de los años 20. Sobre esa base contrarrevolucionaria se erigirán un conjunto de movimientos populistas y nacionalistas (estalinismo, fascismo,

antiimperialismo, frentepopulismo, nazismo...) cuya característica central es la apología del trabajo y la nación, la movilización masiva laboral y militarista.

Durante dicho proceso contrarrevolucionario, van a desarrollarse dos grandes movimientos proletarios a contracorriente, que suscitarán la atención de todo el proletariado mundial, acerca de los cuales se concentrarán las actividades, lecturas y polémicas de los diversos núcleos de revolucionarios que se encontraban desparramados por el mundo (en general exilados y perseguidos). El primero de ellos se desarrolla en China (1926/27), en donde el leninismo/estalinismo logra desarmar al proletariado, en base al frentepopulismo y la liberación nacional, facilitando así la masacre y el triunfo de la contrarrevolución. El otro es precisamente el movimiento revolucionario en España durante toda la década del 30, que justamente se desarrollará en una soledad impresionante, lo que facilitará la acción internacional de la contrarrevolución. También aquí la acción del leninismo/estalinismo (como potencia armada, Estatal e imperial) será decisiva, para imponer la contrarrevolución frentepopulista y el consecuente triunfo de Franco.

En dicho período conocemos sólo dos excepciones a esa situación. En efecto, solo hemos encontrado, además de la región española y la china, dos ejemplos de luchas proletarias generalizadas, con carácter seminsurreccional, a nivel de un país, en la década del 30, que merecerían una investigación adecuada: Austria y El Salvador (y parcialmente Nicaragua).

Se podría también considerar el caso del proletariado en Francia, durante esos mismos años. Sin embargo, el Frente Popular acabará muy rápidamente con las tentativas de lucha, por lo que no se puede hablar de verdadera lucha proletaria, con carácter insurreccional, como en los otros casos.

Por consiguiente, cuando el proletariado en España entra realmente en escena, como fuerza autónoma, con peso internacional (como veremos principalmente a partir de 1931), ya se había producido la represión y liquidación del proletariado en China, que había sido el último gran ejemplo de lucha insurreccional. El capital tendía, ineluctablemente, a la guerra imperialista, repolarizando el mundo entre fascistas y antifascistas, afirmando así la necesidad de imponer su ciclo infernal (depresión, guerra, reconstrucción...), para seguir reproduciéndose en forma ampliada. Es decir, que el proletariado en la región española, altera el mortuorio orden generalizado existente en el resto del mundo,

donde dicha clase social, como fuerza histórica, había desaparecido, al encontrarse disciplinado en los frentes populares y nacionales: negación negativa del proletariado, que tiene su punto culminante en la guerra misma⁶.

Es decir, que la última gran batalla de la resistencia proletaria a someterse a la guerra capitalista, en donde el proletariado afirma la lucha contra el capitalismo, fue la lucha en España durante los años 30 (y como dijimos en El Salvador y Austria, en una medida, seguramente inferior, y que no tenemos los elementos para evaluar adecuadamente). La derrota, la liquidación de la autonomía proletaria que se producirá particularmente durante el período de julio de 1936 a mayo de 1937, al transformar en España la guerra de clases en guerra imperialista, abre definitivamente las puertas a la generalización de la guerra capitalista a nivel mundial, que culminará con lo que se ha dado en llamar «Segunda Guerra Mundial». O, dicho de otra forma, a la monstruosidad contrarrevolucionaria generalizada, que cristalizaban el fascismo, el estalinismo, el antifascismo..., solo le quedaba un obstáculo para imponer la carnicería suprema (imás de 60 millones de muertos!): ese obstáculo era la revolución, la lucha revolucionaria que en España fue capaz de llevar adelante el proletariado. Es, si se quiere, la última resistencia humana a una de las mayores masacres de la historia. Por situarse a contracorriente, por su fuerza ejemplar, por constituir un ejemplo palpitante de la lucha por la revolución comunista contra todos los enemigos aliados, la lucha revolucionaria del proletariado en España seguirá alumbrando y guiando las generaciones futuras de revolucionarios. ¡De ahí tantos intereses en falsificarla! De ahí el interés que tenemos en sacar a la luz la crítica de tanta porquería escrita, de ahí la energía que las fracciones de vanguardia del proletariado han puesto, y pondrán, para conocer y hacer conocer lo que

⁶ Cuando hablamos de la negación negativa del proletariado nos referimos a su tendencia a desaparecer totalmente como clase autónoma, condición necesaria para servir de carne de cañón de los intereses nacionalistas: la carnicería generalizada de la guerra imperialista es el nivel supremo de ese matanza mutua y destrucción física del proletariado, en el altar de la guerra impuesta por el lucro burgués. En ese sentido, tal como ya lo hemos señalado en muchas ocasiones, se contrapone a la negación positiva del proletariado, cuando éste se unifica, se constituye en fuerza, en clase internacional, en clase dominante para autonegarse como clase, negando a toda la sociedad del lucro, a todas las clases y Estados.

nos enseña esa lucha revolucionaria, solo comparable con la revolución proletaria en México, en Rusia, en Alemania.

El ABC sobre la cuestión española

Insistir sobre el «abc de la cuestión española», que en realidad es exactamente lo mismo que el «abc de la lucha de clases», implica combatir todas las ideologías que han pretendido ver en España contradicciones particulares, condiciones únicas en el mundo o especificidades debidas al supuesto atraso o a la falta de desarrollo capitalista.

Para nosotros, hay sólo una cosa realmente particular en España, y es el desfase con el que llega la confrontación con respecto a la lucha de clases en otros países. Como afirmábamos más arriba, el proletariado había sido derrotado en todo el mundo, cuando en la década del 30 éste hace temblar el orden burgués en España. Esa es, para nosotros, la única excepción. Contrariamente a todo lo que se dice, la lucha de clases en esa región es igual que en todas partes, una lucha entre el capital y el proletariado y todo lo demás es una gigantesca mentira.

Dada la complejidad aparente con la que la cuestión española es presentada, este criterio de clase es indispensable, para no enredarse en las mil y unas cuestiones personales, de fracciones, de posiciones y grupos, que ha hecho escribir, a más de uno, que la «cuestión española» es un laberinto inextricable. La complejidad misma es crucial en la falsificación. Partamos pues de lo que es más simple para nosotros, proletarios, y descubriremos la clave de todo el proceso. El punto de vista del proletariado es siempre el de sus intereses materiales e históricos, el de su antagonismo general con toda la sociedad del capital, el de su necesidad de contraponerse al capital y su Estado. Esta es la tendencia «natural» del proletariado cuando actúa como clase. Sin embargo, en el proceso de asociacionismo, en la organización proletaria en contraposición a la propiedad privada y todos sus defensores, aparecen un conjunto de ideologías, de «teorías socialistas que los intelectuales introducen en la clase», según las cuales «es demasiado prematura la lucha por la revolución social», «lo que hay que hacer ahora es apoyar a tal gobierno progresista», «hay que hacer una alianza con tal o cual sector de la burguesía», «el enemigo principal es el fascismo, el feudalismo, el atraso o, lo que

sea». No es que en España dichas teorías fuesen originales (a pesar de la pretensión de algunos de los autores); sino que por el hecho de que toda la burguesía mundial (con sus respectivas expresiones «nacionales») intenta transformar esa lucha revolucionaria en guerra imperialista, se produce la presencia simultánea de multitud de expresiones ideológicas que se encaminan a desdibujar aquella simplicidad de las contradicciones de clase, que caracteriza todo el capitalismo, y a confundir todo en un enjambre confuso de ideologías. La confusión es enorme, llegando en algunos casos al extremo de explicar esa formidable lucha en España como producto de un conflicto ideológico. Hasta algunos de sus protagonistas presentan lo sucedido sin tener en cuenta en absoluto la contraposición de clases, como si en España se hubiesen enfrentado «ideas», o principios «estatistas» versus «anarquistas», o según otros «la reacción» y «el progreso», o diferentes «tipos de socialismo»: «socialismo libertario» versus «socialismo autoritario».

Es totalmente lógico que quienes presentan las cosas de tal manera, se alineen necesariamente, como sucedió prácticamente, en uno de los lados de la guerra imperialista, sea a favor del franquismo, sea del antifranquismo; es decir, que pongan todas sus fuerzas en la lucha para liquidar al proletariado como clase, como fuerza y transformarlo en simple masa de maniobras o más concretamente en carne de cañón.

Desde el punto de vista de nuestra clase, las cosas son simples, transparentes: el proletariado se enfrenta al capital y al Estado burgués, exactamente igual que en cualquier otra parte. Esa es la contradicción real, profunda, total, que determina, como en cualquier otra parte, a todas las demás. Las «dos Españas», «el atraso no permite...», «el feudalismo y el capitalismo», «las tareas democrático burguesas», la «revolución burguesa incompleta», las «necesidades de la guerra», «la lucha contra el fascismo», son, sin excepción, ideologías, anzuelos de la burguesía para ensartar al proletariado, abombarlo y arrastrarlo para mejor servirse de él.

Desde el punto de vista del proletariado no puede haber absolutamente ninguna duda, se trata de una cuestión de vida o muerte, o se fortifica como clase o se lo destruye transformándolo en base de apoyo de las distintas fracciones burguesas, enviándolo al frente, transformándolo en ejército (industrial y militar.) Y en el ejército republicano o franquista, en la lucha fascista/antifascista, dígame lo que se diga, el proletariado no es clase, no se afirma a sí mismo, sino que da su vida, sus tripas, su

sudor y su sangre en beneficio de los (éstos sí) complejos intereses de la ganancia capitalista, del reparto del mundo entre potencias burguesas afincadas en España y al mismo tiempo internacionales. El proletariado no entra en la guerra capitalista (fascismo-antifascismo) como clase, sino como carne de cañón, como negación negativa del proletariado.

Comprendidas las cosas precisamente así, en toda su simplicidad⁷, toda alianza interclasista o renuncia a esa simplicidad, es un abandono de la posición proletaria. Es totalmente transparente que las organizaciones que se decían obreras, como el PSOE o el PCE (o el PCUS), afirmaban claramente que no había que hacer la revolución social sino la guerra, que el enemigo no era el capitalismo y la burguesía, sino el fascismo. Siempre fueron coherentes en fortificar el Estado burgués para ello, en desarmar el «caos» proletario y armar el orden y el ejército («Todas las armas al frente»).

En cambio, otras organizaciones como la CNT o la FAI, oscilarán con respecto a esa simplicidad durante toda su existencia, en función de la oportunidad, de los períodos, de las estructuras, de los «programas» y/o dirigentes. Sin embargo, las especulaciones sobre «las particularidades de la cuestión española», sobre «el enemigo principal», sobre el hecho de que «la derecha es peor» conducirán a dichas organizaciones, de especulación en especulación, a renunciar a todas las posiciones de clase que se habían expresado en su seno. Dichas estructuras perderán así su carácter contradictorio desde la adopción misma de las tesis frentepopulistas de «primero la guerra, luego la revolución» e implicarán su alineamiento total en la guerra interburguesa, constituyéndose en parte fundamental del Estado burgués, impulsando desde entonces el encuadramiento y la militarización del proletariado. En definitiva, esas organizaciones, dentro de las cuales se habían asociado proletarios en su lucha, liquidarán totalmente esta posibilidad y se afirmarán como actores principales para la reorganización del orden burgués. El POUM, por su parte, como buena organización centrista presentará esta oscilación como elemento central de su política.

Todo lo que en España parece complicado, sobre el qué hacer, sobre las consignas, es fruto del abandono fundamental de ese simple análisis de clase que indica: el enemigo es la burguesía y el Estado, no hay un gobierno mejor que otro, no hay una burguesía mejor que otra, la posición del proletariado, frente a la policía y al ejército, es simplemente la de su destrucción. En cam-

bio, el POUM y más tarde la CNT, argumentarán todo lo contrario: «que hay que hacer la guerra», que «el enemigo es el fascismo», «que el gobierno de la República es pequeño burgués», «el carácter excepcional, popular, de las organizaciones burguesas de izquierda»⁷...

Sin embargo, si en ruptura con la historia oficial, se corre el velo de las superficialidades ideológicas, se constata enseguida que la clave es la contraposición de clases, el antagonismo entre necesidades humanas y el Estado burgués. A ese nivel fundamental, es clarísimo que el fascismo y el antifascismo son dos mandíbulas de la misma jeta sanguinaria, dos discursos del mismo monstruo. En efecto, cuando no se olvida nunca el carácter burgués del Estado, y se tiene en cuenta que su objetivo es, como siempre, liquidar la revolución, reventar al proletariado autónomo, desarmar a los grupos de proletarios que no aceptan someterse a la disciplina estatal..., todo lo ideológico queda clarísimo. Así, cada discurso oficial de la República, cada llamado a «renunciar a todo menos a la victoria», «dejar de lado las desavenencias en la retaguardia» sea hecho por Azaña, Companys, Federica Montseny, Andrés Nin, Juan Negrín o Abad de Santillán, adquiere su real significado.

¡Cuánto más simple son las cosas si, contra todos los elementos ideológicos, contra todos los pretextos y mentiras, no olvidamos nunca que el Estado burgués, cualquiera sea su forma, es el capital constituido en fuerza y el órgano vital de opresión del proletariado! ¡Cuánto más transparente resulta cada hecho, y cada figura histórica, si dejamos de lado lo que esos individuos dicen de sí mismos, y vemos si dicha figura luchó por el proletariado o se puso al servicio del Estado!

¡Cómo también quedan claros los discursos de ambos lados del frente de batalla para llamar a la reorganización sindical del trabajo y la marcha hacia la guerra, si no perdemos de vista que

⁷ Los centristas y reformistas de cada país subrayan siempre el carácter excepcional, popular, de las organizaciones burguesas de izquierda de cada país», decía Moulin, militante que se definía como trotskista o mejor dicho bolchevique leninista, en un artículo de denuncia contra el POUM por su participación gubernamental titulado «El POUM se convierte en partido gubernamental». Moulin fue desaparecido y torturado a muerte por los lenino/estalinistas.

de los dos lados de la guerra se impulsan la misma reorganización del capital.

A lo largo de nuestra exposición, veremos la tragedia en la que se sumerge la lucha proletaria en España, donde los dirigentes fundamentales de la misma irán pasando a integrar los cuadros del Estado burgués, y pedirán a los proletarios que abandonen su lucha clasista, hasta desarmarlos y derrotarlos. Veremos que para ello se irán liquidando aquellas bases instintivas y simples de lucha contra la propiedad privada y el Estado que, durante décadas, había caracterizado la lucha del proletariado en esa región, y se construirán complejas explicaciones y teorías para justificar esas claudicaciones.

Exposición de los hechos más relevantes

Como afirmábamos anteriormente, en la década de 1930, contradiciendo la situación mundial de derrota proletaria, la agitación y lucha proletaria en España sigue creciendo. Mientras que en todo el mundo la contrarrevolución se consolida, con el proletariado y sus estructuras derrotadas, aplastadas y/o canalizadas, con los revolucionarios liquidados y reducidos a un puñado de supervivientes esparcidos y refugiados por diversas regiones, en España, por el contrario, la situación se presenta totalmente diferente. En esa región, como resultado de ese desfase temporal en la lucha, el asociacionismo proletario está en pleno auge, derrochando vitalidad y energía, fortaleciéndose y delimitándose cada vez más con respecto a su enemigo histórico por medio de la lucha y contraposición al Estado burgués. A lo largo de ese periodo, este asociacionismo no dejará de crecer, y será, como siempre, la base sobre la que se afirme el proletariado como sujeto de la revolución.

Antecedentes a las luchas de los años 30

Claro que toda esta afirmación clasista, que emerge con fuerza en esa década, no se puede entender sin captarla como producto histórico de la lucha y experiencia del proletariado mundial, de los combates y tentativas del pasado por organizarse como clase. No podemos reapropiarnos con profundidad de este episodio

histórico sin comprenderlo como continuidad de las luchas del pasado. Por consiguiente, sin necesidad de remontarnos muy atrás, podemos reconocer una parte de sus antecedentes en las luchas y esfuerzos del proletariado en el siglo XIX por organizar internacionalmente su combate. En España, esto se concreta en la lucha por instaurar una sección de la Primera Internacional, como la Federación Regional Española⁸, por constituir grupos de acción como los «defensores de la Internacional», por combatir el parlamentarismo y defender la acción directa. La burguesía no escatimará en medios para frenar y neutralizar estas tentativas del proletariado por constituirse en clase que desafiaban su dominación. El Estado utilizará toda clase de operaciones para frenar el avance de nuestra clase: cambios en el aparato de Estado, aumento de las medidas represivas, declaraciones de estado de guerra, impunidad para la represión, asesinato selectivo de militantes, guerra de Marruecos, ley de fugas, lockouts, deportaciones, detenciones masivas, listas negras, torturas, concesiones, libertades democráticas, sindicalismo, parlamentarismo... En todo este combate, el proletariado intentará responder golpe por golpe: al terrorismo de Estado le opondrá el terrorismo revolucionario, a la guerra de marruecos la lucha contra su propia burguesía, al sindicalismo y al parlamentarismo la acción directa contra el Estado y el capital.

No podemos dejar de señalar la semana de lucha que hubo en Barcelona en 1909, contra la guerra de Marruecos y la Iglesia. En este episodio, conocido como Semana Trágica (denominación dada por la burguesía), muchos de los edificios de culto del capital –parroquias, conventos, escuelas religiosas– fueron pasto de las llamas. Una vez más, el proletariado señalaba a la Iglesia como fuerza del capital que propiciaba su miseria y la muerte de sus hermanos en la guerra de Marruecos. Cabe destacar que muchos dirigentes de esta revuelta fueron prostitutas que rechazaban la miseria y el arrinconamiento a la que eran sometidas, bajo la cobertura higienista⁹.

⁸ La creación de estas federaciones regionales finalistas fue una tendencia mundial del proletariado en el siglo XIX que expresaba su unidad internacional, su gran fortaleza unitaria y su proyecto social único e internacional. Ello se sitúa en continuidad de la obra de la AIT y forma parte del proceso reorganizativo del proletariado como clase y por lo tanto como partido internacionalista.

⁹ Recordando esa gesta proletaria, un siglo después, en el 2009 se realizaron acciones en 22 centros religiosos de Barcelona. Otros actos

Será justamente en el siglo XX, a partir de su segunda década, donde este combate de clases adquirirá momentos relevantes. Precisamente, en 1917, las noticias de las luchas internacionales llevadas a cabo por el proletariado, especialmente lo que tiene que ver con el proceso revolucionario en Rusia, llegan a los oídos de los explotados en España, aportándoles fuerza y determinación en la lucha contra el agravamiento de sus condiciones materiales, favoreciendo el aumento de su organización, donde destacaban unas minorías coordinadas y armadas en distintos puntos del país. En mayo de 1917, hay motines e insubordinación en el ejército contra la guerra de Marruecos. Tres meses después, tiene lugar una huelga general que desata una potente revuelta que se prolongó varios días. La burguesía tuvo que recurrir a las ametralladoras del ejército pues la policía se vio desbordada. Nuestra clase fue derrotada, pero sacaba grandes lecciones de la batalla, delimitándose con mayor claridad de la socialdemocracia parlamentaria y politicista, que se expresaba en su forma clásica a través del PSOE¹⁰. A finales de 1917, tras el triunfo de la insurrección proletaria en Rusia, en los círculos revolucionarios se discutía sobre la misma, sobre lo que hacía el proletariado en esa región y sobre los dirigentes bolcheviques. En los ámbitos militantes, incluidos entre los que se reivindicaban anarquistas, se aceptaba y se comprendía el significado de la dictadura del proletariado como una dictadura social contra el capitalismo y su progreso, una dictadura que contiene la supresión de toda dictadura y que tiene por objetivo la abolición del proletariado mismo y por lo tanto de todas las clases sociales. Evidentemente, esta dictadura social de los explotados para abolir toda explotación,

recientes, que relacionan las luchas de los años treinta con las actuales, fueron la ocupación simbólica del hotel Ritz o la pancarta colgada en Telefónica un 1º de mayo, «A por el todo», denunciando el colaboracionismo de la CNT y la represión estalinista.

¹⁰ El Partido Socialista Obrero Español nació en 1879 como concreción nacional del modelo clásico de la socialdemocracia que se agrupaba en la internacional contrarrevolucionaria conocida como Segunda Internacional. En coherencia con esa internacional se trató siempre de un partido burgués para los obreros, de una organización para sabotear el asociacionismo autónomo del proletariado, para neutralizar la lucha del proletariado, encuadrarlo y conducirlo hacia la reforma del capitalismo. Bajo un discurso obrero, hará apología del desarrollo capitalista contraponiéndose invariablemente a los intereses proletarios, enfrentándose a toda lucha proletaria. Como es habitual en este tipo de partidos, creó su brazo sindical, la Unión General de Trabajadores.

no tenía nada que ver con lo que se impondría en Rusia. La verdadera dictadura del proletariado es la contraposición total a la dictadura politicista que impone un partido formal para hacer las tareas democrático burguesas que supuestamente la burguesía no había realizado. Esta dictadura es todo lo contrario a la dictadura de la humanidad contra la sociedad burguesa, es por el contrario la dictadura de un partido «socialista» para desarrollar el capital, para hacer progresar el trabajo y el capital, que era la vieja concepción socialdemócrata que defendían desde siempre esos partidos y que en Rusia impusieron los bolcheviques contra la lucha revolucionaria que desarrolló el proletariado.

Sin embargo, en España, como en otros lugares del mundo, se identificará lo que en realidad es contrapuesto: la verdadera dictadura social contra el capital con la dictadura bolchevique, leninista, burguesa, que, bajo la careta socialista, consiguió recomponer al capitalismo en toda la Gran Rusia. La identificación en todo el mundo entre ese monstruoso régimen capitalista y opresivo que era el mundo leninista con lo que era su opuesto, la dictadura del proletariado, el socialismo, el comunismo... por el que peleaba el proletariado del mundo, fue el mayor engaño y falsificación del siglo y la victoria suprema de la ideología contrarrevolucionaria. Así, por ejemplo, en el periódico *El Comunista*, publicado en Zaragoza en 1919, impulsado por el cenetista Zenón Cannedo, se afirmaba:

«De la llamada Revolución Rusa los anarquistas se hicieron la idea de una auténtica dictadura del proletariado destruyendo el poder de la burguesía y de la aristocracia zarista».

La carta de Malatesta a Luigi Fabbri (que éste último publicó en el prólogo al libro *Dictadura y Revolución*, 1925, ed. *La Protesta* Bs. As.) insistía:

«nuestros amigos bolchevizantes entienden por la expresión dictadura del proletariado el hecho revolucionario por el cual los trabajadores toman posesión de la tierra y de los instrumentos de trabajo y tratan de constituir una sociedad en la que no haya lugar para una clase que explote y oprima a los productores. En este caso, dictadura del proletariado significaría dictadura de todos y no sería una dictadura, de la misma manera que gobierno de todos

no es ya un gobierno en el sentido autoritario, histórico y práctico de la palabra».

En la región española, la ideología leninista logró imponerse esos años en muchas estructuras, lo que se tradujo en un proceso de «bolchevización» generalizada que llevará incluso durante cierto tiempo a la CNT a adherirse a la Internacional «roja» y servirá años después, en pleno proceso contrarrevolucionario, para defender e imitar el régimen leninista hasta en la organización de la explotación capitalista y los campos de trabajo (concentración).

En el II congreso de la CNT se aprueban cuestiones como:

«Que, encarnando la Revolución rusa, en principio, el ideal del sindicalismo revolucionario; que abolió los privilegios de clase y casta dando el poder al proletariado, a fin de que por sí mismo procurarse la felicidad y bienestar a que tiene indiscutible derecho, implantando la dictadura proletaria transitoria a fin de asegurar la conquista de la Revolución.»

Sin embargo, fue el desarrollo de los acontecimientos, lo que hizo que minorías revolucionarios fueran percibiendo que la verdadera política bolchevique, leninista/ estalinista, era todo lo contrario a lo anunciado. Como en todos los países del mundo, en España, militantes y grupos revolucionarios desarrollaron una crítica cualitativa de los bolcheviques, sobre todo la encabezada por Bruno Lladó, que estuvo en el Congreso de la internacional roja en 1920 junto a Nin y el resto de delegados de CNT. A finales de 1921 este militante afirmaba:

«Cuando uno ha entrado en Rusia y vivido unos meses en medio del elemento oficial (burócratas policías), bolcheviques de la primera hora (pocos) y bolcheviques de ocasión (la mayoría), y extraoficialmente ha ido a visitar a obreros auténticos, en las fábricas o en sus viviendas, y ha visto, palpado, sentido, la verdad actual y la compara con lo que dice el bolchevismo, deduce toda la verdad que hay en todo grito, arenga, propósito o afirmación bolchevique; y, con horror, se piensa que inconscientemente es verdad,

pero con pasión verdadera hemos estado unidos moralmente con los peores enemigos que ha podido tener la Revolución[...] Los bolcheviques sostuvieron siempre que la intervención extranjera obligó al bolchevismo a emplear medios y formas que a la vista de todo el mundo son propios de contrarrevolucionarios, y han sostenido que ellas eran dictadas para la defensa de la revolución. Yo sostengo lo contrario, o sea que la intervención extranjera permitió al bolchevismo [...] que pudiera laborar contra la Revolución social para que ella fuese solamente una revolución política [...] La dictadura del proletariado no es la de este ni la del partido comunista, sino la de una minoría sujeta a la tiranía moral de Lenin [...] No ser cómplices con silencios indignos ni con concomitancias criminales con los verdugos del pueblo y la contrarrevolución. Podemos ayudar moralmente a los que allí sostienen la lucha, y materialmente, sosteniéndola contra nuestros propios gobernantes y capitalistas, debilitándolos, a fin de anular su fuerza el día que la quieran prestar decididamente a la contrarrevolución rusa... concretada, concentrada y representada por este partido bolchevique»¹¹. Es decir, no solo se era consciente que «la intervención extranjera permitió al bolchevismo [...] que pudiera laborar contra la Revolución» sino que «hemos estado unidos moralmente con los peores enemigos que ha podido tener la Revolución»

Será justamente lo que luego, a partir de 1936, se volverá a repetir cuando la CNT colabore con la contrarrevolución internacional estalinista.

Justamente en esos años, como en muchos países, se constituye el llamado Partido Comunista¹² como escisión con el Partido

¹¹ Las posiciones de Lladó no fueron publicadas en la prensa confederal sino difundidas en folletos por grupos militantes a contracorriente de la posición del Comité Nacional de la CNT. Poco después, las posiciones proletarias irían imponiéndose contra esa «bolchevización» pero desgraciadamente nunca se la derrotó y a partir de 1934 volvió a desarrollarse hasta dominar nuevamente en 1936 pese a que en su discurso trató de mostrarse contraria al estalinismo.

¹² El denominado partido «comunista» español se fundó en 1921 como escisión del PSOE, con la pretensión de sumarse a la Tercera In-

Socialista. Rápidamente ese partido se convertirá, como en casi todas partes, en una herramienta de la contrarrevolución y en una auténtica vanguardia anticomunista, adquiriendo, años después, un papel central en la represión de las luchas.

Determinadas disputas internas en ese partido harán surgir, ya desde su nacimiento, un puñado de pequeños partidos, la mayoría sin gran importancia, y que no supondrán ruptura programática alguna con el leninismo. Estos partidos, solo tendrán peso en el desarrollo posterior de los acontecimientos: la OCE (Oposición Comunista Española, más tarde Izquierda Comunista Española) y el BOC (Bloque Obrero y Campesino) cuya unificación a finales de 1935 constituirá el POUM.

En ese periodo, uno de los pilares del desarrollo del capital, de la modernidad democrática y del terrorismo de Estado contra el proletariado fue el pistolerismo, que centró su actividad en eliminar militantes y sembrar el terror en las filas proletarias. La práctica de estos pistoleros (que funcionaron como verdaderos cuerpos parapoliciales), muchos de ellos afiliados a sindicatos de la patronal, fue complementada con un aumento de la democrática legislación represiva que garantizaba impunidad policial. En coherencia con la modernidad y el progreso mercantil se aplicó, como en tantas partes del mundo, la «ley de fuga» que, en realidad, legitimaba el asesinato de los detenidos por la espalda, arguyendo intento de fuga. Las detenciones masivas y arbitrarias, así como las torturas y asesinatos de militantes, se multiplicaron con el progreso y el desarrollo del capital, junto con la creciente importancia de las formas parlamentarias y republicanas de dominación, así como el acceso y alternancia de las izquierdas en el gobierno. Es verdad que estas alternancias nunca se formalizarán claramente hasta el período posterior (Segunda República),

ternacional y en poco tiempo se convirtió en el partido oficial del leninismo estalinista en España. Siguiendo las diferentes directrices e intereses de Moscú, fue dando bandazos para defender el programa contrarrevolucionario del leninismo. En 1936, este agente directo de PC Soviético (o mejor dicho del Imperialismo del Kremlin moscovita), adquiere un papel principal y decisivo como herramienta de la contrarrevolución y la represión. Los revolucionarios sufrirán esta realidad en carne propia mediante «desapariciones», torturas, asesinatos y masacres. La sombra siniestra de las checas y un vasto historial represivo quedará siempre unida a los leninistas en España, estando a la altura del terrorismo «anticomunista» en todo el mundo.

sin embargo, incluso las formas bonapartistas (monarquía o dictadura de Primo de Rivera) incluirán siempre elementos de esa alternancia organizando el colaboracionismo de clases y haciendo participar (por ejemplo, en el Consejo de Estado) a elementos de la izquierda como condimento necesario a la legitimización democrática del terrorismo de Estado. Pese a que muchos de los militantes más destacados del proletariado fueron asesinados o encarcelados en prisiones llenas a reventar, nuevas generaciones de proletarios nutrieron y crearon cuerpos de auto-defensa armados contra la patronal —herederos de los «defensores de la Internacional» del siglo XIX—, especialmente grupos de acción auxiliados por redes solidarias y clandestinas. Si al principio muchos de estos grupos invierten sus energías en golpear a meros ejecutores de la burguesía, pronto comprenden la importancia de castigar a elementos mucho más decisivos de esa clase: cardenales, gobernadores, miembros de la patronal, altos cargos represivos (incluyendo varias tentativas de ajusticiar al rey).

Decenas de grupos de acción, como *Los solidarios*¹³, actúan en esa dirección. En 1923, tras un pleno clandestino de la CNT, se decidirá crear un comité de acción nacional que será una primera tentativa de centralización de los grupos de acción. Lo que estaba claro es que el proletariado respondía al terrorismo del Estado democrático con el terrorismo revolucionario, buscando, para ello, organizarse lo más efectivamente posible. Por supuesto que las medidas más consecuentes al respecto sólo se podían hacer pasándole por arriba y combatiendo al socialdemocratismo ideológico que predominaba en la CNT; lo que en los hechos se produjo invariablemente por la creación de »organizaciones en la organización« que, al mismo tiempo que imponían inconsultamente una práctica consecuente, en base a diversas estructuras y grupos compartimentados, combaten al sindicalismo reformista, levantando los objetivos finalistas de la sociedad comunista/anarquista.

A pesar de la enorme represión, la protesta social y su cristalización en las minorías revolucionarias más decididas, pondrán en jaque al Estado en diferentes momentos cruciales. El 11 de agosto de 1921, la invariante lucha del proletariado por sus intereses materiales vuelve a contraponerse en la calle a la guerra

¹³ Formado por Durruti, Ascaso, Garcia Oliver, Jover, Ramona Berni, Pepita Not, Antonio Ortiz y Ricardo Sanz entre otros. Este núcleo dará pie, posteriormente, a Nosotros, grupo de vanguardia en el asociacionismo de nuestra clase.

de Marruecos llevada adelante por la burguesía y el Estado español. La represión, con los fusiles de la guardia civil como protagonistas, apenas consiguió mantener el orden, provocando la dimisión del jefe de Gobierno. La burguesía aconsejó al rey Alfonso XIII que eligiera a Maura, dirigente de la represión de 1909, para «Meter a España en cintura», inaugurando las «cuerdas de presos», en las que los detenidos iban de cárcel en cárcel, atados unos con otros, andando por las carreteras, fuertemente escoltados. Medida que servía de escarnio y advertencia.

El 13 de septiembre 1923, el general Primo de Rivera, en acuerdo con Alfonso XIII y otros dirigentes de la burguesía, da un golpe de Estado «para acabar con el terrorismo, la propaganda comunista, la agitación separatista, la inflación, poner orden en las finanzas y solucionar el problema de Marruecos». Si bien las ejecuciones de militantes prosiguen, pero a una escala menor, la represión es más efectiva con la sistemática y preventiva persecución de militantes y organizadores, la masificación de los fichajes y las detenciones (militantes como García Oliver cumplirán condenas de hasta siete años), el cierre de periódicos y locales proletarios. Dicha represión será exitosa, en primera instancia, paralizando y desorganizando durante cierto tiempo al proletariado¹⁴.

Para algunos militantes es imposible actuar en esas condiciones, por lo que, para asumir ciertas tareas en la lucha revolucionaria, se impone el exilio. Esto desorganizó a diversas estructuras en España, pero permitió estrechar lazos internacionales y extraer mejores balances de luchas del pasado en distintos lugares del mundo, como las del proceso revolucionario en México y Rusia¹⁵. Sin embargo, es importante resaltar que mientras otras

¹⁴ Anotemos de paso que el PSOE será parte activa en el gobierno de Primo de Rivera desde el primer día, asumiendo funciones determinantes en el Consejo de Estado. Se vanagloriaba, además, de que, en los siete años del gobierno de Primo de Rivera, mientras el proletariado había sido reprimido, ellos sólo habían tenido media docena de militantes presos que evidentemente fueron expulsados de sus filas.

¹⁵ Por ejemplo, en el contacto mantenido en París entre Durruti y Ascaso con Makhno, o en Alemania con otros militantes, o en otros lugares del mundo, con Camilo Berneri o con los compañeros de La Antorcha. Esos viajes, esas reuniones, unida a su larga experiencia en el enfrentamiento directo, ayudó a esos compañeros, que darán lugar al grupo Nosotros, a formarse políticamente, y abrir cierta brecha en la

minorías, como *Bilan/Prometeo* o, más claramente aún «*L'Ouvrier Communiste*», así como la llamada izquierda germano holandesa o el núcleo en torno a Makhno y Archinov, escribían sobre el ABC de la revolución y la contrarrevolución, las minorías militantes de España, exiliadas o no, dejaron muy en segundo plano esta cuestión esencial del balance global de la lucha, de la sistematización teórica de la experiencia. Como en las luchas anteriores en otras partes del mundo, eso pesará muchísimo, cuando se desencadenen los momentos cruciales y haya que adoptar decisiones claras en la dirección de los proletarios en lucha: octubre de 1934, julio de 1936 o mayo de 1937.

En Francia, militantes exiliados como Durruti, Ascaso y Jover tienen como objetivo constituir un Centro Revolucionario y una revista internacional trilingüe (francés-español-italiano) en la que destacará la denuncia a la represión bolchevique del movimiento del proletariado en Kronstadt, en Ucrania (en particular de la Makhnovchina) o el impulso a campañas solidarias con Sacco y Vanzetti, entre otros temas. También tienen como objetivo crear una editorial, recaudar fondos para la financiación de la lucha en España, adquirir armas y municiones que luego se introdujeron en Barcelona. Todo en coordinación con un comité revolucionario que funcionaba en España. Ejemplos como el entorno de la librería Internacional de París —atracos en Latinoamérica, conspiraciones para atacar contra reyes y burgueses, financiación de estructuras y publicaciones, formación de cuadros y grupos revolucionarios, lazos internacionales permanentes— funcionaron como un esbozo de internacional proletaria, como tentativa de lo que necesitaba el proletariado para organizarse internacionalmente, que objetivamente contrastaba con la denominada «Internacional Comunista», que no era más que una herramienta de los intereses burgueses e imperialistas del Estado ruso. Desde luego todas estas tareas fueron un elemento importante para el fuerte resurgimiento del proletariado en España a finales de la década de 1920, y su continuidad con su pasado reciente.

Es precisamente a finales de esa década cuando la efervescencia social vuelve a sacudir a España, doblando la mano de la represión. La crisis económica se agudizaba, golpeando brutalmente al proletariado, las huelgas retornaban a un primer plano,

ideología dominante en la CNT (antiautoritarismo, sindicalismo, democratismo, reformismo...), cuestión por la que fueron denunciados e insultados como anarco-bolcheviques.

las contradicciones sociales se agudizaban... redoblaban tambores de guerra. El gobierno de Primo de Rivera, incapaz de mantener el orden, caía como fruta madura. Frente a este devenir, la burguesía buscará un nuevo golpe de mano. El levantamiento de la guarnición de Jaca y los pactos de San Sebastián son la antecámara del salvoconducto que el capitalismo se apresuró en dar a Alfonso XIII. De la noche a la mañana, la fracción monárquica de la burguesía devino republicana. Sin rey y con una república que daba un papel predominante a la izquierda, la burguesía esperaba volver a detener al proletariado sacándolo de su terreno de clase para arrastrarlo al fango parlamentario y sindical, sellando la paz social. La tentativa fracasó.

Primeros años de la República

Efectivamente, pese a que durante un lapso de tiempo el proletariado se mantuvo expectante, pronto percibe que la denominada Segunda República española¹⁶, lejos de concretarse en una disminución de la represión y la explotación a la que está sometido, supone un mantenimiento de la situación anterior, pero esta vez con la bandera liberal y parlamentaria. Por consiguiente, lejos de calmar los ánimos y fomentar ilusiones en el proletariado, se entrará en una fase más decidida, donde la lucha de clases alcanzará los niveles más elevados. Durante los años que siguen a la proclamación de la República se producen una sucesión incontable e interminable de huelgas¹⁷, ocupaciones de tierras y viviendas, expropiaciones, boicots, asaltos armados y quema de edificios públicos, incendio de conventos e iglesias, ajusticiamientos y actos de sabotaje. En dicho proceso el proletariado se va forjando como clase, afirmando su experiencia, unidad y consciencia, expresado en un amplio proceso asociativo. La represión será terrible (misericordia, torturas, destierros, cárcel, asesinatos, bombardeos...).

Entrada pues la década de 1930, manteniendo viva la experiencia de las décadas precedentes, el proletariado va a impulsar

¹⁶ Se denominó Primera República al régimen político proclamado por las Cortes en febrero 1873, que apenas duró dos años.

¹⁷ Evidentemente, cuando en nuestras publicaciones hablamos de huelga no nos estamos refiriendo a paros sindicales, sino a verdaderas huelgas de clase. Paro total del trabajo, salida a la calle, sabotajes, enfrentamientos, ataques a representaciones del capital, etc.

un rico proceso organizativo que se manifestará en una gran cantidad de estructuras y grupos diseminados por toda la región española que actúan en los diferentes aspectos de la vida social, asumiendo a distintos niveles la acción directa contra el Estado para la defensa de sus necesidades. El asociacionismo proletario se concreta en la multiplicación de los grupos de acción y los cuadros de defensa —que se estructurarán en los llamados comités de defensa—, agrupaciones de inquilinos, núcleos de militantes revolucionarios, sociedades obreras, ateneos, comités pro presos, comités de casas, comités de calle, comités de barriadas, comités de coordinación... donde proletarios de todas las edades y sexos desencadenan huelgas, sabotajes, enfrentamientos contra los represores, organizan el impago de alquileres, la solidaridad de clase, así como redes de apoyo a los desocupados y familiares de encarcelados, atentados, ajusticiamientos, expropiaciones, publican cientos de periódicos, panfletos y revistas, preparan fugas carcelarias, revueltas, tentativas insurreccionales y un largo etcétera de acciones y prácticas.

Se trata de un proceso donde el proletariado va reconociéndose como clase, asumiendo a diversos niveles la lucha intransigente por sus condiciones materiales, lo que va situándole en contraposición a las distintas fracciones de la burguesía, posicionándose de forma cada vez más clara fuera y contra todas las estructuras del Estado, percibiendo la necesidad fundamental de destruir el capitalismo, de realizar la revolución social.

La mayoría de ese vasto asociacionismo proletario se estructuró durante todo este periodo en la CNT, donde estará presente también el sindicalismo y el reformismo. Será fundamentalmente en esta organización donde se concentre y organice la fuerza proletaria y será en su propio seno donde se desencadenará una batalla decisiva entre la afirmación del asociacionismo proletario, por un lado, y el colaboracionismo sindicalista y su integración en el Estado, por el otro.

Por tanto, la proclamación de la Segunda República, lejos de significar la imposición de la paz social tan deseada por la burguesía, estuvo marcada por el auge de los conflictos y estallidos sociales, que cada vez iban siendo más violentos y radicales. Las huelgas, por poner un ejemplo, no dejaron de incrementarse de año en año.

La legislación republicana buscó responder a esta situación. De esta manera, desde su nacimiento hasta julio de 1936, se de-

cretará en 21 ocasiones el Estado de Prevención, 23 veces el Estado de Alarma y en 18 momentos el Estado de Guerra. Cada uno de esos Estados de Excepción son en realidad la legalización democrática de la dictadura abierta: se dan diferentes comodines y cartas blancas a las fuerzas represivas para «excederse» legalmente, o dicho de otra forma, es la legitimación del terror de Estado: suspensión de los derechos ciudadanos básicos como el de expresión de ideas y de inviolabilidad del domicilio, allanamientos, registros, perquisiciones sin autorización especial, interrogatorios sin ir al juez, limitación del derecho romano de habeas corpus, asignaciones a residencias, censuras y clausura de todas las formas de difusión de ideas, interdicción de la libre circulación, aplicación de la justicia militar y de los jueces militares a los civiles, límites al derecho de reunión y asociación, prohibición de huelgas y de otros conflictos colectivos, toques de queda, movilización y militarización de la población, etc. Por lo general, se puede decir que los momentos de «normalidad» constitucional serán la excepción en la legalidad cotidiana de la República, en la medida en que los diferentes Estados de Excepción se van prorrogando mes a mes¹⁸.

Por otro lado, se fue promulgando una nueva legislación laboral, en la que destacaban los «jurados mixtos», tan similares a los comités paritarios de la época de Primo de Rivera, que intentaba imponer el modelo sindical «corporativo» (más cercano a los métodos de la UGT), frente a la acción directa utilizada por los proletarios en lucha que organizaban e impulsaban las huelgas pasando por encima de esos y otros organismos gubernamentales.

¹⁸ El Estado de Prevención permitía, al Gobierno, aplicar medidas que afectaban a la libre de circulación, también permitían al poder intervenir en industrias y comercios, obligar a la presentación previa de publicaciones (censura previa) y prohibir reuniones y asociaciones en caso necesario. Durante el Estado de Alarma era posible practicar registros domiciliarios, detenciones preventivas, imponer penas de destierro, prohibir actos públicos y disolver asociaciones consideradas peligrosas. Asimismo, se impartían las órdenes necesarias a las fuerzas de seguridad para asegurar el abastecimiento de los mercados y los centros de producción. En la práctica, este «Estado» permitía poderes tan extraordinarios que era casi equiparable al Estado de Guerra, en el que, además, la autoridad militar asume las funciones de Gobierno, así como del poder judicial, que pasa a ser gestionado por los consejos de guerra.

Al mismo tiempo, durante los primeros años de la Segunda República las medidas de austeridad contra el proletariado fueron cada vez mayores. La explotación aumentó brutalmente hasta el punto de disminuir el salario real, siendo habitual que los proletarios no pudieran cubrir sus necesidades básicas. La burguesía trataba de esconder esa acción bajo un aumento formal (nominal) del salario. La desocupación, sin derecho a subsidio, superó, según los datos oficiales, el 16%, lo que generalizó la mendicidad para comer. Esta situación hacía depender de la solidaridad y la caridad de la gente la supervivencia de millares de proletarios sin recursos. Pero los proletarios no se resignaban a mendigar su vida y pusieron patas arriba a la República.

En mayo de 1931, se producen revueltas proletarias en Madrid, Sevilla, Málaga, Granada, Murcia y Valencia... donde se queman más de 100 iglesias y conventos. Poco después se producen importantes luchas en toda Andalucía que obligan, al gobierno, a declarar el Estado de Guerra, legitimando así la participación del ejército en la represión. En junio estalló la huelga de telefonistas a nivel nacional, que la UGT trató de sabotear con rompeshuelgas, en combinación con un intento de asalto armado a la central telefónica de Madrid, dando lugar a sangrientos incidentes en Sevilla. Se realizan entonces huelgas generales de apoyo a los trabajadores en lucha de Telefónica. Nuevamente Sevilla, que quedó paralizada el día 20 de julio, fue la ciudad donde más intensos fueron los enfrentamientos. En respuesta, el gobierno utilizará el Estado de Guerra, autorizándose a hacer uso de las fuerzas militares para ocupar toda la ciudad y atacar con artillería el local donde se reunía el comité de huelga. Hubo 30 muertos y 300 heridos.

A esta huelga la prosiguieron más conflictos en los meses siguientes, tanto en las ciudades (el del metal en Barcelona, el 4 de agosto de 1931) como en el campo, donde a las huelgas se sumaron las importantes ocupaciones, expropiaciones de tierras y alimentos de jornaleros, expulsión de patronos, reapropiación de salarios no abonados y un largo accionar de los jornaleros en diferentes provincias: Córdoba (Bujalance y Baena), Granada (Moraleda de Zafayona), Sevilla (Écija y Estepa), Huesca, Teruel, Navarra, etc. Al mismo tiempo, se generalizan los saqueos a centros de alimentos, panaderías y almacenes, sobre todo los organizados por algunos comités de barrios y calles dirigidos por mujeres proletarias. También se organizan comités de inquilinos y de casas que actúan por toda la región organizando el impago de alquileres, la resistencia frente a los desahucios por impago, así

como el acoso y escrache de propietarios para que bajen los precios de los alquileres.

La serie de protestas y huelgas se prolongaban durante meses, haciendo de las huelgas, manifestaciones y enfrentamientos con la represión moneda corriente: Córdoba, Sevilla, Ciudad Real... En algunos casos se hizo necesaria la intervención del ejército para reprimir a los proletarios, que utilizaron tácticas de guerrilla urbana para enfrentar a las fuerzas del orden.

En diciembre de 1931, tras formarse el nuevo gobierno de coalición con republicanos de izquierdas y el PSOE, que será definido por los sectores proletarios como la «dictadura social-azañista», se convocó en Badajoz una huelga general. En Castilblanco, las fuerzas del orden intentaron evitar una asamblea y enviaron a la guardia civil a reprimir. Contra dicha represión, los proletarios organizados respondieron linchando a cuatro milicos, pero el saldo represivo de la venganza fue brutal desatándose también sobre otras localidades, como en Épila (Zaragoza) o Arnedo, donde se disparó a quemarropa sobre una manifestación matando a hombres, mujeres y niños. El saldo fue de decenas de muertos y de heridos.

Durante ese año, se desarrollaron también grandes huelgas solidarias con los presos, primero en Barcelona y luego en Zaragoza, Algeciras, Bilbao, Huelva, Cádiz..., que terminan generalizándose a todo el país. Debido a la explosiva situación social que existe en esos momentos, la liberal y progresista República se ve «forzada» a aprobar la temible Ley de Defensa de la República, que otorga poderes cuasi divinos a las fuerzas del orden y al ministro de gobernación¹⁹. Al mismo tiempo, aumenta el grueso de

¹⁹ La ley castigaba lo que se consideraban «actos de agresión a la República», entre otros: «incitación a resistir o a desobedecer las leyes», la incitación a la «comisión de actos de violencia contra personas, cosas o propiedad», «la difusión de noticias que puedan quebrantar el crédito o perturbar la paz o el orden público», «toda acción o expresión que redunde en menoscabo de las Instituciones del Estado», «la suspensión o cesación de industrias o labores de cualquier clase, sin justificación bastante» o «las huelgas no anunciadas con ocho días de anticipación... las declaradas por motivos que no se relacionen con las condiciones de trabajo y las que no se sometan a un procedimiento de arbitraje o conciliación». También se podía «suspender las reuniones o manifestaciones públicas de carácter político, religioso o social, cuando

las fuerzas represivas, incorporando, pocos meses después, un nuevo cuerpo: la Guardia de Asalto. En menos de un año, las fuerzas totales de orden público aumentarán en un 50% con respecto a la época del gobierno de Primo de Rivera, y en un 100% con respecto a 1918. Esto deja claramente establecido que las necesidades represivas del capital eran cada vez mayores y que la «República social de los trabajadores» supo asumir el terror de Estado que el capital necesitaba.

[...] su celebración pueda perturbar la paz pública», «clausurar los Centros o Asociaciones que se considere incitan a la realización de actos de agresión contra la República». Por consiguiente, la acción y el asociacionismo proletario, así como la verdadera huelga de clase, estaban permanentemente perseguidos. Las penas por esos delitos iban desde la deportación hasta la multa económica, pasando por la prisión, y no existía juicio alguno, pues el ministro de Gobernación decidía el delito y la pena.

Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), se constituyó en septiembre de 1935 como resultado de la fusión del Bloque Obrero y Campesino (BOC) y la Izquierda Comunista de España (ICE), quien a su vez venía de la Oposición de Izquierda Internacional, donde se agrupaban mundialmente los «bolcheviques-leninistas», como se denominaban a sí mismos los militantes leninistas opuestos al estalinismo. La ICE había participado en el sindicato UGT, la Alianza Obrera y en la insurrección de Asturias. Su órgano de difusión era la revista Comunismo. Tras los sucesos de Asturias de 1934, las Juventudes Socialistas de España invitaron a los militantes de la ICE a entrar y «bolchevizar» el PSOE. La ICE vivió un debate interno entre los favorables a entrar en el PSOE, encabezados por el propio Trotsky y Grandizo Munis (que más tarde fundarían la sección bolchevique-leninista de España y tendrían una postura clasista con respecto al Frente Popular y a los sucesos de mayo de 1937) y los partidarios de fusionarse con el Bloque Obrero y Campesino (BOC) de Joaquín Maurín, encabezados por Nin y que resultaron mayoritarios. El POUM pese a presentarse a sí mismo como «marxista revolucionario», entre otras cosas por estar opuesto al estalinismo, e incluso al trotskismo, lo cierto es que nunca rompió en lo esencial con la contrarrevolución. Simplemente, las posiciones de siempre tomaron un nuevo aire ocultado bajo su centrismo: parlamentarismo, unidad interclasista, necesidad de revolución democrático-socialista, defensa de las nacionalidades oprimidas, alianza con la «pequeña burguesía», apoyo «crítico» a la URSS...

Dicho partido fue un miembro activo del Frente Popular que ganó las elecciones en febrero de 1936. Participará en el gobierno de la República, tanto antes como después de julio del 36, y se plegará a toda alianza antifascista para defender la República, inclusive en los sucesos de mayo de 1937, a través de su órgano de difusión. Debido a la denuncia constante de la práctica contrarrevolucionaria del estalinismo (pero nunca del leninismo), a su participación en el 19 de julio a través del GABOC (grupos de acción del BOC) y a la presencia de proletarios combativos en sus filas (como Rebull y muchos militantes internacionalistas del extranjero, muchos de ellos autodenominados trotskistas) que levantaron barricadas contra la República en mayo de 1937, este partido se ganó un aura revolucionaria que nada tenía que ver con su verdadera dirección práctica.

La Confederación Nacional del Trabajo (CNT) se creó en 1911 como heredera directa de Solidaridad Obrera, fundada dos años antes, y, en alguna manera, se presenta como sucesora de la Federación Regional Española de la AIT del siglo XIX. Si bien en su seno se expresó un complejo proceso asociacionista del proletariado, que abarcaba todos los ámbitos de la vida social, funcionó también (en períodos enteros o por la dirección y la burocracia de la misma) como una estructura sindical posibilista que busca la «confederación nacional del trabajo» en coherencia con la ideología socialdemócrata de colaboración de clases y apología del trabajo.

Al mismo tiempo que en su seno se organiza la parte más combativa del proletariado, que intenta afirmar los objetivos finalistas y revolucionarios del proletariado, la tendencia sindicalista y contraria a la revolución logra controlar, durante períodos enteros, las estructuras formales, las delegaciones y contactos internacionales, y las publicaciones de dicha organización, que harán visualizar a esta estructura internacionalmente como similar y hasta cómplice con el sindicalismo de la Segunda y la

Tercera Internacional. La vida de la CNT, desde su creación, será la historia de la lucha entre la revolución y la contrarrevolución. Las oscilaciones que desde su constitución sufrirá este organismo, serán el resultado de la confrontación entre esos proyectos antagónicos, hasta que finalmente, como veremos, llegará un momento - entre enero y junio de 1936- en el que esa pelea se decantará para uno de los lados: el de la contrarrevolución. En efecto, una serie de concepciones ideológicas, como el obrerismo, el antiautoritarismo, el gestionismo, el frentismo, el sindicalismo y el federalismo, acabarán imponiéndose en la CNT para hacer de ella, a partir de julio del 36, un gendarme de la República y del antifascismo frente a la lucha del proletariado, un freno a la ruptura proletaria y a la revolución. Esa decantación marcará, desde entonces, la dinámica de esa organización en tanto que aparato del Estado burgués.

El nacimiento de la **Federación Anarquista Ibérica (FAI)** tiene lugar en 1926, con el objetivo declarado de crear una organización específica de militantes anarquistas para defender los «principios finalistas» de la CNT contra el reformismo y camaleonismo dominantes. Según sus promotores, entre ellos Marcos Alcón y Manuel Pérez, había que luchar por preservar la esencia anarquista y revolucionaria de la CNT frente a las ideologías contrarrevolucionarias

que se habían ido apoderando de instancias decisivas de la organización. Por consiguiente, se acordaba, en su fundación, «laborar por todos los medios que tengamos a nuestro alcance, procurando que este organismo Confederal se organice; no se desvíe de sus principios revolucionarios y mantenga su orientación libertaria.» (Congreso de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española en Francia Marsella, mayo de 1926).

La FAI apenas tendrá relevancia hasta la proclamación de la Segunda República. Por otro lado, su historia será una de las más mitificadas de los años 30 en España. El mito de su intransigencia, de ser un aglutinador de los sectores anarquistas más decididos, responde a un desconocimiento y falsificación de lo que realmente fue esta organización en la práctica.

Tras la proclamación de la Segunda República, frente al sindicalismo y el reformismo encaramados en la dirección de la CNT, se generó una respuesta clasista que cristalizó comités de toda índole, secciones instancias, deliberaciones públicas que se contraponían a esa dirección, y si bien algunos utilizaron la FAI como bandera, la mayoría no pertenecían a ninguna organización específica con ese nombre. Frente a la socialdemocracia, que era dominante en la CNT (la participación en los pactos de San Sebastián del Comité Nacional será una de sus más claras manifestaciones), la bandera de la FAI apareció como expresión de la defensa de las posiciones revolucionarias. Pero este protagonismo no fue producto de la práctica real de la FAI, dado que ni como organización específica funcionaba orgánicamente, sino que simplemente el sello FAI fue usada por los sectores combativos como bandera (literalmente: sin organizarse como FAI iban al Congreso envueltos en una bandera de esa organización) contra el sindicalismo de los Pestaña y los Peiro.

De ahí proviene el mito de la FAI. Fueron los Pestaña, Peiro y sus adeptos, es decir los objetivamente más opuestos a toda actividad de preparación revolucionaria, los que más prestigio le dieron a la FAI por definirla como la que revolucionaba la CNT, la que se había adueñado de la organización. De ahí que se asociara el sello FAI a grupos y militantes que nunca se organizaron realmente en una estructura con ese nombre.

El mito de la FAI como sinónimo de organización revolucionaria, tendrá un peso macabro más tarde, cuando esa organización sí tenga un peso real como tal, y quienes aparezcan como los más conspicuos representantes del faísmo y dirijan las publicaciones en nombre de ella (como Federica Montseny y Abad de Santillan) y en los hechos nunca habían sido parte de aquella respuesta clasista, en nombre de la FAI llamen al Frente Populismo y a la Guerra.



Cuerda de presos, Barcelona, septiembre de 1931.



Dibujo del asesinato del Cardenal Soldevilla, Zaragoza, 1923



El arsenal de los revolucionarios.

Profundización de la lucha y tentativas insurreccionales

En 1932 se sigue radicalizando el enfrentamiento de clases, produciéndose batallas cada vez más violentas entre el Estado, representado por un número cada vez más grandes de agentes del terrorismo burgués, y la revuelta proletaria, cada vez más armada. Los grupos de acción promueven y organizan huelgas, protestas y movimientos masivos, como el de la provincia de Logroño, en enero, que termina avivando la lucha social en otras ciudades. En la cuenca minera del Alto Lobregat y el Cardoner, zona en la que también se concentra la industria textil y la producción agrícola, la revuelta proletaria tiende a afirmar el proyecto revolucionario intentando asumir aspectos decisivos de una verdadera dictadura de la revolución social contra el capital: se reivindica la abolición del dinero y la propiedad privada y se asume la necesidad del terror revolucionario. Se tomaron los edificios públicos de Manresa y Berga (Barcelona), y en algunos lugares, como Sallent y Fígols, las propiedades agrícolas fueron expropiadas. Las huelgas se sucedieron sin pausa. El ejército sofocó el levantamiento con un gran derramamiento de sangre. Los detenidos se contaron por cientos, y las fuerzas del orden burgués decidieron deportar a muchos de ellos. Las protestas y violencias que se desataron en las calles obligaron al gobierno a rebajar el número de deportaciones.

Tras la revuelta de 1932, el Estado republicano decide crear la Guardia de Asalto con el objetivo de hacer frente al ascenso de la lucha proletaria. A pesar de la violencia de la represión republicana, los movimientos y los núcleos revolucionarios continúan en toda España y los enfrentamientos de clase son el pan cotidiano: Alicante, Valencia, Granada, Tarrasa... En pueblos y regiones enteras se proclama el comunismo libertario siendo en algunos casos una mera declaración, mientras que en otras partes las minorías de vanguardia tratan de imponer, por la violencia, medidas elementales contra el capital.

El proletariado agrícola asume de nuevo un importante papel con fuertes huelgas y expropiaciones de propiedades agrícolas en Victoria, Zaragoza, Cataluña, Ávila, Toledo, Andalucía, Extremadura, etc. También los mineros juegan un papel importante ya en marzo, cuando se suceden importantes huelgas en Asturias. Los enfrentamientos entre las fuerzas del orden y los proletarios en lucha se suceden en todo el país y durante todo el año: Toledo,

Córdoba, Orense... Estructuras como los comités de defensa ganan fuerza y preparan una amplia red de núcleos y de niveles organizativos que serán vitales para los futuros combates.

Tras el fallido golpe militar de agosto de 1932, por el General Sanjurjo, se realiza una nueva huelga general rápidamente controlada por el gobierno.

El año 1933 comienza con importantes luchas que dejan claro que para nuestra clase era cada vez más evidente que el combate diario contra el deterioro de su nivel de vida iba ligado con su devenir revolucionario. Cada vez era más nítido que la lucha por los intereses inmediatos y los históricos o finalistas estaban indisolublemente unidos. A través del testimonio de un proletario de la época, pretendemos ilustrar la fuerza que había en aquel momento para comprender, entre otras cosas, porqué las minorías revolucionarias valoraban que había que impulsar lo que llamaban un ciclo insurreccional, que culminó en julio de 1936.

«Los comités de casas, calles y barrios comenzaron a funcionar para hacer frente masivamente a los desahucios u otras medidas coercitivas de los propietarios, que se apoyaban en la fuerza pública. La movilización, particularmente de mujeres y chiquillos era permanente y, de tal modo, que, cuando se intentaban hacer desalojos, esas mujeres y chiquillos eran quienes afrontaban a la fuerza pública, impidiendo que se echara a los inquilinos de sus viviendas. Estos comités de mujeres y niños tomaron también sobre sí la iniciativa de salir en grupos a comprar fiado en los almacenes de comestibles. Las compras no eran abusivas ni arbitrarias, solo de productos de primera necesidad»²⁰.

A pesar de no estar exentas de voluntarismo, las minorías más decididas manifestaban claramente que para poner en jaque al Estado, e iniciar un proceso revolucionario, es necesaria la acción decidida de grupos coordinados que, ligados al resto de la clase, sirvieran de punta de lanza, golpeando simultáneamente los lugares vitales y a las fuerzas claves del enemigo. Este testimonio también recuerda que se crearon bolsas de parados que se organizaban para acudir a los restaurantes a comer de forma gratuita

²⁰ Abel Paz, *Durruti*, p. 360.

y a sentarse frente a las fábricas para, el día de paga, presentarse ante el patrón a cobrar su semana de sentado.

«En conjunto, todas estas medidas tenían como objeto la movilización general y permanente, ligada por la solidaridad generalizada, lo cual era una manera de ejercitar la acción y desarrollar la toma de conciencia revolucionaria entre los trabajadores de ambos sexos, incluidos los propios chiquillos, fenómeno este último que explica el papel importante que jugaron infinidad de muchachos de apenas quince años en los comienzos de la revolución española de 1936. [...] El conjunto de todos estos factores creaba en Barcelona un clima verdaderamente explosivo que se acentuó aún más por la puesta en práctica de los atracos»²¹.

Enero de 1933 es el mes señalado, por diversas estructuras y comités de defensa, que llevan tiempo preparados y coordinados, para impulsar la insurrección.

La tentativa se inicia el primer día del año con bombas de gran potencia en La Felguera (Asturias), disturbios y expropiaciones en Sevilla, incendio de la iglesia en Real de la Jara, saqueos en Lérida y toma del Ayuntamiento y proclamación del comunismo libertario en Pedro Muñoz (Ciudad Real). En Zaragoza, el Estado está prevenido y detiene a los revolucionarios antes de su movimiento. La lucha continuará en Asturias, principalmente en la Felguera, Gijón y Oviedo; también se desarrollará en Valencia y en varias localidades del interior rural levantino. En Bugarra se vence a las fuerzas del orden y se proclama el comunismo libertario; y en Ribarroja y Bétera se asalta el ayuntamiento y se queman los registros de propiedad. Sin embargo, en otros lugares como Pedralba –donde la policía mata a diez insurrectos– el movimiento fracasa desde el primer momento.

El 8 de enero es el día marcado para que los insurrectos de varias ciudades claves, como Barcelona y Madrid, se incorporen a la ofensiva insurreccional. Sin embargo, en Barcelona las fuerzas del orden habían sido advertidas e incautan arsenales de explosivos y armas preparadas por los comités de defensa de algunos barrios. En algunas zonas, el proletariado trata de resistir y se producen choques con fuertes tiroteos.

Pero globalmente, el proletariado es derrotado en toda la ciudad de Barcelona siendo arrestados numerosos militantes. En

²¹ Ibidem.

Madrid, estallan bombas en la jefatura de policía y grupos armados intentan tomar, de forma coordinada y simultánea, tres cuarteles. En Zaragoza, Murcia y otras provincias, también se producen alzamientos con carácter insurreccional, alcanzando su mayor resonancia en Andalucía en donde se generalizan las huelgas. En La Rinconada, por ejemplo, es proclamado el «comunismo libertario».

En Sevilla, donde siguen los enfrentamientos con las fuerzas represivas, los proletarios incendian coches y tranvías. En la Provincia de Cádiz, la revuelta es bastante generalizada en la capital y en diferentes localidades, como Jerez de la Frontera, Paterna de la Rivera, Los Barrios, Sanlúcar..., los insurrectos imponen su fuerza. El comunismo libertario es proclamado en diversas partes y en villas y pueblos se hace flamear la bandera roja y negra.

La eficaz coordinación de las fuerzas represivas, desplazando tropas con rapidez, la mano dura que el Gobierno Socialista les impone y la improvisación en la coordinación y los preparativos del proletariado en lucha, llevan a explosiones insurreccionales discordantes saldadas con episodios represivos de extrema crueldad, como el sucedido en Casas Viejas (Cádiz).

Una serie de errores, confusiones y problemas entre los comités mandaron al traste esta tentativa insurreccional. Así, por ejemplo, hay tal ambigüedad cuando llega el «aviso» que en algunas partes se cree que se ha cancelado y se desmovilizan (por ejemplo, el Comité Regional de Andalucía anula la orden de huelga general que era el desencadenante, al entender que todo quedaba cancelado) lo que permitió a la República de Azaña mostrar su capacidad para llevar el terrorismo estatal a su máxima expresión: se da la orden de tirar directamente a matar a los proletarios insurrectos. El fracaso de este episodio dará fuerzas a la contrarrevolución, que tratará de ganar de nuevo terreno al interior de la CNT (como los treintistas). Diversos periódicos de esta organización atacarán a los militantes revolucionarios, afirmando la cantinela reformista de siempre. Desde Madrid, el mismo diario de la CNT afirmaba, en su editorial del 9 de enero de 1933:

«Nuestra revolución no es una simple conjura, no se llevará a cabo conspirativamente. Se trata de una sublevación de conciencias proletarias, de una organización de los productores en grandes núcleos sindicales que irán a la revolución cuando su potencialidad llegue al máximo y

cuando las organizaciones básicas —y no los comités— lo determinen».

Como se puede constatar, las tendencias burguesas en la CNT tratan de afirmar las estructuras de base sindical (de la «convención nacional de trabajadores») frente al desarrollo de los comités que habían puesto todo su empeño en dinamizar y afirmar la lucha autónoma del proletariado. Sin embargo, ante la reacción de los revolucionarios, el periódico se verá obligado a rectificar esas aseveraciones en los días siguientes.

La brutal represión de la tentativa de enero, con decenas de muertos, multitud de encarcelamientos y torturas, fue un adelanto de lo que ocurrirá más de un año y medio después en Asturias, provocando una ola de indignación proletaria que se extenderá por toda la región. Las huelgas y manifestaciones se sucedieron con el objetivo de liberar a los presos políticos, que ya se contaban por miles, mientras el gobierno declaraba ilegal a la CNT y clausuraba sus locales. En abril de 1933, se declaró en Barcelona una huelga de la construcción que se prolongó en el tiempo. Las huelgas solidarias no tardaron en convocarse, como las que se concretan de inmediato en Sevilla, Zaragoza, Oviedo y La Coruña. En mayo, el proletariado vuelve a ocupar la calle en Madrid, Barcelona, Valencia, Burgos, Alicante, Sevilla, Granada, Bilbao...

A mediados de 1933, el proletariado del campo continuaba con las tomas de tierra, que en muchos casos eran impulsadas por jornaleros (como los de Sevilla). Cuando es imposible asegurar la ocupación, se usa la quema de fincas, como las que se generalizan en la provincia de Cádiz y que se multiplicarán en otras regiones durante los meses siguientes. En septiembre, presionado por los acontecimientos, el gobierno se ve obligado a aprobar la ley de orden público que reemplazaba a la asesina ley de defensa de la República²².

En noviembre de 1933, se convocan elecciones y el gobierno decreta, una vez más, el Estado de Prevención en todo el territorio, intentando romper la huelga de la construcción de Madrid,

²² En la práctica se volvía a la legislación anterior a la ley de defensa de la República, pues se tomó como referencia el anteproyecto elaborado por la Asamblea Nacional del gobierno de Primo de Rivera, del que copió, entre otras cosas, los tres tipos de estado de excepción (prevención, alarma y guerra).

así como las acciones y manifestaciones de solidaridad que se estaban produciendo por todo el territorio. Justamente, cuando en toda España se producen acciones y manifestaciones, la CNT lanza una campaña contra las elecciones y pocos días antes de que se desencadene la tentativa insurreccional de diciembre, se produce la fuga de 58 presos²³. Precisamente por esos mismos días, el gobierno era informado de que grupos insurrectos estaban preparando un plan revolucionario. En efecto, en un pleno de la CNT en Zaragoza celebrado el 26 de noviembre se crea un comité revolucionario que debía concretar los preparativos y decidir el momento más adecuado para el estallido insurreccional. En ese comité se hallaban Durruti, Cipriano Mera, Isaac Puente y los hermanos Alcrudo, entre otros.

El balance del levantamiento proletario de enero de ese mismo año especificaba que, para vencer a las fuerzas represivas, hacía falta una mayor implicación de otros sectores proletarios. También se consideraba importante explicar los pasos a seguir, una vez apoderados de los Ayuntamientos y proclamado el comunismo libertario.

En el grupo Nosotros hubo una fuerte polémica con Durruti sobre en qué momento impulsar la insurrección cuyo detonante se tenía planificado y estructurado. La mayoría afirmaban que diciembre era un mal momento, por la situación represiva y el cansancio que todavía pesaba tras las intensas luchas de los meses pasados. También argumentaban que contenía el peligro de ser instrumentalizada por la socialdemocracia para el juego parlamentario, por acontecer inmediatamente después de la victoria de fracciones de derecha en las elecciones de noviembre. Durruti, por el contrario, si bien compartía en parte las posiciones de sus compañeros, consideraba que ante el contexto que estaban viviendo no podían postergar la insurrección. Su confianza en los grupos de Zaragoza, ciudad que debía ser el centro de gravitación del movimiento, era muy fuerte.

Para percibir bien este ambiente, nada más claro que la voz las fuerzas del Estado, el informe policial que el ministro Rico Avello transmitió al Parlamento: En tal situación me entero muy oportunamente de que se celebra una reunión y que en ella se decide provocar el movimiento. [...] Era un plan de insurrección ar-

²³ Los esfuerzos para organizar fugas de presos, militantes o no, fue una tarea asumida siempre por los núcleos revolucionarios en todo el periodo de la República.

mada. El plan de insurrección armada que ha contemplado España entera. Tendía a la realización de eso que se llama comunismo libertario, para implantarlo por medio del pueblo en armas. [...] Se recomendaba que no se respetase ninguna autoridad, que se fuese a destruir el Estado, a pulverizar la sociedad, a abolir, por consiguiente, la propiedad privada; que habría que ir al asalto y a la toma de los bancos, poniéndolos bajo el control de los propios comités; que la tierra se pondría igualmente a disposición de los comités anarcosindicalistas; que se habría de ir a la ocupación de las viviendas de las personas pudientes de todos los pueblos de España; que las tiendas y los almacenes, los comercios en general, habrían de ponerse bajo el control de los comités, de los comités de barriada, y que quedaba suprimida o se iba a la supresión de la moneda.

¿Procedimientos que se aconsejaban [...] para la realización del comunismo libertario? Atentados, sabotajes, violencias. Se recomendaba, en primer término, la voladura de puentes y vías férreas para conseguir las incomunicaciones, se recomendaba el incendio de los depósitos de gasolina y los asaltos y la explosión de los polvorines de todas las poblaciones, [...] el asalto de cuarteles; recomendaba el asalto de todas las oficinas públicas, juzgados, ayuntamientos, etc.; el incendio y destrucción de todos los documentos y sus archivos.»

Tras los informes policiales, el 8 de diciembre, el gobernador de Zaragoza ordena la clausura de todas las sedes de la CNT y la detención de medio centenar de militantes. Sin embargo, esas detenciones no frenaron la acción del proletariado que saldrá a la calle y tendrá en jaque, durante una semana, a la República en varias ciudades con sabotajes, ataques a ayuntamientos, voladuras de líneas de trenes, destrucción de registros y archivos, incendio de iglesias, tiroteos y un largo etcétera de acciones. Efectivamente, el 8 de diciembre, se inicia el movimiento con la huelga general en numerosas ciudades de España, al mismo tiempo que se producen numerosos enfrentamientos con la policía en todo el territorio. Se produce el levantamiento general en Hospitalet de Llobregat (Barcelona), en Logroño, en Huesca, en Teruel, en Zaragoza... En esta última ciudad, el gobierno cambió el Estado Sitio por el Estado de Guerra. En Hospitalet de Llobregat, ciudad vecina a Barcelona, ardió la central eléctrica, se asaltó el Ayuntamiento y se quemaron los archivos y los registros de la propiedad. Actos parecidos se sucedieron en Logroño, Huesca y Teruel, donde además se producen cortes de electricidad y de las comunicaciones, asalto de los cuarteles de la guardia civil y

arresto de grandes propietarios. El comunismo libertario es proclamado en Fabero (León) y doce localidades de Aragón. En diferentes localidades, se producen numerosos enfrentamientos y tiroteos (con bajas en ambos bandos): Barbastro, Villanueva de la Serena (Badajoz). En Córdoba un convoy de los que transportaba presos, denominados sociales, fue atacado y los presos fueron liberados.

Al mismo tiempo, hubo sabotajes a vías férreas y otras formas de comunicación. Se producen atentados y explosiones en Alicante, Almería, Burgos, Cáceres, Castellón, La Coruña, Granada, Guadalajara, Guipúzcoa, León, Lugo, Málaga, Pontevedra, Salamanca, Badajoz y Valencia.

La tentativa insurreccional apenas duró una semana en los lugares de mayor fortaleza proletaria. La represión poco a poco fue llegando a todos los puntos calientes del país y el repliegue se hizo obligatorio. Se clausuraron locales militantes, la CNT fue declarada ilegal y gran parte de la prensa obrera fue prohibida. Se produjeron casi cien muertos y otros tantos de heridos, miles de arrestos, torturas que llevaron a firmas de autoinculpación. Setecientos insurrectos fueron procesados y llevados a la cárcel a espera de juicio. Tras la derrota, parte del Comité Revolucionario que preparó la insurrección logró coordinar una acción para asaltar el juzgado donde estaba el expediente con las declaraciones y lo destruyó, dificultando así la represión de quienes habían participado en la revuelta.

Es evidente que estos primeros años de la República estuvieron marcados por la guerra social continua y la determinación del proletariado, que no dio tregua a una burguesía que intentaba por todos los medios controlar la situación. El accionar del proletariado en todo el período fue considerado luego, con mayor perspectiva histórica, como un conjunto ensayos y tentativas que harán posible un movimiento más maduro en 1934, 1936 y 1937, en donde se intentará actuar con mayor fuerza, coordinación y preparación para generalizar la insurrección e imponer la violencia dictatorial contra el capital y el Estado.

Es cierto que existieron muchos problemas de centralización organizativa, mucho impulso localista influenciado por la ideología federalista que pulverizaba el esfuerzo global en una miríada de pequeños focos, que lastraron la poderosa acción de nuestra clase, que hicieron fracasar las numerosas tentativas insurreccionales y posibilitaron que la represión de una república

desbordada y temerosa fuera, en última instancia, efectiva. El balance de muertos, heridos, presos y deportados de nuestros compañeros, en ese sinfín de acciones, es muy desfavorable.

Claro que también es cierto que son esos sufridos fracasos precedentes, en los que se perdió a muchos militantes en ataques, enfrentamientos, sabotajes y asaltos contra el capital y sus fuerzas represivas, los que aportarán una nutrida experiencia, que llevará a nuestra clase a hacer balance de sus prácticas, tácticas y concepciones, buscando mejorar su organización y asegurar el triunfo insurreccional. Pero no se trata de un balance de laboratorio o de biblioteca, sino que por su propia naturaleza se trata del balance de la experiencia de clase, rico en contradicciones y apreciaciones.

Es la misma situación social la que empuja a una decantación, a mediano plazo, inevitable. Ambas clases de la sociedad saben que las cosas no pueden seguir así. El proletariado no puede seguir desangrándose; la burguesía no puede seguir sin orden para su acumulación. El proletariado necesita superar esa situación imponiendo su fuerza contra el orden establecido, la burguesía para mantener el orden requiere aislar democráticamente a las minorías insurrectas para masacrarlas impunemente, para hacer desaparecer nuevamente al proletariado de la historia. El proletariado necesita concentrar, centralizar toda su potencia para imponer socialmente su poder destruyendo el capital y el Estado mismo, la burguesía requiere restaurar su dictadura y para eso requiere mucho más palo y zanahoria. La sanguinaria dictadura de la burguesía, solo puede ser liquidada por la dictadura de las necesidades humanas contra el capitalismo.

A mediano plazo no hay punto intermedio o el proletariado va por el todo e impone su poder o la burguesía reconstituye su paz social. Las ideologías intermedias, centristas, del mal menor, de «las condiciones no están dadas», etc., son las mayores trabas contra la determinación del proletariado a imponerse socialmente. Todo el lastre de la ideología burguesa, toda la inmundicia ideológica socialista democrática, unitarista, posibilista se concentra en la «oposición a toda dictadura». En la región española la ideología más paralizante es, sin duda alguna, el antiautoritarismo, que en el momento decisivo en donde solo se puede imponer el poder de una de las dos clases contrapuestas, grita «contra toda dictadura» y por la democracia, cuando esa es en realidad la mejor defensa de la dictadura del capital, de la continuidad del Estado.

Si bien la fuerza y la autonomía del movimiento revolucionario en España se la debemos a la autonomía del anarquismo revolucionario, al anarquismo realmente comunista, con respecto al leninismo que se embandera también de «revolución» y de «comunismo», siendo todo lo contrario; la debilidad del movimiento se la debemos al «anarquismo» ideológico, democrático, antiautoritario, que constituirá la mayor traba a la imposición necesaria de la dictadura social contra el capitalismo. Es esta ideología, en la que profundizaremos en la segunda entrega de este trabajo, la que creará la máxima confusión sobre lo que es el Estado, sobre lo que es el capital, y terminará pariendo en el Congreso de Zaragoza un conjunto programático confusionista cuya característica central es imaginarse que si los proletarios ocupan sus medios de producción y dirigen cada unidad productiva el Estado se irá disolviendo o desapareciendo más o menos solo, sin necesidad de una verdadera destrucción por la fuerza centralizada del proletariado revolucionario. En el seno del proletariado no hay ni habrá mucho tiempo para clarificar los diferentes problemas que plantea la serie de tentativas y fracasos insurreccionales y se tenderá a la polarización en dos posiciones contrapuestas. Una temerosa, ideológica y pacifista que defenderá que los fracasos insurreccionales se debieron a la «falta de unidad» y amplitud en la unificación, por lo que para tener posibilidades de éxito había que buscar la unificación con más fuerzas. Defenderá el sistema democrático burgués, haciendo de todo para liquidar la autonomía proletaria, conduciendo a unidades policlasistas, al frentismo («Alianzas Obreras», frente único, frente popular...) y se concretará en posiciones que llevan al sometimiento a la contrarrevolución. En la CNT, así como en otras estructuras en las que se habían organizado los explotados, es esa posición, que repudia toda ruptura violenta, la que servirá de encuadramiento estatal. ¡Cuanto más pacifismo más se va hacia la guerra! ¡Cuanta más oposición a «toda dictadura» (incluso a la de la revolución social), más se colabora con la peor de todas las dictaduras! La otra posición se mantiene en el terreno de clase y reconocerá, con razón que faltó coordinación, centralización, objetivos claros y comunes. Trata de elaborar una estrategia centralizada y global que fortalezca al proletariado como clase para triunfar. Se asume abiertamente la necesidad del proletariado de constituirse en fuerza e imponer su poder. Esta posición la expresará, por ejemplo, el grupo Nosotros y se cristalizará sobre todo en el Comité de Defensa Regional de Cataluña. Dicha tendencia expresa la única directiva posible para la afirmación del proletariado como clase. Sin embargo, no tiene la fuerza programática para la crítica

fundamental del gestionismo «anarco»-sindicalista y carecerá de una verdadera estrategia de poder de clase capaz de destruir el capital y el Estado.

Mientras el proletariado expresa, a su manera, la necesidad de imponer su fuerza y se afirma cada vez más la necesidad de imponer la «dictadura de la anarquía», esa posición es atacada por todas partes como «anarco-bolchevique», lo que es evidentemente una falsificación total y deliberada que identifica dictadura revolucionaria con la dictadura contrarrevolucionaria de los bolcheviques y que sin dudas aísla a las minorías revolucionarias. La descalificación y falsificación llevada adelante por el «anarquismo» ideológico de la única perspectiva proletaria de contraposición al Estado, será la mejor garantía para liquidar la autonomía del proletariado y en última instancia para someterlo al Estado.

Entre esas posiciones contrapuestas, entre quienes se oponen simple y llanamente a toda acción de fuerza del proletariado hacia la insurrección llamando a las unidades frentistas, y los grupos que habían estado al centro de las tentativas insurreccionales y que, a pesar de sus debilidades, tratan de perfeccionar las tácticas, la organización y centralización, se situarán un conjunto de posiciones centristas que consideran que «las condiciones no están dadas» pero, que a pesar de ello, definen como perspectiva una verdadera insurrección organizada y centralizada, como la que expone Shapiro en tanto que expresión de la Asociación Internacional de Trabajadores

Así, mientras que en el informe se valoran y se tienen en cuenta las necesidades de la insurrección, la importancia de la organización, la centralización y la coordinación, cuestiones que en muchos casos era en parte subestimada y que nosotros consideramos fundamentales a la hora de la preparación insurreccional, también es cierto que el informe de Shapiro hace importantes concesiones a los contrainsurreccionalistas. Sólo desde esa perspectiva se puede decir que, en España, en esa época, «las condiciones no eran propicias». Afirmar semejante posición era objetivamente reforzar y dar validez a las posiciones y los argumentos contrainsurreccionales de los treintistas (como Ángel Pestaña o Joan Peiró) que desde siempre defendían posiciones no revolucionarias (no finalistas) que en los hechos implicaban el sindicalismo, las alianzas interclasistas y el frentismo que se concretarían en el Frente Popular, en definitiva, la oposición a la lucha por la revolución social. Esa cuestión arrastra esa posición hacia el centrismo colocándola fuera de nuestro terreno de clase.

Las limitaciones de este período, de estas insurrecciones fallidas, se encuentra en que, independientemente de que sus impulsores intentaran centralizar la acción e ir mucho más allá de la acción local coordinándola a nivel nacional, el esfuerzo chocaba objetivamente con un conjunto de ideologías localistas (reforzadas al mismo tiempo por una situación totalmente desfavorable internacionalmente de la lucha revolucionaria, como expusimos al principio), así como contra toda la práctica sindicalista y contrainsurreccional con la que se seguía subsistiendo en la misma organización, en base a una ideología que en los hechos ya era frentepopulista. Para ir más lejos en la misma centralización insurreccional, las minorías revolucionarias hubiesen tenido que romper fundamental y programáticamente la unidad sin principios con el posibilismo y el sindicalismo dominante, pero lamentablemente dicha ruptura que formalmente se había expresado a punta de revolver en 1932, nunca llegó a concretarse programáticamente expulsando definitivamente al sindicalismo posibilista mismo. A pesar de la expulsión formal de los treintistas, estos seguirán teniendo una nefasta influencia contrainsurreccional y reformista en la CNT y no sólo serán formalmente readmitidos en el Congreso de Zaragoza de 1936, sino que esa «vuelta a la unidad» será el primer paso franco y abierto a la renuncia a «ir por el todo» y el primer jalón en el camino hacia el frentepopulismo, el electoralismo y en última instancia en el antifascismo burgués.

Solo llevando la ruptura clasista a sus últimas consecuencias se podía haber dado el salto cualitativo en la potencia insurreccional del proletariado y se hubiese afirmado la fuerza política y la centralización orgánica del proletariado, desembarazado de toda la mierda ideológica posibilista y reformista que minaba sus filas.

El informe Shapiro

(Asociación Internacional de Trabajadores)

Fue en aquellos momentos de máxima agitación e imparables incidentes cuando algunos militantes reflexionaron más detenidamente en la táctica insurreccional, y comenzaron a cuestionar los métodos y las concepciones insurreccionales seguidos hasta entonces.

En ese sentido, Alexander Shapiro, secretario de la AIT, elaboró un informe durante su estancia en España en 1932-1933 en el que relataba qué eran y cómo funcionaban los comités de defensa, organizados exclusivamente para tareas insurreccionales de choque.

Sobre los comités afirmaba:

Esos comités de defensa, que ya existían desde tiempo antes, tenían como única meta preparar las armas necesarias en caso de insurrección, organizar los grupos de choque en los diferentes barrios populares, organizar la resistencia de los soldados en los cuarteles, etcétera.

Además, constataba en una ponencia el fracaso de la táctica insurreccional, la «gimnasia revolucionaria», porque había demostrado «lo absurdo y peligroso que era una insurrección local en un momento inadecuado y sin una seria preparación previa», ya que sometía a los compañeros a la represión estatal sin conseguir nunca una extensión del movimiento a todo el país, ni la adhesión de otras organizaciones de proletarios.

Por ejemplo, sobre la insurrección del 8 de enero de 1933, y cuando todavía se hallaba en la Península, Shapiro decía:

El secretario del CN de la CNT, que era al mismo tiempo el secretario del CN de D[efensa], le declara que como representante de la CNT se oponía a un movimiento tan precipitado, pero que en tanto que militante y anarquista, coincidía del todo con ellos. [...] Creyendo que la decisión del Comité Regional de Defensa se había tomado en pleno acuerdo con el Comité regional confederal —lo que no era el caso—, el secretario del CN de la CNT mandó, en su calidad de secretario del CN de Defensa, un telegrama a varias regionales notificándoles que Cataluña se levantaba. [...]

Varios compañeros anarquistas, cuya valentía y denuedo están fuera de duda para todos, pero que son del todo inconscientes de lo que puede significar un movimiento revolucionario, se dejaron llevar por su impaciencia claramente subjetiva.

Quisieron el golpe de Estado, quisieron «hacer la revolución social» sin interesarse en absoluto en si las condiciones del ambiente eran propicias o no y, sobre todo, sin tomar de ningún modo en consideración los intereses de la Confederación Nacional del Trabajo.

Revolta de enero de 1932

La revuelta comenzó el 19 de enero de 1932, cuando los mineros de Fígols (Barcelona) iniciaron una huelga contra las duras condiciones de trabajo y la falta de medidas de seguridad laboral. Los proletarios habían diseñado con antelación un plan para apoderarse de las armas del somatén²⁴, vencer rápidamente toda oposición local y tomar el ayuntamiento. Al día siguiente, otras localidades mineras de la zona, en contacto con el comité de huelga, se alzan creando Comités de acción: Berga, Cardona, Navarcles, Balsareny, Suria y Sallent donde pararon las minas, cerraron los comercios y tomaron los ayuntamientos. En Manresa (la principal ciudad de la región), los piquetes impidieron el acceso a las fábricas y los talleres. Las líneas telefónicas fueron cortadas. Los comités difunden comunicados que proclaman la revolución social y amenazan a quienes se opongan a la misma.

Pocos días después, el Estado inundó las localidades de fuerzas armadas. El 22 de enero, entraron en Manresa los primeros militares y el 23 sólo resistía Fígols, que sería tomado al día siguiente cuando el comité de huelga hace volar el polvorín de la mina. Ese mismo día, el Comité Nacional de la CNT llama a la huelga general en toda España, aunque en muy pocos lugares se asumirá pues el llamado se realiza en pleno reflujó del movimiento. Algunos Comités Regionales acusaron al Comité Nacional, controlado por los contrarrevolucionarios como Pestaña, de haber retrasado y obstaculizado la respuesta de clase (poco más tarde se hace dimitir a este Comité Nacional). Finalmente, sólo en localidades de Valencia y Aragón se responderá al llamamiento. En Binéfar, Belver de Cinca, Alcorisa, Castel de Cabra, Sollana y Alcarisa habrá enfrentamientos, explo-

²⁴ Esta palabra designa en Cataluña a una milicia ciudadana que funciona como cuerpo parapolicial.

sivos, piquetes para cerrar comercios, ataque a registros de la secretaria municipal, asaltos a cuarteles y sabotajes a líneas de comunicación y transporte.

El fin de los enfrentamientos se saldó con muchos detenidos, cierres de locales proletarios y sedes de CNT de las comarcas afectadas. Se aplicó la ley de defensa de la República a un centenar de detenidos y, junto con otros arrestados, se intentó deportarlos en un buque a las colonias de África, pero las protestas que durante los meses siguientes se organizaron, como la «Jornada de Agitación Nacional del 29 de mayo», obligaron a la república a recular.



Masacre de Casas Viejas.



Ivan Reskinof, herido y detenido por la policía, durante la intentona insurreccional de enero de 1933.

Insurrección de octubre del 34 y ascenso del frentismo

1934 se inicia con importantes huelgas obreras: metalúrgicos y tipógrafos en Madrid, gas y electricidad en Barcelona, huelga general en Zaragoza. Gran parte de los presos, por los sucesos de diciembre de 1933, fueron liberados por la continuidad de la lucha proletaria, que obligó al gobierno a decretar la amnistía general, que al mismo tiempo liberaba a los militares (Sanjurjo entre otros), que habían realizado la intentona golpista el 10 de agosto de 1932. Sin embargo, otros insurrectos siguieron presos, por lo que la huelga general, que debía prolongarse hasta que todos aquellos prisioneros salieran en libertad, siguió con fuerza en Zaragoza. En mayo, en la capital aragonesa, solo funcionaban los hospitales, las lecherías y las panaderías. Nadie más trabajaba, no se recogía la basura ni se encendía el alumbrado público. Ante aquella situación de carestía y posibles enfrentamientos, se decidió que cientos de chiquillos fueran cuidados por familias proletarias de otras ciudades. Partieron caravanas hacia Madrid y hacia Barcelona.

En la capital catalana, la Generalidad, que ante la ola de atracos había ilegalizado a una FAI que llamaba a seguir la lucha desde la clandestinidad, se prestó a hacerse cargo de los niños. Las familias proletarias no aceptaron esa maniobra que quería ningunear la solidaridad de clase, y se concentraron frente a la redacción de Solidaridad Obrera. A las 16 horas, más de veinte mil personas, sobre todo, mujeres y niños, esperaban a los hijos de los huelguistas de Zaragoza.

A pocos kilómetros de Barcelona, la caravana de niños fue detenida por Guardias de Asalto, que interrumpieron su paso por mandato de la Comisaría de Orden Público de la Generalidad, que mandó a despejar la concentración de las familias. Cientos de policías, porra en mano, empezaron a golpear a la multitud, algunos montando a caballo y otros disparando con sus pistolas. Hubo heridos de todas las edades y un trabajador muerto. Ello despertó la furia social, que respondió enfrentando a la policía, obligándola a retroceder. Enseguida se improvisó una manifestación hacia el centro de la ciudad, incendiando tranvías y asaltando una comisaría por el camino. Además, se decretó huelga general, que se alargó incluso varios días después de la llegada de los niños de Zaragoza a los hogares solidarios.

Sin embargo, será el proletariado agrícola²⁵ el que ocupe un lugar central con huelgas y protestas constantes en la primera mitad del año. En mayo, el gobierno responde declarando las cosechas «servicio público nacional», para tipificar toda huelga en el campo ilegal y facilitar las medidas de represión. Pero la situación no hará sino presentarse más explosiva y cohesionar al proletariado del campo que, empujado por las terribles condiciones que sufre, se organizará en pequeños grupos para expropiar propiedades y hacer frente a los explotadores. Pese a las tentativas de la UGT por contener esas luchas, e impedir la huelga general a la que se dirigían los trabajadores del campo, por transformarla en paros escalonados, pese a las circulares del comité ejecutivo desautorizando cualquier movimiento general, un gran número de comités locales de la Federación

Española de Trabajadores de la Tierra (desoyendo a su sindicato, integrado en la UGT) comienzan a preparar la huelga, obligando al Comité Nacional de esa federación a apoyarla frente a la negativa del PSOE y la dirección de UGT. El 5 junio, justamente en una fecha decisiva para la cosecha, se establece el comienzo de la huelga general que rápidamente afecta a más de 1500 municipios de no menos de 40 provincias. Andalucía y Extremadura fueron los bastiones de la lucha.

Durante dos semanas los proletarios en lucha plantaron una potente batalla, pero el aislamiento del campo respecto al resto del proletariado será terrible. Sin duda alguna, el saldo represivo de los años anteriores fue un factor fundamental para el aislamiento, pues a pesar de la fuerza mostrada, el proletariado se encontraba terriblemente golpeado por la cantidad de presos, el

²⁵ A nivel internacional, la sociología y la socialdemocracia habían impuesto una separación dentro del proletariado cuyo objetivo evidente era dividirlo. Se hablaba de «campesinado» en lugar de proletariado agrícola y ello correspondía a una explicación según la cual se trataba de una clase social diferente al proletariado —como si en pleno capitalismo la clase campesina del feudalismo siguiera existiendo— y oscilante entre las clases, incluso se decía que era una clase pequeño burguesa que no tenía la «consciencia socialista» y que defendía la propiedad privada. En rechazo total y completo con esta concepción, el proletariado se constituye en clase contra la propiedad, el capital y el Estado... y por eso nosotros nunca hablamos de campesino, para insistir siempre que viva o trabaje en la ciudad o en el campo se trata de la misma clase social.

agotamiento, la reestructuración, la desorganización. Pero también pesaba la ideología socialdemócrata en el proletariado, por lo que se les daba poca importancia a las luchas en el campo, con respecto a la de «los obreros» o incluso se teorizaba, erróneamente, que esas luchas eran meras maniobras del PSOE para recuperar el dominio del parlamento. Eso hizo ganar fuerza a la UGT, que maniobró y creó un cordón sanitario para impedir la extensión, cortocircuitando las tentativas de generalización allí donde pudo y sabotando las tentativas de huelgas de solidaridad.

En ese marco, la represión pudo abalanzarse sobre las zonas en huelga dando un terrible golpe al proletariado del campo con decenas de muertos, cientos de heridos y cerca de 7.000 detenidos. Salvando las distancias tanto cualitativas como cuantitativas, las similitudes con lo que pasará meses después en la insurrección en Asturias son evidentes.

Precisamente Asturias pasará a ser durante el 34, especialmente tras la represión sufrida por las luchas del campo, el centro de gravitación de la lucha del proletariado, estando el proletariado minero a la vanguardia. Sin duda, el momento más álgido de ese año es la insurrección proletaria en octubre de 1934, que se conoce como «insurrección de Asturias» o «insurrección de octubre». Fue uno de los momentos más importantes y valiosos de toda la lucha proletaria de los años 30 en España.²⁶ Ya en el 32 y en 33 las huelgas mineras habían agitado el descontento, pero será a finales del 33 y en el transcurso del 34 cuando, al calor de las luchas, huelgas, explosiones y experiencia, comenzarán a estructurar comités de huelga que tienden a unificar, en la práctica, la unidad de clase y que impulsarán las luchas y huelgas.

En marzo de 1934, se crea la llamada «Alianza Obrera Asturiana» como consecuencia de un pacto entre UGT-CNT, a la que más tarde se sumarán el BOC (Bloque Obrero Campesino), la IC (izquierda comunista), y, días antes de la insurrección, el PC (partido «comunista»). Tras su constitución se forma un comité provincial y posteriormente, se desarrollan comités locales en

²⁶ El análisis y balance de la insurrección de octubre del 34 requeriría por lo menos una revista entera, lo que desbordaría el cuadro que hemos trazado en nuestro trabajo sobre la cuestión española. Por lo tanto, nos vemos obligados a conformarnos con este pequeño aporte totalmente insuficiente, como hacemos con otras cuestiones centrales de la lucha proletaria en la región, pero en el que tratamos de exponer nuestras posiciones y conclusiones fundamentales.

cada localidad donde las organizaciones adherentes a la Alianza tienen presencia. Para nosotros, pese a algunos aspectos particulares de esa Alianza —como la participación de la CNT o el discurso más extremista que usa—, la misma no diferirá en nada de las del resto del país, siendo como todas las demás un organismo interclasista, una herramienta de la contrarrevolución.

Así es, desde su constitución en marzo del 34, la Alianza intentó, por todos los medios, imponer su programa de desmovilización basado en «nada de huelgas», «guardar todas las fuerzas para el momento decisivo», etc. Contra toda esta práctica de neutralización de la lucha, el proletariado se hizo fuerte en Asturias a base del combate, de las huelgas, de las explosiones, de sabotajes, de la experiencia... Los múltiples comités locales que debían seguir la política de contención dictada por la Alianza, se veían totalmente lanzados a la lucha y a una serie imparable de huelgas para defender los intereses y necesidades de su clase. Las necesidades y tareas que planteó el enfrentamiento cotidiano contra el capital empujaron al proletariado a contraponerse y desbordar el encuadramiento socialdemócrata. Huelgas, expropiaciones, sabotajes y enfrentamientos fueron el pan cotidiano. En septiembre, la lucha del proletariado llega a su apogeo. Todo gracias a esa trayectoria de luchas que abarca todo el año y que tiene ese mes el punto culminante que anuncia ya la necesidad del salto cualitativo.

Precisamente, si en Asturias el proletariado fue capaz de realizar la insurrección se debió, sobre todo, a que desbordó totalmente al PSOE-UGT y el paro nacional que este partido convocó. Nuestra clase, por medio de comités locales, comités de fábrica, comités de huelga, comités de defensa (incluso proletarios fuertemente encuadrados en el PSOE, como las Juventudes Socialistas, se vieron abocados al torrente de la lucha), preparó durante meses el movimiento insurreccional no sólo contra ese partido de la socialdemocracia y de sus directrices, sino cuestionando todo el marco de ideologías de que dicen representarlo. La cuidadosa preparación insurreccional, a la que se dedicó nuestra clase meses antes, puede rastrearse en todo el accionar del proletariado. Redes clandestinas para acopio de armamento, plan insurreccional, discusiones programáticas...

La fábrica de armas de Vega de Oviedo fue uno de los almacenes principales de suministro de armas. Pese al férreo control del armamento que había, existía un viejo material de guerra importado de África que no estaba controlado y que sería el más expro-

piado. El comité de fábrica y el Comité de Defensa de la CNT organizaron la extracción de esas armas. Durante casi un año, los proletarios extraían diariamente despiezando el armamento de diversas formas, así como las municiones. Se transportaban a armeros que se encargaban de montarlas y después se escondían fundamentalmente en las cuencas mineras.

Otra fuente de armas fueron los hornos de la Fábrica de Mieres. Los proletarios se enteraron que iba a llegar un vagón de chatarra lleno de fusiles pertenecientes al ejército alemán en la llamada primera guerra mundial, destinado a los hornos de dicha fábrica. Se apoderaron de ellos y, en talleres clandestinos, se arreglaron más de un centenar de ellos para esconderlos en espera del momento. Estos talleres clandestinos también se usaron para realizar explosivos y demás armas para la lucha.

Además, hay que tener especialmente en cuenta el acopio masivo de dinamita que se fue haciendo. Pero si estas fueron las principales fuentes de armamento, existían una cantidad innumerable de pequeñas fuentes. Sería imposible describir el ingenioso y laborioso proceso de armamento y las redes de distribución y transporte que concretó nuestra clase. El proceso fue tan metódico, tan bien estructurado, que las decenas de registros policiales que sospechaban la existencia de armas nunca consiguió encontrar ninguno de los depósitos de armas, si exceptuamos, claro está, lo que fue publicitado por toda la prensa, el espectáculo dantesco del PSOE y el barco Turquesa, cuyo objetivo evidente fue no solo ocultar lo que era realmente importante, sino mejorar la imagen del PSOE frente al proletariado, como si también éste estuviese apoyando el armamento de los proletarios y en cualquier momento llamaría a la revolución. Pese a todo, hay que anotar que en el avituallamiento de armas el proletariado se centró demasiado en los fusiles y las armas y descuidó la munición, aspecto que se hará sentir en la insurrección y convertirá a la dinamita en un arma fundamental.

A parte de las armas, desde los comités y estructuras que prepararon el impulso insurreccional se trazaron líneas generales para el ataque de los principales centros del poder burgués. Los centros armados de la represión fueron el primer objetivo, los centros políticos el segundo, luego los lugares de acopio de alimentos... Todo fue coordinado a diversos niveles, y también se planificó el desencadenamiento cronológico de todas las operaciones desde los pueblos más pequeños hasta las localidades más grandes, planeando un movimiento envolvente.

El 4 de octubre, tras una crisis ministerial, cuatro miembros de la CEDA entran en el parlamento. Recordemos que el PSOE llevaba meses chorreando verborrea y amenazando que si algún miembro de este partido, al que consideraba fascista, entraba en el parlamento «desencadenaría la revolución». Llegado pues ese momento, los cuadros de ese partido palidecen. Lanzan la consigna de «huelga general revolucionaria», pero los mismos que hacen llegar la consigna a algunas provincias la tratan de transformar en un simple paro formal de trabajo. Pese al fuerte movimiento en Bilbao, y dadas las tentativas infructuosas en Barcelona y Madrid, la lucha quedará rápidamente circunscrita a la región de Asturias, especialmente confinada a las grandes concentraciones mineras. La huelga general llevada adelante por el proletariado unificado bajo la consigna UHP (¡Uníos, Hermanos Proletarios!) asume inmediatamente un carácter armado e insurreccional, desbordando al PSOE que intenta imponer sus límites y su control. El proletariado minero, a la vanguardia del combate, tomó rápidamente las cuencas mineras y avanzó hacia la ciudad de Oviedo utilizando la dinamita y las armas que durante meses escondió. El movimiento es directamente insurreccional en toda Asturias, aunque algunos lugares estratégicos, como Gijón, se verán frenados por una desesperante falta de armas que la socialdemocracia se asegurará de que no lleguen. Efectivamente, en la preparación del movimiento, el Comité Local de Gijón había confiado increíblemente en la palabra de los miembros del Comité Provincial de la Alianza Obrera que justamente se aseguraron de que esas armas, que los insurrectos necesitaban desesperadamente, nunca llegaran a la ciudad.

Mientras tanto, la insurrección va apoderándose de toda la región, salvo pequeñas zonas y lugares claves de Oviedo y Gijón. Se asaltan los cuarteles de la guardia civil y demás centros de represión, así como las distintas instancias del poder burgués, se toman las fábricas de armas, se expropián los almacenes y medios de producción. A los pocos días, el Comité Provincial de la Alianza intenta desmovilizar al proletariado. Disuelve su comité y ordena el fin de la insurrección y la rendición, alegando que la misma ha fracasado en el resto del país. El proletariado, pasándole por arriba a la orden de la Alianza, sigue impulsando el combate desde los comités locales que se mantienen firmes y restituye los órganos afectados, persiguiendo a los desmovilizadores. Pese a la fuerza que prefigura esta situación, nuestra clase también muestra la terrible debilidad que contendrá su movimiento: los miembros del disuelto Comité Provincial, ante la respuesta

proletaria, vuelven y desgraciadamente se les permite reincorporarse a la dirección del movimiento.

Sin embargo, durante las casi tres semanas que dura el proceso insurreccional, el proletariado sigue cuestionando esa dirección constantemente para imponer sus necesidades. Se tiende a organizar la producción para las necesidades humanas que, en ese momento, son fundamentalmente necesidades de supervivencia e insurrección. Los comités locales organizan la distribución de alimentos y demás productos básicos; se declara la abolición del dinero, se desvía el uso primario de medios de producción para ponerlos al servicio de la producción de armamento. Se fabrican así diferentes tipos de armas, así como blindados. El objetivo es para todos los proletarios el mismo, extender y profundizar la insurrección; se realizan infinidad de bandos y textos que, pese a su heterogeneidad y límites, dan muestras de la riqueza de la tentativa revolucionaria. A los burgueses locales se les anula todo poder como clase. La propiedad privada, la mercancía, el valor, el trabajo asalariado, el Estado... todo se pone en el punto de mira, se los ataca por todos los medios. Se trata de un verdadero esbozo de dictadura del proletariado. Pero el rápido fracaso de la insurrección en el resto del país y los límites del armamento proletario, permiten al Estado aislar el movimiento y concentrar todas sus fuerzas para derrotarlo. El gobierno de la República declara el Estado de Guerra y, desconfiando de la lealtad del ejército, ordena a los generales Franco y Goded, que eran los más fieles generales republicanos (de los que más se fiaba la República) al mando de la legión extranjera –que tiene su base en las colonias marroquíes–, cruzar toda la península para aplastar a los insurrectos. Contra el mito de la historia oficial (fascismo-antifascismo), vemos claramente que en ese momento los generales que serán luego titulados como «fascistas» son fieles obedientes de la República, que ello muestra hasta qué punto, frente al proletariado insurrecto, el Estado burgués es uno solo; que no hay ningún matiz entre fascistas y antifascistas a la hora de imponer el terrorismo de Estado. O dicho de otra forma, con la terminología oficial, fue la República la que llamó a los «fascistas» para hacer su «trabajo sucio».

El Estado republicano no se equivocaba al utilizar a esos militares percibiendo que en parte del ejército reinaba el descontento con el peligro que suponía que los soldados se «contagiaran» de la lucha del proletariado. La base aérea de León, que sin lugar a dudas fue un pilar para la represión del movimiento en Asturias,

nos muestra esta realidad con las tentativas de motín que se sucedieron los primeros días de la insurrección y que finalmente fueron sofocadas. Una de ellas fue preparada junto a militantes del exterior, otras se desarrollaron desde el interior como el fuerte movimiento de pilotos que se negaron a reprimir y quisieron organizar la confraternización. Un año más tarde algunos de los impulsores de estos motines serán condenados a pena de muerte por un tribunal militar. También hubo intentos de romper la disciplina del ejército y unirse a la insurrección por parte de soldados y marinos del crucero Libertad, pero no llegaron a materializarse. Estos intentos de motines que para algunos puede parecer anecdóticos, para nosotros tienen una gran trascendencia. Sobre todo, porque la insubordinación y desertión de los soldados, su confraternización con el proletariado en lucha siempre ha sido un salto de calidad fundamental para todo movimiento revolucionario. Por contra cuando la policía y el ejército están totalmente cohesionados, y obedecen sin pestañear como fuerza militar del Estado, nuestra clase tiene grandes dificultades para contraponerse a esa maquinaria asesina. Precisamente la derrota de esos motines supuso un duro golpe para el devenir de los acontecimientos en Asturias. En concreto la base aérea de León, donde se dieron los intentos de amotinamiento más serios, será un elemento decisivo de la represión permitiendo que la aviación provoque brutales bombardeos contra los insurrectos y sirva como importante apoyo logístico al movimiento de las tropas militares. Por otro lado, el Puerto de Gijón, que el crucero Libertad despejará a cañonazos será la puerta de entrada de grandes dotaciones del ejército republicano.

En ese proceso contra la insurrección, el PSOE jugará un papel decisivo, pues, aunque como hemos visto el proletariado lo desbordará constantemente en la lucha, los cuadros de mando de la llamada Alianza Obrera, dominados por ese partido, seguirán adoptando decisiones fundamentales en el desarrollo del combate. Como señalamos, eso será nefasto dado que desde esa dirección formalista se impulsará el aislamiento de Asturias, se frenará el avance insurreccional, se impedirá el armamento de zonas estratégicas como Gijón. Esa dirección solo sirvió para desorientar, confundir, contener, obstaculizar la lucha y favorecerá la derrota.

Contra el mito oficial, afirmamos que la Alianza no sólo no fue el motor de la insurrección, sino que por el contrario fue el freno y el obstáculo principal que tuvo en su contra. Esto independientemente de si tal o cual militante que participó en la dirección de

esa Alianza era un militante revolucionario, si la voluntad de cierto dirigente era organizar la revolución social, si comités enteros de la Alianza eran clasistas. Es bajando la mirada al suelo terrenal donde podemos apreciar la verdadera naturaleza de los acontecimientos, rompiendo el velo de las interpretaciones ideológicas. Sólo así podemos romper con las falsas evidencias y percibir que la unidad del proletariado y la insurrección, que este desencadenó al grito de UHP, sólo fue posible por la contraposición y la ruptura práctica que materializó nuestra clase frente a la política y las directrices que marcaba la Alianza Obrera.

Desgraciadamente, como hemos visto, el proletariado no llevó la contraposición a la Alianza (y a la contrarrevolución en general) hasta las últimas consecuencias, permitiendo que gran parte de sus estructuras (comités locales, núcleos, redes...) fueran centralizadas, no por un órgano que emanase de sus necesidades, sino por un órgano como la Alianza Obrera, lo que significaba dejar a los cuadros socialdemócratas asumir la dirección formal del movimiento para liquidarlo. Pese a que la potente lucha cotidiana, así como la propia insurrección de octubre, puso constantemente en cuestión esa dirección, creando fuertes contradicciones, desbordes y desobediencias, el proletariado fue incapaz de generar un órgano propio de centralización fuera y contra de la Alianza que expresara su ruptura revolucionaria con todos sus enemigos, que le dotara de una clara delimitación y autonomía de clase.

Luego de una terrible lucha de 20 días y una sangrienta represión (más de 30.000 encarcelados, cientos de muertos, de violaciones, torturas y humillaciones), el Estado logra restaurar el orden burgués.

Tras el aislamiento y la derrota de la Comuna de Asturias de octubre de 1934 se siguen produciendo luchas en toda España. Sin embargo, el resto del año y todo el año siguiente, la generalización de la represión y el terrorismo de Estado serán las características centrales de las relaciones entre las clases que forzará a los proletarios a actuar en cerrada clandestinidad. Evidentemente, ello favoreció la ideología frentepopulista y antifascista, que se va imponiendo cada vez más en las estructuras organizativas del proletariado hasta el triunfo electoral del Frente Popular²⁷ en 1936 y la amnistía de los presos políticos, que constituyen

²⁷ El Frente Popular en España agrupó a los diversos partidos de izquierda: Izquierda Republicana, Unión Republicana, PSOE, PC, Partido Sindicalista y el POUM. La CNT, aunque formalmente no formó

ya, formas de canalización democráticas de la lucha proletaria desarrollada hasta entonces.

Por su parte la CNT da pasos fundamentales para convertirse en aparato de Estado como ala de izquierda del Frente Popular mediante la renuncia a la acción y difusión del abstencionismo revolucionario afirmando la utilidad coyuntural de las elecciones y el parlamentarismo, es decir, haciendo campaña a favor del Frente Popular.

parte del mismo, funcionó apoyando ese frente «críticamente» hasta su sumisión total al mismo.



Insurrectos en Asturias, octubre 1934



Afiche U.H.P. - Uníos Hermanos Proletarios

Los comités de defensa que se estructurarán en el seno de la CNT, tras el congreso de 1931, serán expresiones organizadas, realmente importantes, de la afirmación del proletariado como clase. Irán profundizando y mejorando su estructuración y orientación a lo largo de todo el periodo republicano, hasta alcanzar un alto grado de organización. Su brazo operativo serán los cuadros de defensa, que actuaban en un marco delimitado de una barriada, coordinados con otros cuadros de ese mismo barrio por medio del comité de defensa de barrio. Los distintos comités de defensa de barriada se coordinaban, a su vez, en el comité de distrito, los de distrito en el local, los locales en el regional, y los regionales en el nacional. Todo además ligado a otras estructuras más amplias. Es evidente que este esquema organizativo básico sufrió modificaciones dependiendo de los lugares y las coyunturas. También es cierto que, en los hechos, su nivel de coordinación, en las instancias superiores, tuvo muchas deficiencias y se produjeron muchos problemas y confusiones por la existencia de posiciones contrapuestas y la superposición entre los comités de defensa de la CNT y los comités superiores de la CNT, así como con los comités proletarios más autónomos, aunque también se considerasen parte de la CNT. La tarea central de los comités de defensa fue la de preparar y buscar los momentos decisivos para concretar la lucha insurreccional: fueron ellos los que impulsaron y orientaron las tentativas insurreccionales de enero y diciembre de 1933, para culminar con la insurrección de julio de 1936 en Cataluña y las jornadas de mayo del 37.

En todo este proceso organizativo de los comités de defensa, es necesario subrayar el papel que jugó el grupo Nosotros (o Los Solidarios anteriormente), auténtico dinamizador de ese proceso y vanguardia del proletariado en la región española hasta su disolución. Este grupo dirigirá y profundizará en la estructuración de estos comités, reflexionará constantemente en el arte insurreccional y en otros aspectos programáticos esenciales. Al mismo tiempo, peleará, y se impondrá en ocasiones, junto a otros militantes revolucionarios, contra el sector contrarrevolucionario de la CNT, defendiendo la autonomía de clase y la necesidad de la insurrección y de su preparación. El grupo Nosotros afirmaba que las jornadas insurreccionales, como las vividas en el Alt Llobregat, aunque finalmente no desencadenen la revolución, eran importantes por varias razones: «concienciaban» más a los proletarios que «toneladas de propaganda», desgastaban a la República y servían de entrenamiento y de aumento de fuerzas para el proletariado. A su vez, el grupo se defendía de sus detractores, que los acusaban de querer llevar a cabo un «golpe de estado» para apoderarse del poder, ase-

gurando que en sus intenciones no había ni «blanquismo», ni trotskismo, sino que lo que querían era «aprovechar nuestras fuerzas para el triunfo de la revolución».

A partir de lo ocurrido en Alt Llobregat en 1932, los miembros de Nosotros insistieron en la necesidad de una mejor preparación y coordinación a nivel de todo el país. De ahí que, antes de cada una de las revueltas de 1933, estos militantes viajasen a los puntos más calientes de España, se reuniesen con las minorías más decididas, coordinasen la acción en los comités de defensa y otros núcleos proletarios. En todos los casos preparaban un plan insurreccional, estableciendo el punto de partida de la insurrección, así como los lugares donde tenían que producirse acciones tras «el aviso»; al mismo tiempo que organizaban un eventual repliegue.

Ante las derrotas de cada tentativa insurreccional se realizarán balances, reflexiones y discusiones entre los revolucionarios que se cristalizaron organizativamente en un perfeccionamiento de esos comités, y que, como veremos, será fundamental para la insurrección de julio de 1936. Es evidente que esta realidad, y otros procesos asociativos paralelos, derrumban el mito espontaneísta que oculta la capacidad del proletariado para asumir la preparación y estructuración de su revolución. Cuanto más oficial será la historia posterior, más se ocultará este proceso real de lucha contra el individuo y el individualismo, menos se defenderá esa afirmación de la disciplina orgánica forjada conjuntamente y haciendo posible que el proletariado se afirme como fuerza de destrucción del capital y el Estado. Luego de la derrota del proletariado y la reafirmación del individuo libre tan importante en la reorganización del capital y el Estado toda la historia pasada se basará en falsificar esos saltos cualitativos esenciales en la conformación de la clase..., en la organización de la fuerza revolucionaria del proletariado, presentándonos un pasado de individuos libres actuando espontáneamente y unificándose en función de afinidades inmediatistas.

La insurrección proletaria de julio de 1936 y su encuadramiento estatal

Tras el triunfo electoral del Frente Popular, el proletariado seguirá luchando y, durante los meses anteriores a julio, las huelgas y conflictos volvieron a agudizarse, amenazando de nuevo la paz social.

Precisamente, para tratar de liquidar, de una vez por todas, la constante amenaza proletaria, en julio de 1936, otra fracción de la burguesía (que asume otra función en el reparto de tareas entre fracciones de la clase dominante) decide hacerse con el mando del Estado español, para imponer el orden. Una parte del ejército dirigido por los generales Franco y Mola se movilizan con este objetivo. El gobierno del Frente Popular, ante dicha movilización, trata de negociar con ellos para buscar un acuerdo. El proletariado por su parte, percibiendo que es un movimiento del Estado burgués para aplastarlo, sale a la calle a defender, no la República, sino sus intereses. La experiencia que durante esos años ha adquirido el proletariado, así como la existencia de estructuras que han ido perfeccionando la preparación insurreccional (especialmente los comités de defensa interconectado con una vasta red de estructuras), hacen que en algunas regiones el proletariado armado afirme su proyecto revolucionario. Hay que tener en cuenta que desde meses antes, las minorías de vanguardia del proletariado estaban preparándose para asumir una batalla decisiva contra la burguesía. En consecuencia, en muchas regiones por toda España, el proletariado mostrará su fuerza llevando el miedo a todas las fracciones burguesas: ocupa edificios estratégicos (cuarteles, comunicaciones, hoteles céntricos...), fábricas, empresas, tierras, almacenes y mercados de abastos. En pocas horas se hace con el control de una parte de las carreteras, transportes, centrales telefónicas, bancos, medios de comunicación, comida, municiones, cañones, metralletas, flota automovilística, casas y edificios. Con ese accionar, trata de imponer sus necesidades a las del capital. Los capitalistas huyen, otros patrones se esconden, muchos curas son ajusticiados, las monjas son «liberadas», las iglesias y símbolos religiosos quemados. Los presos de ambos sexos son rescatados y engrosan las filas del movimiento, alguna cárcel es derribada. En ese momento, gran parte de los explotados sienten que caminan juntos hacia su emancipación social.

En la calle, se desata la fiesta revolucionaria, que se extiende como una mecha en el seno del proletariado, que celebra la tentativa de una incipiente transformación en las relaciones sociales. La comunidad de lucha ocupa la calle, prefigurando una comunidad humana. La propiedad privada, el Estado, el individualismo y el egoísmo entran en crisis y son cuestionados hasta en sus fundamentos. Los proletarios sienten y están convencidos de que van hacia la revolución social, se imaginan de golpe liberados de siglos de explotación. Muchos moldes y prejuicios de la sociedad burguesa son hechos añicos. Sin embargo, el proceso revolucionario presenta, desde el principio, dudas y limitaciones que acabarán posibilitando su encuadramiento por la izquierda burguesa. El frentepopulismo y el antifascismo que habían ganado fuerza en los años anteriores cogerán un nuevo impulso que poco después acabará liquidando todos los esfuerzos revolucionarios e imponiendo en su lugar la guerra imperialista entre fascistas y antifascistas.

Todo esto se concreta, en los primeros momentos, con la tolerancia que existió hacia burgueses que no participaron en el golpe. La fuerza de la ideología frentepopulista estuvo presente en los mismos proletarios que se habían erigido en dirigentes de ese proceso. Eso les provoca dudas respecto a cómo profundizar la revolución. Se plantean si la pueden y deben profundizar, o si es mejor posponerla y aliarse con la burguesía para iniciar una guerra de frentes contra los generales golpistas que han vencido en otras ciudades y avanzan hacia las regiones insurrectas. ¡Es la fuerza contrarrevolucionaria del antifascismo, el antiautoritarismo y el mal menor materializándose estructuras, grupos y proletarios! Del mismo modo, en ocasiones, se ataca más a los símbolos que a la relación social capitalista. En algunos lugares, por ejemplo, se realizan quemas de dinero, pero no se oponen claramente al valor —verdadera sustancia del dinero y del capital— ni a ciertas determinaciones de este sujeto, como el trabajo asalariado o la mercancía que serán respetadas como si fueran tan naturales como el agua. El resultado real fue que el capital pudo recuperarse rápido del golpe y seguir reproduciéndose, estableciendo su dictadura por doquier, manteniéndose a flote, consecuentemente, el Estado.

En algunas ciudades se extiende la repartición y distribución de productos: desde los menús que sirven en el lujoso hotel Ritz hasta las mantas y ropas que se expropián a los burgueses. Sin embargo, pocos días después, con la política de colaboración, se

pone fin a esa subversión de las relaciones laborales y de distribución, y se vuelve a trabajar a cambio de un salario. Simultáneamente, se vuelve a trabajar en las mismas fábricas, en casi las mismas condiciones —y en breve tiempo las condiciones serán mucho peores—, pero ahora sin patrón directo. Por muy poco tiempo y en lugares determinados, la producción se encuentra en manos de los proletarios que trabajan sin patrón y gestionan la producción, pero no cuestionan las relaciones sociales de producción, ni el intercambio de mercancías, lo que posibilitará que muy rápidamente el Estado, que se va recuperando, asuma su papel de patrón. Las relaciones sociales del capital siguen reproduciéndose, aunque en vez de patronos haya obreros que realicen la gestión. Serán esas mismas relaciones del capital que exigirán cada vez más trabajo por menos salario y que encontrarán, en los sindicatos, sus mejores agentes para ese aumento de la explotación.

A la hora de emprender medidas y acciones concretas para consolidar el proceso revolucionario que acabe con el capitalismo, hubo mucha confusión. Los discursos antiautoritarios y antiestatales, en la mayoría de los casos, eran totalmente inconsecuentes y típicos de la ideología «libertaria». Además de fusionarse cada vez más con el discurso burgués antifascista, generaba la ilusión de cambiar la sociedad y destruir el Estado por la simple toma de las fábricas y de los centros de producción por parte de los productores. La misma concepción creaba la ilusión de que en una zona se había ganado y que en la otra había que hacer la guerra, en realidad en ambos lados se sometía al proletariado, al trabajo, al capital, al Estado y a la guerra. Claro que la peor de las ilusiones era pensar que la autoridad del capital y el Estado desaparecerían con discursos contra la autoridad y, como si adonde se había ganado, el capital y su organización en fuerza (el Estado) desaparecería sin enfrentamiento de clases, sin destruir la mercancía y por la magia de los trabajadores trabajando antiautoritariamente.

Los niveles de autonomía de clase y la capacidad de contraponerse al encuadramiento del Frente Popular y el antifascismo fueron determinantes en la lucha proletaria. Mientras en algunas zonas, de primera, el Estado logra imponer la polarización interburguesa y el proletariado fue sometido directamente a ser carne de cañón de la guerra imperialista, será en las regiones con mayor autonomía proletaria donde se lograron victorias decisivas, primero ocupando cuarteles y depósitos de armas para enfrentar

el Estado, luego venciendo a los militares que amenazaban con más represión.

Pero a pesar de esas diferencias reales en diversas zonas del Estado español, podemos decir que globalmente en 1936, el proletariado es capaz de armarse, enfrentar y vencer al «fascismo»²⁸, pero, al mismo tiempo, la tendencia a «ir a por el todo» y por la «dictadura de la anarquía», que antes se expresaba en los hechos por doquier, va perdiendo fuerza frente al antifascismo (incluso dentro de la CNT/FAI), que por otra parte encuentra su apoyo a sus tesis, en julio de 1936, en la amenaza de las flotas francesa e inglesa contra la insurrección. Con el «colaboracionismo antifascista» descarado de las direcciones que se imponen en la CNT, la FAI y el POUM que, como veremos, tendrá un salto cualitativo a partir de julio de 1936, el proletariado va cediendo en su lucha contra el Estado burgués, que en base a ello va logrando liquidar su autonomía, desarmarlo y encuadrarlo en los ejércitos antifascista y fascista. Aun así, proletariado expresará su resistencia de muchas maneras: negándose a desarmarse, expropiando a la burguesía, resistiendo al trabajo, protestando contra la explotación, haciendo huelgas y cuestionando a los sindicatos, abandonado un frente militarizado, ejecutando a policías y oficiales estalinistas, publicando octavillas contra el colaboracionismo... pero ya no lo hará con la unidad y fuerza de épocas anteriores. Para el gobierno de la República, incluida la CNT-FAI, toda esa resistencia será obra de militantes incontrolados a los que hay que reprimir. Por lo tanto, los meses siguientes a julio de 1936, la represión y el terrorismo de Estado republicano completa, con creces, la acción de los nacionales dirigidos por Franco; la militarización antifascista se hace al compás de las

²⁸ Aunque profundizaremos en esta cuestión esencial de la contrarrevolución en la segunda parte de este trabajo, queremos aclarar que si entrecomillamos el término fascismo lo hacemos para subrayar que fue el antifascismo el que fue formando y moldeando el monstruo fascista como algo separado y diferente al Estado republicano. La realidad es que la fracción franquista, en tanto que frente unificado de derechas, era parte y expresión del Estado republicano. Recíprocamente, el Frente Unificado de Izquierda, el Frente Popular, representó la otra expresión fundamental de ese mismo Estado. Recordemos que en el 33-35 fueron esos mismos «republicanos franquistas» los que fueron afirmándose como defensores de la República frente a la amenaza proletaria (la máxima expresión fue la represión y masacre de la insurrección de Asturias).

desapariciones, asesinatos y las torturas dirigidas por los agentes rusos dirigidos desde el Kremlin, con la complicidad manifiesta de las direcciones políticas de la CNT y el POUM (alguno de cuyos miembros serán sus propias víctimas).

La última gran resistencia generalizada de los explotados por afirmar su proyecto revolucionario, y romper con la guerra interburguesa, se produce en las decisivas jornadas de mayo de 1937, cuando el intento de los guardias de asalto por despojar a los militantes de la CNT del control que tenían sobre el edificio de la Telefónica (y en realidad sobre las comunicaciones de toda la zona) saca de nuevo a la calle a miles de explotados impulsados por los comités de defensa de barrio que volverán a ser un centro de organización fundamental. El proletariado se encuentra solo en la calle y se enfrenta a todas las estructuras del Estado burgués, incluidos no sólo sus represores republicanos estalinistas y socialistas sino también a las organizaciones en las que el proletariado se había estructurado, la CNT, la FAI y el POUM que por todos los medios lo llaman al desarme, a volver al frente y al trabajo. Pese a todas las batallas que el proletariado ya había perdido, mayo del 37 constituye un momento crucial de la lucha de los 30. El proletariado se enfrenta a todo el aparato del Estado, a todas las fracciones de derecha e izquierda de la burguesía mundial. El hecho de que no haya ninguna «expresión» del Estado al lado de los proletarios, hace de ese momento algo sumamente excepcional en la historia de la lucha de clases, y solo se pueden encontrar situaciones parecidas en otros grandes movimientos revolucionarios como el movimiento Makhnovista en Ucrania/Rusia, o tal vez en México en las primeras dos décadas del siglo XX.

Serán los llamados del POUM y los discursos de los dirigentes/ministros más en boga de la CNT/FAI quienes lograrán al fin el desmantelamiento de las barricadas, la vuelta a las casas y al trabajo de los proletarios que gracias a ello se transformarán en blancos aislados y desarmados del terrorismo democrático de Estado dirigido por el estalinismo: en los días siguientes a los sucesos de mayo, se mata, se tortura, se instaura la desaparición de militantes revolucionarios como los métodos preferidos del orden republicano. El Frente Popular había logrado su objetivo supremo: desarmar al proletariado y enviarlo al matadero. Lo que

sigue después es abiertamente una guerra burguesa²⁹, una guerra imperialista en la que el proletariado juega el papel de carne de cañón y que pronto se generalizará al resto del mundo. El «modelo español» será utilizado con mucha más facilidad en el resto de Europa, en donde el proletariado ya había sufrido antes una profunda derrota contrarrevolucionaria vanguardizada por el leninismo internacional.



²⁹ La guerra burguesa interimperialista en España comienza mucho antes, claro está, como lo verán y denunciarán claramente diferentes grupos de revolucionarios en el mundo, pero hasta esa fecha hay una potente resistencia proletaria a someterse a la misma y defender sus intereses de clase.



Durante la revuelta de julio de 1936 muchos cambios se veían a primera vista. En estas fotos de Barcelona se observa al lujoso hotel Ritz, convertido en hotel y comedor popular, y a proletarios mostrando su fuerza y determinación. Sin embargo, gran cantidad de aspectos característicos del capitalismo siguieron funcionando de forma más o menos visibles.

SOBRE LA AMNISTÍA

«Para los más clásicos partidos burgueses, el que salgan los presos es siempre una consecuencia de que se decreta tal o cual cosa legalmente; para los partidos burgueses que se autoproclaman obreros la cosa es al revés, el decreto de amnistía es la gran victoria de la clase obrera. Ambos tipos de partidos están de acuerdo en que lo fundamental es la formalización jurídica, la acción del estado. Existe oposición, pero se trata de una oposición en el seno de una misma clase: la burguesía. Sólo están en desacuerdo en cuáles son las vías más adecuadas para integrar democrática y jurídicamente la situación. Para los comunistas, por el contrario, la victoria obtenida por la clase no consiste en ningún decreto, sino en la fortificación organizativa de la clase, la afirmación práctica de su autonomía, y que los presos estén en la calle. ¿Y la amnistía? La amnistía la denunciamos como lo que es: una maniobra jurídica de la burguesía que intenta integrar en su legalidad, en su estado democrático, lo que pasa en la calle y no puede evitar. Su objetivo es evidente, transformar una correlación de fuerzas coyunturalmente favorable a su enemigo histórico en su contrario, al retomar las riendas de la sociedad. La formalización jurídica permite disfrazar la salida de los presos en amnistía —la izquierda y la derecha aportan las máscaras para la ocasión—, esconder detrás de la libertad del ciudadano todo lo que le resulte simpático a la totalidad de los proletarios (unos como ‘triumfo’, otros como ‘consecuencia’).»

Precisamente, la amnistía declarada en 1936 en España por el Frente Popular cumple, en detalle, con todo lo que se denuncia en el libro *Contra la Democracia* de Miriam Qarmat:

En primer lugar, la amnistía será junto con el antifascismo la bandera para enganchar a ese indomable proletariado de la región española al Estado burgués, para convencerle de que, para sacar a sus compañeros de las garras del Estado, no es necesaria su organización autónoma para la acción directa, sino que puede delegar en los políticos de izquierda gubernamental, que lo defenderán, que lo representarán. Es un anzuelo para imponer la mediación democrática, atacando de raíz el formidable asociacionismo transformado en fuerza que el proletariado había desarrollado en la afirmación de sus necesidades, atacando su programa, su autonomía, y su inevitable contraposición a todo Estado. De esta forma la burguesía busca frenar y destruir el proceso de autonomización que contiene la lucha y que el Estado con máscara de izquierda, aparezca como un organismo que defendería sus intereses.

En segundo lugar, la bandera de la amnistía transforma una necesidad y reivindicación proletaria de liberar a sus compañeros, en una reforma para que el Estado pueda tragarla, digerirla. La amnistía no es la libertad de los presos, sino la respuesta del Estado a la lucha por liberar a los presos. Mientras que para los hermanos proletarios se trataba de vaciar las cárceles de los suyos, sacando a todos los hermanos sin distinción (tal y como lo había expresado todavía el Pleno de Regionales de la CNT a principios del 36) cuestionando la existencia de esos centros de reclusión, así como la sociedad que los crea, para la burguesía se trataba de limar lo más posible esa reivindicación, para que de esa forma la amnistía de los «delitos político-sociales» formulada en el programa del Frente Popular afecte exclusivamente a los «presos políticos». De hecho, se excluyen a los presos que la burguesía llama «presos comunes», introduciendo así la división entre los hermanos en lucha contra la sociedad burguesa y el Estado, al mismo tiempo que dejando a muchos encerrados con el aval de todos. Ello no solo aísla y divide, sino que en el caso de España solo se aceptará liberar a los presos políticos condenados por los acontecimientos de octubre de 1934. Más exclusiones, más división, más debilitamiento de la clase frente al Estado.

Por último, el Frente Popular buscaba esconder y marginalizar la verdadera acción masiva del proletariado para liberar a todos sus hermanos presos, que desconociendo toda la cuestión jurídica asaltó las cárceles en donde pudo: Madrid, Barcelona, Oviedo, Gijón, Cartagena...En ninguno de esas aglomeraciones el proletariado respetó los límites burgueses y arrancó de las cárceles a todos los compañeros encarcelados, sin ninguna distinción entre políticos y comunes. En realidad, eso es lo que explica que el Frente Popular se apurara tanto en declarar la amnistía para impedir la afirmación de la fuerza del proletariado frente a la cual siempre tuvo y tiene mucho temor. De hecho, el Gobierno en funciones hace entrega del Gobierno del país al Frente Popular (¡siempre tan comprensivos y unidos en la defensa del orden existente!), sin siquiera esperar los resultados definitivos de la primera vuelta, y antes de realizar la segunda vuelta prevista para el 1 de marzo, acelerando así esa medida tan importante para canalizar (castrar) la fuerza proletaria que se expresaba en las calles.

Elementos de balance crítico

Una vez más, la derrota del proletariado se produce porque éste no logró organizarse como clase, es decir, como partido autónomo contra todas las fuerzas burguesas³⁰. Y todo ello como consecuencia de la concepción y la política socialdemócrata del mal menor, del apoyo a la democracia progresista, de la alianza de los mal llamados «partidos obreros» que desde diferentes organizaciones e ideologías se logra imponer en las filas proletarias. La constitución del Frente Popular y de la alianza antifascista significó la rápida y total disolución de la autonomía de clase del proletariado y su enrolamiento en la guerra interburguesa, primero en España y después en el resto del mundo en la llamada «segunda guerra mundial».

El Frente Popular (y más precisamente la dualidad antifascismo-fascismo) es la táctica utilizada en ese momento por la burguesía contra el proletariado para liquidar su autonomía de clase. Los fenómenos del fascismo, del nazismo, del frentepopulismo, del estalinismo, que se desarrollan en esos años tienen las mismas características básicas de conciliación nacional, movilización de masas, apología del trabajo y de la producción en gran escala y conducen todos a la renuncia de los intereses proletarios, al esfuerzo nacional y en última instancia a la guerra imperialista, donde el único papel que tiene el proletariado es el de carne de cañón. A pesar de la resistencia activa de las fracciones comunistas e internacionalistas, el proletariado no logra la ruptura con

³⁰ Todos los capítulos de la historia de la lucha de clases se cierran con «la derrota de la revolución» y en todos ellos podemos constatar que el proletariado no fue lo suficientemente lejos en la afirmación de sus intereses, de su fuerza de clase, de su autonomía, de su organización, de su centralización. Sólo en ese sentido tiene validez la tesis que afirma formalísticamente «faltó el partido» y, en ese mismo sentido, es siempre verdad. En realidad, lo que se está afirmando es que la dirección formal que tuvieron los proletarios en esa circunstancia (los dirigentes formales y sus concepciones ideológicas) lo condujeron al fracaso por falta de ruptura con las concepciones burguesas (socialdemócratas), que en un momento dado el proletariado se dejó conducir hacia objetivos que no son los suyos. Es precisamente el análisis y la denuncia de estas ideologías y esos falsos objetivos que constituye lo más importante de un BALANCE, y no la repetición estúpida e impotente de que lo que «faltaba es el partido».

dichas corrientes y terminará jugando exactamente ese papel de carne de cañón. España es entonces el último país de todo el período en donde se libra una gran batalla revolucionaria y a su vez será el primero en donde el capitalismo mundial logra concretar la canalización de todas las energías proletarias en la guerra fascista-antifascista cuya culminación será la guerra mundial.

La lucha en España durante la década de los treinta, en la medida que culmina en la transformación de la guerra social en guerra imperialista y en destrucción/ liquidación del proletariado, concluye el proceso contrarrevolucionario que ya era general en el mundo. Para ello fue fundamental el papel que jugó la socialdemocracia, como partido burgués para los obreros. En España ese rol lo desempeñaron PSOE, PCE, POUM y la CNT. Mientras que las dos primeras organizaciones tienen un programa abiertamente burgués y opuesto a la revolución proletaria (tareas democrático burguesas...) será en las otras dos donde el proletariado estructure su lucha. No existen otras organizaciones masivas de proletarios organizados autónomamente. A partir de estructuras militantes de la CNT, la FAI y pequeños grupos, que, aunque no son oficialmente reconocidos se reivindicaban de esas estructuras, se organizó la insurrección armada. Minorías y grupos que se reivindicaban de la CNT fueron la vanguardia de las expropiaciones proletarias y de la acción autónoma de nuestra clase contra el capitalismo. La masa proletaria no organizada vio también en la CNT a su organización. Sin embargo, las posiciones de la contrarrevolución, que siempre fueron importantes, acabaron por dominar al interior de la CNT. En esta organización acabará imponiéndose un programa dominado por concepciones socialdemócratas, que serán decisivas en la destrucción de la autonomía de clase y la afirmación del frente interburgués. El anti-autoritarismo (que se opone a las necesidades más elementales del proceso insurreccional en favor de la democracia, del Estado y crea la ilusión de que desde el Estado se disolverá solo, si los proletarios controlan la producción), el gestionismo (que lejos de conducir a la abolición del capitalismo, no hace sino reproducirlo bajo la «gestión obrera»), el sindicalismo (que liquida la reivindicación de clase en pos de la reforma) y el federalismo (que reproduce la separación propia a la reproducción mercantil) serán las bases sobre las que la contrarrevolución se asentará.

Fue como consecuencia del dominio de estas concepciones socialdemócratas, como en los meses previos al asalto insurreccional de julio de 1936, la ideología antifascista, que ya no designaba como enemigo a la burguesía y el sistema social capitalista, sino

al fascismo, pudo imponerse al interior de la CNT, abriendo el camino al frentepopulismo. Nada más lógico que en las elecciones de 1936 la CNT actuara como un aparato capaz de funcionar como el ala izquierda del republicanismo y el Frente Popular renunciando al abstencionismo revolucionario y defendiendo la participación activa en las elecciones del lado del Frente Popular. Aunque esta práctica se denunciará en el interior mismo de la CNT (por ejemplo, en el Congreso de Zaragoza), la transformación de la CNT en aparatado del Estado burgués marcará un punto de no retorno. Como decíamos anteriormente, muchos militantes revolucionarios no comprendieron esta cuestión y en plena batalla decisiva contra el Estado fueron incapaces de romper con dicha organización y malgastaron sus energías en un esfuerzo desesperado por variar su dirección contrarrevolucionaria.

La afirmación de este proceso contrarrevolucionario al interior de la CNT, extensible —con sus particularidades— a la FAI, (que implicará que ninguna de esas organizaciones dé directivas teórico-prácticas contra el Estado burgués, ni los meses inmediatamente anteriores a julio del 36, ni después), explican lo rápido que se produjo la transformación de la milicia obrera de julio de 1936 en un organismo capitalista sometido a la República.

En las luchas en España, el proletariado alcanzó grados altísimos de autonomía y dio evidencias del alcance de la revolución que contiene. Son de destacar la concreción y la radicalización de la lucha, la autonomía de los proletarios para prepararse, armarse y tomar los centros de poder en diversas ocasiones como en octubre de 1934 y julio de 1936, las rupturas de grupos o fracciones que fueron más lejos que sus propias organizaciones, la rápida extensión de consignas y tentativas prácticas de lucha contra la propiedad privada, las expropiaciones de tierras y fábricas, los intentos de abolición del dinero, la búsqueda de organismos de producción colectiva y la búsqueda de otras formas de producción, distribución y vida, la contraposición general con respecto a todo el abanico de fuerzas burguesas como en mayo de 1937. Sin embargo, la ideología antiautoritaria, antidictatorial, federalista... socialdemócrata que predominaba dispersó esa formidable energía en miles de pequeñas acciones sin fuerza orgánica capaz de aplastar al capitalismo. La concepción gestionista predominante se completaba perfectamente con la política antifascista y juntas impidieron que el proletariado impulsara sus propios intereses en base a su dictadura revolucionaria. Ese

extraordinario movimiento del proletariado fue incapaz de cristalizar una dirección revolucionaria en el sentido más fuerte de esa palabra y en su lugar existió una dirección formal que no correspondía con la práctica real del movimiento, y que lo dirigía al callejón sin salida del antifascismo y el gestionismo extremo, a la formación de colectividades en coexistencia pacífica con el capitalismo y sus leyes económicas: las colectividades autónomas consolidan el intercambio de mercancías y se constituyeron, como no podía ser de otra manera, en parte de la economía del capital. Su existencia y desarrollo no cuestiona en absoluto la ley del valor que regula la sociedad burguesa. Más aún, aquellas colectividades no cuestionan ni la unidad de base de la producción burguesa, ni la esencia mercantil de la sociedad: la empresa, la mercancía...

En 1936, el proletariado se arma y toma la calle frente a la burguesía, a la propiedad privada y al Estado; pero se encuentra desarmado políticamente por las organizaciones de la socialdemocracia que, con su ideología antiautoritaria y secundariamente «socialista» y leninista, lo conducen atado de pies y manos a aceptar la disciplina del antifascismo (milicias antifascistas), la república burguesa (legalidad democrática), la gestión capitalista (colectividades). Aunque los aspectos militares, políticos, económicos de la lucha de clases están indisolublemente unidos, podríamos esquematizar la imposición de la contrarrevolución haciendo una disociación de esos aspectos, para exponerlo con más claridad. En lo militar, se liquidó la lucha de clases al someter al proletariado al frente militar dirigido por la burguesía republicana. En lo político, la entrada y colaboración de esas organizaciones en el gobierno republicano fue una confirmación de su incapacidad de defender intereses proletarios contrapuestos, así como a darle a la situación una salida revolucionaria.

En lo económico, la ideología que pretende que se puede organizar la producción sobre bases revolucionarias, sin la dictadura del proletariado que destruya centralmente la propiedad privada (la mercancía, el dinero, el trabajo asalariado...), condujo a canalizar la energía proletaria hacia la gestión y reproducción de la economía mercantil (generalizada), es decir hacia una forma «obrera» de funcionamiento de la sociedad del capital. Aclaremos que no estamos criticando el hecho de apropiarse de los medios de producción para la lucha contra el capital y el Estado, sino constatando el nefasto papel de la ideología que presenta ese hecho como una solución gestionista de la cuestión social, creando la ilusión de que si quien toma las decisiones son los obreros, en

vez del patrón, se superará al capitalismo, cuando en realidad el capital se encuentra a sus anchas con la gestión obrera. Toda la energía revolucionaria del proletariado fue liquidada por el antifascismo (guerra imperialista) y el gestionismo (colectividades) que impuso la CNT/FAI, lo que vino a complementar con creces el papel criminal que realizaban en el campo antifascista la socialdemocracia clásica (PS, PC...). Dada la coherencia entre la práctica social y la ideología (así como las prácticas anteriores), de todos los grandes partidos denominados de izquierda, resulta absurdo hablar de traición. De la misma manera que la socialdemocracia formal no traicionó en 1914, sino que cumplió su papel histórico de partido burgués para los obreros, y los asesinatos de revolucionarios y las casas de tortura utilizados por el PC confirmaron su papel contrarrevolucionario, el papel centrista desempeñado por la CNT y el POUM, que parten de la lucha del proletariado, de sus necesidades y efectúan declaraciones revolucionarias, para someterlo inmediatamente a las necesidades de la guerra y la economía capitalista, resultó confirmado por la práctica de estas organizaciones: última barrera contra la revolución social.

Dichas fuerzas fueron esenciales para encuadrar a lo mejor del proletariado y liquidarlo en el campo de la guerra antifascista y de la producción militar capitalista. No se puede entonces hablar de traición sino de la confirmación del programa socialdemócrata que se fue imponiendo en la CNT y la FAI durante los años precedentes —o el POUM desde su nacimiento.

Mayo del 37 será la última tentativa de nuestra clase de romper con el frente interburgués. La derrota de esta insurrección (la más claramente antiburguesa, antiestalinista y antirrepublicana) se produce gracias a que el antifascismo extremo logra desarmar totalmente al proletariado insurrecto, notablemente gracias a la dirección que la CNT, el POUM, así como sus ministros, logran imponer en el proletariado insurrecto. La paralización/liquidación de la insurrección y la vuelta al trabajo, preconizada por estas organizaciones, dejaron el campo totalmente libre para la tortura, la desaparición y los asesinatos practicados por los estalinistas para descabezar la revolución. El PC, la CNT, la FAI y el POUM, conjuntamente con las diferentes policías republicanas, logran así lo que hasta ese momento no había conseguido ninguna fracción del Estado (de izquierda o derecha): liquidar física y orgánicamente a los sectores más decididos del proletariado. En mayo de 1937, como en las otras tentativas insurreccionales,

octubre del 34 y julio del 36, podemos constatar que el proletariado no afirmó una dirección revolucionaria realmente propia, que estuviera dispuesta a no transigir y a contraponerse a los criminales llamados a la paz social del antifascismo. Su formidable impulso revolucionario logró ser liquidado por la represión física selectiva y la ideología de vuelta al trabajo y al frente de batalla antifascista que impusieron la CNT y el POUM.

Frente al desarrollo de los enfrentamientos, y tras la derrota del proletariado en España, los militantes de otras partes del mundo se encontraron sin poder actuar en solidaridad con el mismo, como hubiese sido necesario para impedir su aislamiento y liquidación. Ello se debió principalmente a la debilidad del movimiento del proletariado internacionalista en ese período que, como expusimos anteriormente, había sido derrotado por doquier. A pesar de las luchas en Francia en junio de 1936, en México, en Austria, en El Salvador... se dio una situación de aislamiento del movimiento a nivel internacional. La burguesía mundial logró camuflar el verdadero antagonismo de clase de la «guerra civil» en España y venderla a la opinión pública mundial como una guerra entre republicanos y fascistas, lo que llevó al proletariado revolucionario en España a un aislamiento político muy profundo. Cuanto más se imponían internacionalmente las banderitas fascistas y antifascistas con los colores nacionales y más se movilizaban al proletariado hacia las Brigadas Internacionales, más solos se encontraron los revolucionarios e internacionalistas en España para enfrentarse al capitalismo mundial.

El Frente Popular y el antifascismo levantaron un auténtico muro para el aislamiento. Poco a poco lo único que comunicaba desde España, los pedidos de solidaridad... ya no eran del proletariado, sino que estaban mediatizados y filtrados por Estados imperialistas como Rusia. En particular, el papel de la Internacional «Comunista», la URSS y los diferentes PC, así como sus diferentes apoyos críticos (sobre todo el trotskismo en sus múltiples variantes) fue fundamental en ese aislamiento. Cuanto más se reclutaba para el antifascismo, más se liquidaba la posibilidad internacional de acción internacionalista en comunidad de acción y lucha con el proletariado en España. Es obvio que existe una relación directa entre las necesidades de la URSS, en tanto que potencia capitalista compitiendo con otras potencias capitalistas, y la defensa de tal o cual «táctica» en la IC. La del Frente Popular, que tuvo en España su confirmación más clara como fuerza de liquidación de la energía revolucionaria del proletariado, obedecía a los intereses imperialistas del Capital en el

mundo. Contra todas esas fuerzas burguesas, sólo un puñado de compañeros dispersos por el mundo repudiaron por igual el fascismo y el antifascismo y continuaron la lucha invariante del Partido contra el capitalismo mundial y el Estado. Nosotros consideramos importantísimo, no sólo para el análisis del pasado, sino para la lucha futura, los aportes de esos distintos compañeros, más o menos estructurados en grupos o fracciones comunistas en diferentes países del mundo. Por consiguiente, uno de los ejes fundamentales de las publicaciones que realizaremos será precisamente el del rescate histórico de los mejores de esos materiales. Sin ese decisivo trabajo de reapropiación, el proletariado debería volver a empezar siempre de nuevo su propia historia, repetir los mismos errores e improvisar inmediateamente la dirección a tomar. Sin ese aporte decisivo, los internacionalistas de hoy y de mañana no tendríamos todo ese bagaje de experiencia, de teoría revolucionaria, que constituye el arma más decisiva y potente de gestación de una dirección revolucionaria que asegure el triunfo en las próximas olas de luchas proletarias.

Evidentemente, otro eje será reivindicar y exponer las expresiones proletarias que, en pleno proceso de imposición del Frente popular y de la guerra imperialista, se contrapusieron al mismo y trataron de resistir. La lucha contra la alianza interburguesa antifascista, la resistencia a la explotación en las colectividades y la lucha contra la militarización y el frente interburgués fueron asumidas por grupos y sectores proletarios. Subrayar todas esas luchas y resistencias nos parece fundamental, para mostrar ese antagonismo entre las necesidades de nuestra clase y las de la contrarrevolución frentepopulista.

«La milicia obrera del 19 de julio es un organismo proletario. La 'milicia proletaria' de la semana siguiente es un organismo capitalista adaptado a la situación del momento. Y para realizar su plan contrarrevolucionario la burguesía puede utilizar a los centristas (stalinistas - ndr), a los socialistas, a la CNT, a la FAI, al POUM, ya que todos hacen creer a los obreros que el Estado cambia de naturaleza cuando el personal que lo dirige cambia de color».

Bilan, nº51 mayo-junio de 1937



Barricadas durante los sucesos de mayo 1937

SEGUNDA PARTE

LA CONTRARREVOLUCIÓN

Presentación

La primera parte de este trabajo sobre la cuestión española apareció en la revista *Comunismo* 66 del Grupo Comunista Internacionalista en febrero de 2017. Pese a que el equipo que efectuaba este material tenía preparada su continuación en los posteriores números de esa revista, una serie de circunstancias y posteriores rupturas interrumpieron la planificación proyectada. Más de cinco años después, buena parte de los militantes que conformamos dicho equipo decidimos retomar esta importante tarea, pues consideramos que representa una contribución cualitativa al balance que nuestra clase ha ido forjando de ese extraordinario episodio histórico.

Algunos compañeros cuestionan la utilidad que puede tener en el presente un material como este: un balance de un proceso de hace casi un siglo del que se ha escrito hasta la saciedad. ¿Acaso no se ha dicho ya todo lo importante desde el punto de vista del proletariado revolucionario? ¿Acaso no hay temas y cuestiones actuales mucho más importantes que requieren de nuestros esfuerzos y tendrán más repercusión, o por lo menos serán mejor recibidos en nuestra comunidad de lucha, en comparación con este «mamotreto» sobre la lucha en España de los años 30? No negamos que hay cuestiones actuales de gran relevancia que hoy se abordan en el seno de las minorías revolucionarias y otros sectores de nuestra clase. No somos ajenos a ellas y participamos en las mismas a diversos niveles. Sin embargo, la prioridad que damos a nuestros materiales centrales en esta publicación, viene jerarquizada por nuestras capacidades y por las

necesidades que consideramos que la lucha revolucionaria demanda.

¿Acaso el antifascismo no sigue teniendo una fuerza hegemónica por todas partes, adquiriendo nuevos bríos y reforzando la democracia, el politicismo, la polarización entre izquierda y derecha, incluso enrolando a los proletarios en tal o cual guerra?

¿No es el gestionismo una de las vías por excelencia frente la crisis de valorización del capital? El Estado de Rojava, la guerra Ucrania-Rusia, la constante utilización del mal menor, del cuco del fascismo, del posibilismo, la apología de la toma de los centros de producción por los trabajadores como objetivo, el antiautoritarismo como monopolio del poder en manos del Estado... El balance que aquí presentamos no hace sino profundizar en la crítica de estas y otras ideologías que hoy siguen siendo un pilar del orden social. Su actualidad e importancia es irrefutable.

Es cierto que la crítica revolucionaria ya ha pasado revista a estas fuerzas del enemigo a lo largo de estas nueve décadas. Pero se trata de continuar esa tarea yendo más al fondo, de contribuir a darle a la crítica histórica del proletariado un contenido más profundo y concreto. En ese sentido, no podemos permitirnos que estos materiales sigan circulando y discutiéndose exclusivamente de forma «interna» entre contados compañeros y grupos.

Queremos aclarar que, aunque la comprensión de esta segunda parte que ahora publicamos no requiere haber leído la primera, consideramos que su lectura permite entender mejor algunas afirmaciones y conclusiones que realizamos. Por eso decidimos incluir como anexo esa parte y aconsejamos su lectura previa pues además abordamos aspectos que dan integridad a nuestro balance. Más allá de explicar nuestra metodología de análisis, esa parte expone lo que para nosotros es el ABC de la revolución y contrarrevolución en la región española de los años 30, acompañada de una breve exposición crítica del desarrollo de la lucha de clases en ese periodo, destacando la fuerza del proletariado, de su asociacionismo, de sus tentativas insurreccionales. A su vez, tratamos de plasmar cómo junto a todo ese rico y complejo proceso de ascenso de la revolución, iba en paralelo la constitución y asentamiento de su contrario: la contrarrevolución. Efectivamente, expusimos cómo mientras el proletariado cuestionaba y atacaba todo el orden social, tratando de imponer sus necesidades por medio de su fuerza colectiva, tratando de dar un salto cualitativo por medio de tentativas insurreccionales, la contrarrevolución iba asumiendo formas alternas como medio de

neutralizar y fagocitar esa fuerza que amenazaba su existencia: república, partidos de izquierda, «Alianzas Obreras»... hasta encontrar en el Frente Popular y el antifascismo la fórmula sobre la que se vertebró e impuso la contrarrevolución.

La segunda parte que ahora publicamos no cierra este trabajo de reapropiación, pues la previsión es publicar algunas entregas más, que aparecerán en próximos números de Revolución, no necesariamente en los números que seguirán al actual, pues hay otra serie de temas y tareas que ocuparán también esas futuras publicaciones. Con esta segunda parte consideramos haber dado un salto de profundidad en el análisis de los fundamentos de la contrarrevolución en la cuestión española. De más está decir que alentamos a los diversos compañeros a que nos hagan llegar todo aporte o crítica a nuestro balance, así como cualquier información poco conocida relacionado con este formidable episodio de lucha de nuestra clase.

Introducción

La imposición del antifascismo a través del Frente Popular fue el factor esencial que hizo posible la neutralización de la insurrección proletaria de julio del 36, y que el proletariado en armas se convirtiera en parte del ejército burgués republicano fijando como enemigo no al capitalismo y su Estado —se presente como republicano, monárquico, fascista o antifascista— sino al fascismo. El proletariado fue enrolado en el frente antifascista y la guerra de frentes para defender justamente lo que había atacado con pasión y rabia durante los años precedentes: el capitalismo bajo su careta republicana. Esto supuso el abandono de su terreno de clase, el abandono de la defensa intransigente de sus necesidades materiales —inmediatas e históricas— y la afirmación de la contrarrevolución en todos los campos. De enfrentarse al Estado se pasó a defenderlo, de cuestionar la explotación se pasó a reproducirla, de atacar a los milicos se pasó a ser parte de ellos... Del desarrollo de la negación positiva del proletariado que contiene la revolución se pasó a la negación negativa que afirma la contrarrevolución. La burguesía consiguió así disolver la amenaza proletaria que en la región española puso en peligro su dominación de clase desde principios de los años treinta, tal y como había sucedido en otras regiones en el periodo 1917-1923 (Rusia, Alemania, Hungría...). La guerra interburguesa en la región española cierra todo un ciclo de luchas mundiales contra el capital y es el prolegómeno de la matanza generalizada de la llamada segunda guerra mundial. De ahí la importancia de responder cómo y por qué esa imponente lucha contra el capital y el Estado fue desviada hacia la conciliación de clases por medio del Frente Popular. Es precisamente a esa pregunta a la que queremos responder en esta parte dedicada al estudio y análisis de la contrarrevolución. Si bien el análisis de las fuerzas que conducen al proletariado a constituirse en clase opuesta a todas las fuerzas burguesas, a constituirse en partido, es importante para el balance de un proceso revolucionario, mucho más importante es el análisis de las fuerzas que frenan, obstaculizan y finalmente liquidan ese proceso de autonomización llevándolo a la derrota. Siempre hemos insistido en que el estudio y el análisis profundo de la contrarrevolución es la cuestión esencial de todo balance. Es aprendiendo de sus errores, de sus debilidades, de las fuerzas materiales que lo llevaron a la derrota, de donde los explotados extraeremos las lecciones esenciales para resurgir como clase y superar los límites de nuestras anteriores tentativas revolucionarias.

Sin embargo, uno de los grandes problemas que se nos presenta, es que las contrarrevoluciones nunca van acompañadas de balances claros, lo que obstaculiza esa tarea vital de aprender y superar los límites del pasado. Es evidente que, en España, Rusia o México, la revolución fue derrotada y lo que se impuso en última instancia fue todo lo contrario de lo que quisieron quienes luchaban por destruir el capital y el Estado. Pero cuando se pregunta por qué, las explicaciones son poco claras, turbias, confusas, cuando no se reducen a echarle la culpa al enemigo o a la traición de fulanito o menganito, como si aclarase algo que unos individuos pudieran traicionar a toda una clase en lucha.

Precisamente esa explicación no clara es parte decisiva del triunfo mismo de la contrarrevolución. La reproducción de la contrarrevolución requiere el mantenimiento de esa confusión generalizada de cómo se llegó a esa situación. Sumemos a esto que lo que en última instancia predomina es siempre una falsificación generalizada tanto de la revolución como de la contrarrevolución. Es común llamarle «revolución» a lo que en realidad fue la consolidación de lo opuesto. Así, por ejemplo, en Rusia, lo que se ha dado llamar la «Revolución rusa» fue precisamente el proceso de imposición del poder bolchevique cuyos primeros actos fueron la liquidación de la lucha revolucionaria, la reafirmación como potencia imperialista de Rusia y el proceso de reorganización y desarrollo del capitalismo. En México también se le llama «revolución» a lo que fue la destrucción de la misma y la estatización de algunas reformas capitalistas que se explicitaron como el proceso de «institucionalización de la revolución» efectuada por el «Partido Revolucionario Institucional» (el nombre mismo está confesando ese proceso de institucionalización que en realidad es la destrucción de la revolución).

En el caso de España, además de la confusión generalizada sobre cómo la contrarrevolución se impuso, se ha olvidado hasta el hecho mismo de que la revolución, necesariamente anticapitalista y por tanto antiestatal, tuvo como enemigo a todo el capital y su Estado, tanto en la forma republicana como en la monárquica. La historia oficial nos brinda una reescritura de la historia en la cual el enemigo de la revolución era sólo el general Franco o el fascismo, o como mucho los «agentes de Stalin». Uno de nuestros objetivos esenciales al retomar el estudio de la cuestión española es combatir todas esas ideologías, continuando y profundizando el balance que diversas expresiones de nuestra clase han ido realizando para clarificar cómo se impuso la contrarrevolución.

Por lo tanto, lo que nos interesa es tratar de poner en evidencia lo que resultó decisivo para la destrucción histórica del proletariado como clase autónoma en España en la década del 30. Es decir, determinar la clave del proceso por el cual una clase que fue capaz de ser un ejemplo indiscutible de fuerza y lucha, termina destruida como potencia y masacrada.

Así como la afirmación revolucionaria se produce en base al asociacionismo proletario, la acción directa en la defensa de los intereses de clase, la confrontación con el capital y el Estado; la contrarrevolución actúa siempre como ideología (en realidad conjunto de ideologías burguesas), como expresiones organizadas, estructuras e individuos que se materializan no como fuerzas externas del asociacionismo proletario, sino como fuerzas actuantes en su interior, siendo este aspecto sumamente decisivo. Así como en el desarrollo revolucionario hay siempre un proceso cuantitativo de imposición de los intereses materiales de los proletarios, de confluencia compañera, de estructuración, de generalización... y saltos cualitativos de rabia, de salida a la calle, de protesta, fortaleciéndose en el enfrentamiento, hasta tender en ocasiones a la insurrección, en la afirmación de la contrarrevolución, pese a que ciertas ideologías siempre están presentes actuando contra la lucha, siempre hay saltos de cualidad fundamentales por los que la fuerza actuante del proletariado se desvía hacia objetivos que no son los suyos hasta su liquidación. Hay dos elementos de base que siempre son necesarios captar para comprender la negación de la revolución y la afirmación del proceso contrarrevolucionario:

- Los momentos decisivos o encrucijadas en donde se impone en nuestra clase una política contraria a sus propios intereses.
- Las ideologías que conducen a ello.

Se trata de percibir cómo las ideologías de la clase dominante presentes en los explotados, contrarrestan la tendencia a su afirmación como clase, distorsionando sus intereses hasta imponer objetivos totalmente ajenos a su ser, como la participación en la guerra interburguesa e imperialista.

El proletariado, en su lucha por constituirse en sujeto, tiende invariablemente a contraponerse a todas esas ideologías, materializando momentos cruciales en los que las decisiones que adopta resultan de vida o muerte. Esos momentos se cristalizan

cuando a través de la lucha contra el capitalismo y la contrarrevolución, se da un giro a la correlación de fuerzas y de poder entre las clases, cristalizándose en la calle la inversión que permite al proletariado imponerse al menos, circunstancialmente, en una región, país o conjunto geográfico cualquiera (territorio, ciudades, campos...)³¹.

Son esos momentos cruciales cuando se concentra toda la fuerza de la revolución y de la contrarrevolución, cuando se va decididamente hacia uno u otro lado de la barricada. Se realiza, o bien el gran salto que vigoriza la autonomía de clase y el proceso de destrucción del capital, o bien se sufre la caída que diluye la fuerza proletaria en el interclasismo e inexorablemente la revolución comienza su proceso descendente hasta su desvanecimiento. Son los momentos que nos transportan a la articulación concreta de la revolución y de la contrarrevolución en organizaciones, personas, hechos históricos y nos permite regresar de esos momentos concretos al análisis histórico particular, tomando posición clara sobre cuál es la posición que defiende la revolución y cuál es la que se contrapone a ella, cuál es la organización o minoría que expresa mejor el salto cualitativo imprescindible, la necesaria dirección revolucionaria que el movimiento requiere³² y hasta si se quiere, poner en evidencia qué militante (o grupo de compañeros) expresa mejor la continuidad de la revolución y cuáles son las expresiones que conducen el movimiento al frentismo y a la derrota. En nuestro caso particular, la concretización progresiva nos conduce a determinar muy explícitamente:

³¹ Partimos de la base que el lector comprende bien que esta definición de poder está en total contraposición a la concepción socialdemócrata politicista de toma del poder, de concepto nacional, estatal o gubernamental del poder que invierte la verdadera esencia de la dictadura del proletariado. Para el proletariado no se trata de tomar el Estado y usarlo para sus fines, porque el Estado no tiene nada de neutro, el Estado es el capital como fuerza centralizada para su propia reproducción: toda toma del Estado es en realidad una subsunción al mismo para el desarrollo capitalista, como en el caso bolchevique.

³² La palabra dirección que tantos miedos suscita no debe entenderse en términos de la dirección de tal o cual individuo sino en el sentido de orientación, de hacia dónde va el movimiento: o avanza hacia la revolución o retrocede con la contrarrevolución.

- Cuáles fueron las ideologías que más contribuyeron a disolver la fuerza del proletariado como clase que luchaba por la revolución social y sumergirlo en una guerra interburguesa (conocida como «guerra civil») en la que sólo sirvió como carne de cañón.

- Dentro de nuestro propio movimiento, cuáles fueron las organizaciones, estructuras, posiciones y dirigentes, que en los momentos decisivos vehicularon esas ideologías aceptando, implícitamente, la conciliación entre clases y, explícitamente, el Frente Popular.

- Cuáles son los actos decisivos que en esos momentos cruciales operan hacia el frentismo y por lo tanto hacia la guerra bajo las órdenes de un Estado contra el que se luchaba con todas las fuerzas.

- En qué momento crucial se abandonan los intereses autónomos de clase.

- Qué fuerzas intentan contraponerse a la contrarrevolución para afirmar el proceso revolucionario y por qué fueron derrotadas.

Es decir, explicar cómo y por qué una lucha que era contra el capital y el Estado es desviada hacia el antifascismo convirtiendo al proletariado en armas en parte del ejército burgués.

La socialdemocracia

En todos los grandes episodios revolucionarios que terminaron en su opuesto, la clave del proceso contrarrevolucionario es la disolución total del proletariado en tanto que fuerza autónoma luchando contra el capital, su reintegración en contradicciones entre fracciones de la clase dominante. Para comprender este proceso es necesario partir de la práctica social real e histórica, tratar de extraer la esencia de ese proceso, captar cómo se va definiendo en la práctica. Si algo requiere la contrarrevolución, es que todo lo que se encuentra como vida afuera y en contra del Estado sea integrado en él. Claro que lo que expresa las necesidades e intereses del proletariado nunca puede ser captado por el Estado, pues es su contraposición total. Es necesario extirpar y liquidar todo lo que hay de revolucionario en el seno del proletariado, para que las ideologías burguesas presentes en nuestra clase ganen terreno hasta imponerse.

No hay que olvidar nunca que las propias determinaciones del proletariado, producto de su papel histórico como clase explotada y revolucionaria, lo impulsan a una constante pugna en su propio ser —en su vida, en sus estructuras de lucha— entre revolución y contrarrevolución. Mientras que esta última se sostiene en una serie de prácticas y concepciones que refuerzan las condiciones de explotación, la primera, por su parte, adquiere su fuerza de todo lo que lleva a la negación de esas condiciones. La basculación de esa contradicción hacia uno u otro lado es la base para el avance de la revolución o de la contrarrevolución.

Cuando las asociaciones proletarias, las discusiones, los grupos, las ideas, la vida..., dejan de cuestionar los fundamentos del sistema social y comienzan a preocuparse por las consecuencias, por lo secundario o superficial, nuestra clase no obtiene más que el abrillantamiento de las cadenas de su opresión. Esta situación conduce inevitablemente al alineamiento y disolución de su fuerza en contradicciones secundarias, desplazando las reivindicaciones sociales del proletariado por demandas de derechos o/y reformas al interior del Estado. Las contradicciones de clase dejan su lugar a disputas entre la clase dominante, a conflictos interburgueses y, en su nivel superior, a la guerra imperialista. Los explotados actúan como mera pieza del juego de sus amos.

Es algo que vivimos en la actualidad cotidiana, donde en vez de cuestionarse la explotación misma (obtención de plusvalor) se cuestiona el exceso, en vez de luchar contra el capitalismo se lucha contra la globalización; en vez de luchar contra el Estado se lucha contra la corrupción; en vez del militarismo y la preparación de la guerra, se cuestiona determinada fracción o Estado imperialista; en vez de la opresión capitalista y estatal, se cuestiona la «dictadura» de cierto gobierno fascista o izquierdista; en vez de luchar contra el modo de producción actual como destructor del planeta, se promueve que la producción sea menos contaminante y que el consumo sea responsable para que se alargue la agonía. La lista de ejemplos es interminable.

La afirmación de este proceso contrarrevolucionario es la función histórica de la socialdemocracia, comprendida no como algo formal, sino como el Partido histórico de la burguesía, o si se quiere del capital, para encuadrar al proletariado en función de sus necesidades³³. En la división del trabajo dentro del partido

³³ Marx comprendió muy tempranamente y con gran precisión esta función de la socialdemocracia. En *el 18 Brumario de Luis Bonaparte* afirmaba: «A las reivindicaciones sociales del proletariado se les limó

del orden, mientras algunos se concentran más globalmente en la administración de los negocios y la represión directa, la socialdemocracia es el partido que se ocupa de transformar toda la energía revolucionaria que produce esta sociedad en energía de desarrollo del capital, en evolución y modernización del Estado. Por supuesto que, como todo partido burgués, se ocupará también de la represión abierta y la administración de los negocios, pero esto lo hace fundamentalmente en relación con la fuerza de nuestra clase, es decir, como respuesta y porque el desarrollo autónomo del proletariado requiere ese compromiso. Justamente por eso, en los momentos insurreccionales, la socialdemocracia adquiere tanta importancia y sus expresiones asumen los actos más brutales de terrorismo de Estado, o/y son llamados a negociar y administrar los negocios de la cuasi totalidad del capital (véase la vieja URSS).

Pero ¿qué recubre la socialdemocracia? Evidentemente una constelación de fuerzas muy dispares. Desde sindicatos, a partidos, parlamentarios, cooperativas, materializándose también en infinidad de asociaciones y comités. En realidad, es imposible fijar sus fronteras pues como en todo conglomerado social, la dinámica llega a ser muy grande y el procedimiento de captación democrática, que es esencial en su constitución, funciona a una velocidad enorme, haciendo frente al ascenso del proceso de autonomización del proletariado y su tendencia a la revolución social³⁴.

la punta revolucionaria y se les dio un giro democrático; a las exigencias democráticas de la pequeña burguesía se las despojó de la forma meramente política y se afiló su punta socialista. Así nació la socialdemocracia». Desgraciadamente en los años posteriores la crítica explícita de Marx a la socialdemocracia se mantuvo, por lo general, en correspondencia privada, debido a un lamentable oportunismo que tendría un terrible peso histórico.

³⁴ Sin duda, esta definición de la socialdemocracia no puede ser captada por la lógica formal que no puede percibir el movimiento fluido y la materialización y reproducción de un mismo ser en toda una serie de formas y procesos. Es evidente que desde esta concepción limitada no se puede entender nada y se cree que cuando hablamos de socialdemocracia estamos expulsando hacia un ente exterior, hacia un chivo expiatorio, todos los problemas de la revolución. Se nos llega a decir que afirmamos que el problema del proletariado es algo exterior a él. Incapaces de comprender que la exposición crítica de la socialdemocracia como fuerza de la contrarrevolución no sólo no niega su reproducción

Por lo tanto, la socialdemocracia, más que un determinado organismo formal, es la capacidad del capital mismo de mimetizarse apareciendo como partido, como individuo, como medio de comunicación, como servicio policial, como sindicato, como gobierno, como «revolucionario»..., para destruir la autonomía del proletariado, para liquidar lo que cuestiona los fundamentos del capital, para disolver lo que enfrenta lo esencial, para desviar la contraposición misma al Estado. Claro que en todos los casos no se trata de un enfrentamiento frontal y abierto sino solapado, escondido, maniobrero, mentiroso. Una vez más no es que la socialdemocracia no utilice métodos de terrorismo de Estado, sino que invariablemente lo hace de forma encubierta y cínica.

Ante esta multiplicidad de formas de manifestarse, lo que es mucho más delimitado y claro es la ideología misma de la socialdemocracia, es decir, de todo lo que busca liquidar la lucha revolucionaria y encerrarla en los cauces de la contrarrevolución, presentándose así misma como defensora de la revolución. Se trata de una concepción del capitalismo que ni comprende ni cuestiona sus bases materiales: el capital y el Estado.

Para la socialdemocracia el capital es un mero objeto. No lo concibe como el sujeto de la sociedad sino como mero trabajo muerto, como medio de producción, o en alguna de las otras formas que adopta en su incesante movimiento tautológico. En cuanto al Estado, lo concibe como un aparato o como un instrumento al servicio de la clase social que lo «dirija» con el objetivo de someter al resto, y que puede utilizarse en el proceso revolucionario. Es en base a esta concepción de los dos pilares del capitalismo sobre la que se constituyen las determinaciones prácticas de la ideología socialdemócrata que giran en torno al politicismo y el gestionismo (o economicismo) y que tendrán un sinnúmero de variantes. Aunque en la práctica el politicismo necesite del gestionismo y viceversa, ambos se muestran como caminos diferentes y contrapuestos hacia la «revolución». El primero desvía

al interior del proletariado, sino que la comprende profundamente como una fuerza actuante emanada de la propia cosificación capitalista que se introduce y es reproducida en el seno del proletariado contra sí mismo y se manifiesta de una multitud de formas —sólo hay que ver nuestros materiales para comprobar que este nexo común no sólo no nos impide criticar a fondo toda esa multitud de formas, sino que nos permite captarlas como partes de un mismo ser— pero cuyo nexo común es la defensa del capitalismo ocultado en un reflejo ideológico que la presenta como defensa del proletariado.

al proletariado hacia la toma del poder político, a apoderarse del Estado para desde allí imponer la «revolución». El segundo, por su parte, lo lleva a la gestión productiva, a tomar fábricas y medios de producción desentendiéndose del aspecto «político», haciendo creer que no es necesario la acción despótica contra el Estado, siendo suficiente la gestión autónoma de las unidades productivas³⁵.

Si bien el partido político y el sindicato son las formas clásicas de encuadramiento para desarrollar la actividad de la socialdemocracia, lo cierto es que, como decíamos anteriormente, para materializar esta práctica social hay un gran abanico de formas que han ido consolidándose dependiendo de la coyuntura, tales como las asociaciones vecinales —no confundir con el asociacionismo proletario de vecinos, de organizaciones barriales—, asambleas constituyentes, grupos armados reformistas, asociaciones de consumo responsable, cooperativas, etc. Pero, más allá de las formas concretas, históricamente nos encontramos con una serie de prácticas que en lugar de atacar los fundamentos del capital ataca sus formas, en vez de pelear por la destrucción del valor y la dictadura de la ganancia, se ataca al capital financiero, a los bancos, a los grandes propietarios, a los terratenientes, al tirano de turno, a los señores feudales, a la moneda vigente como signo de valor...; en vez de cuestionar la explotación se cuestiona tal o cual exceso; en vez de luchar por abolir la sociedad de clases se actúa por la conciliación o por afirmar al trabajador productivo; en vez de luchar contra el Estado se lleva al proletariado a enfrentarse a determinado gobierno, a tal o cual fracción (monárquica, fascista...); en vez de que sus reivindicaciones fortalezcan su proceso de constitución en sujeto, se destruyen mediante su transformación en reformas al interior del Estado; en vez del proyecto social de abolir la sociedad mercantil y el Estado, se propone la realización de tareas dentro del capitalismo, su progreso, su mejoramiento, la participación en las instituciones; en vez de atacar la producción capitalista se vigoriza mediante la gestión de la misma por los propios obreros; en lugar de atacar la base productiva que destruye el planeta se plantean un capitalismo verde, en lugar de atacar el trabajo asalariado y la división sexual del mismo, se propone su reparto equitativo, etc.

³⁵ En la España de los años 30, un buen representante de este gestionismo fue Abad de Santillán y su opúsculo: *El organismo económico de la revolución*.

Esta es la ideología materializada de la socialdemocracia que ineludiblemente conduce a negar al proletariado como sujeto de la revolución, sus tareas centrales y los procesos organizativos que las mismas requieren.

El gestionismo «anarco»sindicalista

Si bien es cierto que el rechazo al politicismo fue una de las grandes fuerzas del proletariado en España, no lo es menos que el gestionismo, por contrapartida, fue uno de sus límites más relevantes, y, sin duda alguna, la concepción sobre la que la socialdemocracia se asentó en los sectores más combativos.

Fue en la CNT donde la ideología gestionista se impuso en su variante más extrema, el «anarco»sindicalismo, que poco tiene que ver con el anarquismo revolucionario. Esta variante, como su concepción matriz, reivindica la gestión de la producción por los trabajadores como horizonte revolucionario, añadiendo a la misma una fuerte concepción antiautoritaria que supuestamente rechaza la política y reivindica la abolición del Estado, así como un federalismo que huye de toda centralización. Se trata de que el trabajador tome todos los medios de producción, se apodere de todas las mercancías producidas, «elimine» a la burguesía y gestione toda la sociedad. Mientras el politicismo hace creer que cuando los obreros toman el poder del Estado burgués se cambia algo, el gestionismo da a entender que simplemente tomando los medios de producción capitalistas se transforma la sociedad.

Se trata de la tendencia más extrema del obrerismo, la apolo-gía del trabajo como fin del ser humano. Lejos de poner en cuestión el proceso de producción de valor, esta práctica no implica más que una alternancia en su forma de manifestarse en momentos determinados, dejando lo esencial en pie: la unidad productiva, la mercancía, el dinero, la explotación, el trabajo, el trabajador, y consecuentemente, a pesar de su verborrea antiestatal, el Estado.

Según esta concepción, la transformación social no precisa de la imposición armada y centralizada contra todas las expresiones del Estado, es decir, no exige la dictadura del proletariado para abolir el Estado y el capital, siendo suficiente la toma de los medios de producción y la gestión de cada unidad productiva por los obreros. La visión de Abad de Santillán es un ejemplo esclarecedor, al considerar que la toma de los medios de producción por

sí misma, y el subsiguiente desarrollo de la «población productiva», haría inútil el Estado hasta el punto de que acabaría desmoronándose solo.

Su peso contrarrevolucionario se hace sentir especialmente en los momentos insurreccionales, cuando el ataque decisivo a los cimientos del Estado burgués —es decir, el ataque al parlamento, a las fuerzas represivas, a la producción de valor— se desvía hacia la gestión y el control obrero de la producción, que escindido de lo anterior es indiscutiblemente producción de valor. El proletariado se ve arrastrado a la burocracia y a las innumerables tareas que implican administrar esa gestión, embrollado en decenas de asambleas y comités o consejos que lo entretienen en minucias y decisiones totalmente ajenas a las necesidades urgentes de la insurrección. No es casualidad que todas esas experiencias gestionistas acaben siempre funcionando igual que cualquier otro medio de producción capitalista, como cualquier empresa de cualquier país del mundo, llegando a ver como victorias y un debilitamiento del poder, por ejemplo, el decreto de colectividades en la España de 1936.

Aclaremos que no hay que confundir esa práctica ideológica con los emprendimientos productivos que realiza el proletariado en su proceso insurreccional y que, evidentemente, implican que en un primer momento se apodere y use los medios de producción que necesite tal y como están. Sin embargo, la diferencia esencial entre esas dos prácticas antagónicas se encuentra en los intereses y las necesidades que la determinan. Es decir, si se trata de una producción para las necesidades materiales del proletariado (de insurrección, de alimentación, de vestimenta, etc.) o para las del capital (de guerra interburguesa, de intercambio, de unidad productiva, de producción mercantil, etc.). Evidentemente, el primer caso sólo puede ser sostenido en el tiempo si está fuertemente ligado a una insurrección proletaria —y tenderá inmediatamente a trastocar y revolucionar el aparato de producción—, de lo contrario más pronto que tarde acabará integrado en la economía capitalista. Tal y como pasó en España, donde las numerosas expropiaciones de tierras, industrias y otros medios de producción que partieron de nuestra clase —otras supuestas expropiaciones en realidad eran adaptaciones capitalistas a la situación excepcional— no tardaron en ser integradas en la lógica de acumulación de valor.

Por otro lado, el gestionismo «anarco»-sindicalista, al partir de la unidad productiva, sigue la misma lógica de la mercancía y, por tanto, de la separación. Defiende la autonomía de las partes,

de los sectores, pero al mismo tiempo, participando del movimiento mismo del mercado, necesita de la unidad de las partes. Para ello defiende el federalismo como forma organizativa. Pero esta unidad, tal y como sucede en el mundo mercantil, es totalmente ficticia, es unidad de lo separado, es la democracia, la negación de la comunidad humana. Parte del individuo que se asocia a otros individuos para formar una agrupación que se federa con otras para formar una federación. Y así sucesivamente: local, comarcal, nacional, internacional. En todas esas federaciones la autonomía de la parte es respetada y cualquier cuestionamiento de la misma es denunciado como centralismo autoritario. Claro que ese centralismo autoritario en realidad es el centralismo democrático que parte desde la misma óptica de la separación. Mientras el federalismo defiende la autonomía de las partes, el centralismo democrático defiende su sometimiento a un centro formal elegido democráticamente. Pero las partes siguen existiendo en su escisión.

Lejos de conformarse con diseñar la organización de la sociedad futura, también impone ese esquema organizativo al proletariado en lucha, obstaculizando su proceso asociacionista. Frente a la necesidad del proletariado de centralizar sus fuerzas, de crear instancias formales que expresen órganos de unificación de todas sus energías, el federalismo implica la dispersión de esta fuerza, única capaz de contraponerse y tumbar al capitalismo mundial. En oposición a todo este federalismo, nuestra clase no parte del individuo para organizarse, sino de la comunidad, de la comunidad de lucha. Su lucha no nace del interés del individuo aislado, sino de las necesidades materiales de un ser colectivo, del propio ser humano. En su proceso asociacionista no se trata de organizar y unificar las partes, sino de cristalizar organizativamente su comunidad de lucha, de darle fuerza organizativa al ser colectivo del que forma parte. Cada partícula de su ser no hace más que expresar una totalidad. Eso es lo que nosotros denominamos centralismo orgánico, algo que se encuentra en total contraposición al centralismo democrático y al federalismo, y que está lejos de ser una forma organizativa, ya que es el ecosistema sobre el que se desarrolla la revolución.

El proceso asociacionista del proletariado se entiende, por consecuencia, como la afirmación del proletariado como fuerza, como sujeto. En ese proceso se secretan todo tipo de estructuras que dan sentido a la expresión colectiva de nuestra clase y tienden a centralizarse en tanto que materializaciones de un mismo ser. Lejos de ser un proceso formalista se trata de uno donde las

estructuras formales se ven constantemente desbordadas, nutridas entre sí, gravitando en torno a los sectores más consecuentes como expresión de la centralización orgánica. Evidentemente en ese proceso el proletariado está determinado a luchar contra todas las brutales separaciones que reproduce el capital en su interior y descomponen su ser orgánico. Justamente lo contrario que hacen el federalismo y el centralismo democrático, que afianzan las separaciones y dispersan la fuerza unitaria.

El dramático aislamiento de los focos insurreccionales que se suceden a lo largo de la Segunda República no puede comprenderse sin tener en cuenta esta cuestión. Los mismos comités proletarios que se crearon por doquier tras la insurrección de julio del 36, cargaron con el peso de ese federalismo dispersando su fuerza en una miríada de pequeños poderes locales, incapaces de expresar su fuerza unitaria como poder revolucionario y contraponerse al poder burgués. De esa forma, la formidable respuesta insurreccional del proletariado al ataque burgués del 18 de julio, se pulverizó y fragmentó en comités de una ciudad, barrio o pueblo, o peor aún de una fábrica o tierra de cultivo que, en lugar de ser expresiones unitarias de su proceso insurreccional, funcionaron por su cuenta. En los hechos supuso la delegación de su poder centralizado al Estado —a través del Frente Popular— y por tanto la negación del poder proletario en tanto que fuerza organizada y centralizada para destruir el Estado y el capital, acorralando a nuestra clase en el frente antifascista, y la guerra imperialista. Por muy sano que pueda parecer tomar un cuartelillo, expropiar tierras del burgués de turno y convertir su mansión en la «Casa de Pueblo» (desde donde articular la lucha), sino se asume al mismo tiempo la centralización del movimiento, la organización unitaria y la coordinación para golpear los lugares clave del Estado, el poder burgués acabará barriendo esas experiencias aisladas. Esta particular negación del poder proletario necesita del antiautoritarismo para imponerse. Creyendo que el poder es una cuestión autónoma, un sujeto independiente, ignorando que el poder no existe como sujeto, sino como atributo de un sujeto, el antiautoritarismo se opone al poder de la revolución, al poder que expresa la imposición del proletariado frente a la burguesía, del comunismo frente al capitalismo, de la comunidad frente a la democracia, de las necesidades humanas frente a las del capital. Pese a que dicha ideología afirma su rechazo a todo poder, en los hechos se opone exclusivamente al poder de la revolución. En los momentos decisivos, cuando sólo hay dos alternativas, o imposición de la revolución o imposición de la contrarrevolución, o dictadura de la anarquía o dictadura del capital,

o insurrección armada del proletariado contra el Estado o imposición del Estado contra el proletariado, incita a los explotados a abandonar su dictadura de clase, lo que conlleva irremediablemente a que el Estado se imponga y que el poder del capital se conserve.

Las minorías revolucionarias que tratan de impulsar las acciones necesarias para volcar la correlación de fuerzas entre clases, que impulsan al movimiento a ir hasta las últimas consecuencias y actúan sin miramiento contra todas las fracciones burguesas, son denunciadas como dictadoras, conspiradoras, incontroladas, antidemocráticas, se las acusa de no tener en cuenta a la mayoría, se las califica como jacobinas, bolcheviques o cualquier otro insulto que promueve su aislamiento y su neutralización como factor revolucionario, impidiendo en los momentos cruciales el avance del proletariado como fuerza independiente.

Su servilismo hacia el poder del Estado queda en evidencia cada vez que la correlación de clases plantea la cuestión del poder. Aunque esta ideología se concreta de múltiples maneras, lo esencial en ella es la denuncia que hace por todos los medios de toda acción autónoma del proletariado que cuestione por la violencia el poder burgués, denunciándola como «dictadura contra el pueblo». En los hechos esto significa la represión de la tentativa proletaria de destruir el poder burgués, el Estado.

Bajo un discurso populista que habla de dejar la iniciativa a la mayoría del pueblo o a la decisión democrática de algún organismo, de no imponer la voluntad de una minoría revolucionaria a la mayoría, que en el fondo no es más que el conocido cascabeleo democrático, lo que en los hechos se materializa es la defensa del Estado, del pueblo en tanto que alianza interclasista y expresión de la voluntad popular. Como si esa voluntad popular, cuya expresión más acabada es el parlamento, reflejara la voluntad de los seres humanos y no fuera la voluntad misma de la humanidad deshumanizada, el ser humano como carne de cañón, como carne de trabajo.

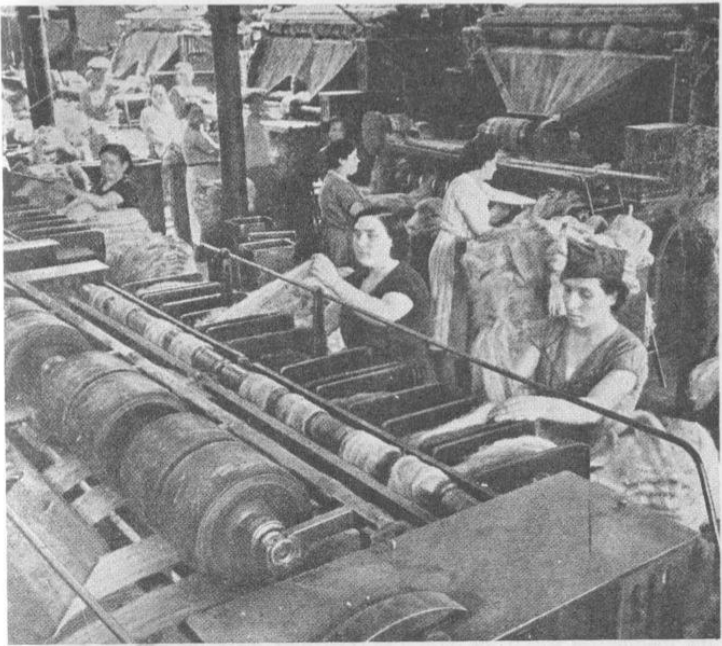
Esa es la mayor de las dictaduras que ha sufrido la humanidad, su negación como ser genérico y su afirmación como individuo aislado que se afirma no como partícula de un organismo comunitario, sino en tanto que miembro de una comunidad ficticia en la que él mismo está sometido a una voluntad extraña. En la voluntad popular el proletariado se niega como clase para afirmar la dominación del capital, la explotación, la comunidad del dinero.

La revolución sólo puede avanzar contraponiéndose a toda esa voluntad popular, resquebrajando la democracia. La creencia en la voluntad democrática no es más que una fuerza material para la conservación del mundo actual. No solamente la revolución social, sino la más elemental acción del proletariado, ya sea un corte de ruta, una huelga, un sabotaje o una expropiación, parte de la contraposición a esa voluntad y se determina exclusivamente por las necesidades materiales humanas y su organización, sin consultar, sin votar, sin preguntar.

En los momentos decisivos del proceso revolucionario en España, el antiautoritarismo contrarrestó la violencia del proletariado que tendía a ir «a por el todo» y aspiraba a demoler y triturar el Estado. Se frenó la temible dictadura anarquista y se afirmó la democracia. Cuando los explotados se encontraban en disposición de plantear en el terreno práctico su dictadura de clase contra todas las fracciones burguesas, como en julio del 36, se vieron paralizados por esa ideología que lo llevó a la colaboración. El problema del poder, tan peligroso cuando de lo que se trataba era del poder proletario, se esfumó en cuanto la cuestión fue imponer las necesidades del Frente Popular. El Frente Popular es un poder, una fracción del Estado, un poder que bajo la cobertura del antifascismo liquida al proletariado. Pero ese poder no preocupaba al antiautoritarismo.

El aislamiento y represión de toda tentativa de imponer la revolución, denunciada como un intento de imponer una dictadura frente a la mayoría, allanó el terreno para la burguesía. El antiautoritarismo se mostró claramente como un elemento central para la colaboración antifascista, para fortalecer el Frente Popular e integrar a los que luchaban en los órganos del Estado.

La experiencia en España nos enseña cómo la ideología gestionista, particularmente en su variante «anarco»sindicalista, quiebra desde el interior el movimiento del proletariado. En cada encrucijada, en cada momento donde las necesidades de la lucha proletaria demandaron centralizar las fuerzas revolucionarias contra todas las tentativas burguesas de canalización y fortalecer, por lo tanto, la delimitación con las fuerzas de la contrarrevolución, la ideología gestionista llevó a lo contrario. Fue la base de sustento ideal para que la insurrección proletaria de julio del 36 acabara naufragando frente a la ideología antifascista y sometándose a la guerra de frentes interburguesa.



Frentismo y antifascismo, el uniforme para la guerra imperialista

El elemento central de la contrarrevolución es desplazar el antagonismo de clase proletariado-burguesía hacia polarizaciones al interior mismo de la clase burguesa. Esa repolarización contiene la negación del proletariado como fuerza autónoma y su integración en una fracción de la clase dominante. La amenaza subversiva que se cierne sobre el capitalismo con la confrontación de clases deja paso así a una puja entre proyectos burgueses donde no hay otro horizonte que la afirmación del capital. Se trata de ensartar a nuestra clase en alguna de esas fracciones con el objetivo de destruirla como sujeto y al mismo tiempo canalizarla para servir a los intereses de tal o cual fracción. Aunque la historia nos presenta infinidad de ejemplos al respecto (frente nacional, frente único o alianza «obrero»), no hay duda de que el frente antifascista, que desarrolla la polarización fascismo-antifascismo, se ha confirmado como la forma por excelencia.

A pesar de la existencia real del fascismo como un movimiento social de la burguesía creado en Italia, ese movimiento no es realmente el que conforma las bases materiales para la construcción del antifascismo. Al contrario, el antifascismo construye en el plano ideológico el peligro fascista para atribuírselo a tal o cual sector burgués, impulsando una nueva repolarización social. Por consiguiente, si bien el fascismo es un movimiento burgués generado por el capitalismo, no será esa la verdadera sustancia que utilizará el antifascismo para constituirse en fuerza material, sino una cobertura ideológica que sirva para implantar la polarización interburguesa y liquidar la autonomía proletaria.

Por lo tanto, es el antifascismo el que crea el monstruo fascista, el que crea una reproducción ideológica del capitalismo en la cual el fascismo es responsable de todos los males sociales y prepara el terreno para la repolarización de clase. Pero la misma encuentra recepción en el proletariado, pues de lo contrario el antifascismo no tendría ninguna fuerza social y sería barrido de la lucha de clases como una tentativa fracasada de la burguesía por encuadrar y domar al proletariado.

Lo crucial en la ideología antifascista es posicionar como verdadero enemigo del proletariado al fascismo y no al capital y el Estado. Se trata de una distorsión de la realidad consistente en hacer pasar a un segundo plano los problemas sociales generados por el capitalismo y poner al frente los problemas que genera el

fascismo. Es evidente que ese desplazamiento conlleva transfigurar la esencia misma de los problemas sociales a los que se enfrentan los explotados. Se trata de que la lucha contra el capital, el Estado, el trabajo asalariado, la mercancía, etc., se eluda en favor de la lucha contra el peligro fascista. Todo este desplazamiento arrastra al proletariado a defender a una fracción burguesa frente a otra, percibiendo el mal no en el totalitarismo capitalista sino en el fascista, no en la represión capitalista sino en la que desarrolla el fascismo, no en el ataque general contra las condiciones de vida proletaria que genera el capital sino el fascismo. El problema ya no es la dictadura del capital, sino la dictadura fascista, el enemigo no es el Estado capitalista sino el fascista, tampoco la burguesía sino los «fascistas». Finalmente, ni siquiera el trabajo, la mercancía y el dinero son ya un problema, sino su administración por los «fascistas». El antifascismo se consolida entonces como un mal menor que defender.

Al interior mismo del capitalismo se proyecta una escisión ficticia que muestra un capitalismo que contendría agravados todos sus males frente a otro que sería menos malo, menos explotador, menos autoritario, menos represivo, más comprensivo con los explotados. Como fuerza material que atrapa a las masas, el antifascismo llega a su apogeo cuando el proletariado está dispuesto a realizar todos los sacrificios necesarios para luchar contra el fascismo. El mito de que la derecha es peor que la izquierda, que el fascismo es peor que el antifascismo, y su consolidación social como verdad aceptada por el proletariado contiene la destrucción de toda perspectiva revolucionaria, el sacrificio de los intereses humanos, el triunfo del capital y su mundo de guerra. Nuestra clase se difumina quedando presa de una concepción en la que su ser ya no viene dado de su contraposición al capitalismo, sino de su contraposición al fascismo. Es la negación del proletariado y su disolución al interior de una fracción burguesa, su transformación en carne de cañón. El sujeto ya no es el proletariado que se articula tomando como base su tendencia a la autonomía contra todos los partidos y expresiones burguesas, se presenten estas de izquierdas, de derechas, fascistas o antifascistas, sino que el sujeto es el antifascismo que se articula en base a lo contrario, a la disolución de la autonomía del proletariado y su integración en una alianza interclasista contra el fascismo. Por medio de esa repolarización que niega a nuestra clase la materialización de esa ideología está concluida.

Fue en España donde se logró por primera vez consolidar en dos frentes burgueses ese proceso de captación ideológica. La

posterios masacre y los cientos de miles de muertos que produjo la «guerra civil» fueron el banquete del capital, la realización misma de su ciclo de muerte indispensable a su desarrollo.

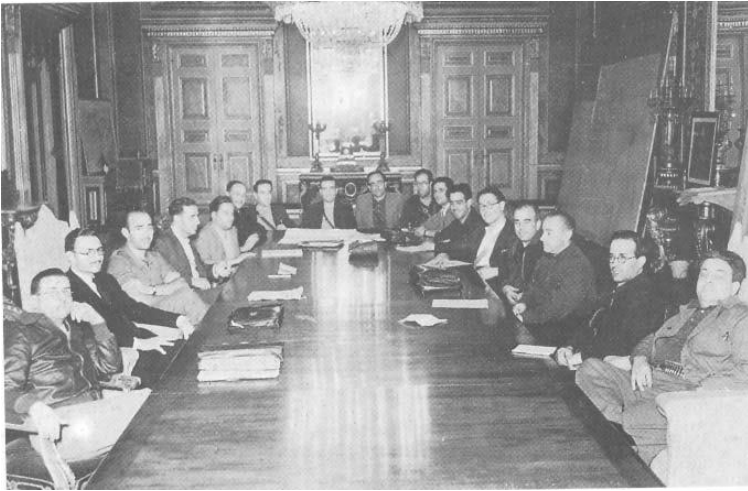
Como se sabe ese banquete fue a su vez la clave de su generalización a escala planetaria. La destrucción de esas franjas autónomas y clasistas del proletariado en España fue el preludio inevitable y determinante de la gran fiesta y jolgorio del capital mundial. No debiéramos olvidar que su propio cuerpo solo puede reproducirse englutinando a los seres humanos periódicamente: la antropofagia le es vital. Las decenas de millones de muertos de lo que se llama «segunda» guerra mundial con las banderas del fascismo y el antifascismo serán su culminación suprema. Los macabros «detalles» posteriores como las bombas atómicas y de otro tipo sobre las ciudades japonesas o alemanas, los campos de prisioneros y de concentración en todas partes, la destrucción de millones de seres humanos tanto en los países que ganaron (Rusia, Yugoslavia, Grecia...) como los que perdieron la guerra (Alemania, Japón...), la tortura, las matanzas sistemáticas, las violaciones masivas de civiles en las ciudades ocupadas³⁶..., son desde el punto de vista de quienes ganaron (en realidad el capital!) la necesaria depuración de fuerzas productivas obsoletas (incluyendo muy especialmente a la fuerza humana de trabajo) para la reconstitución necesaria del capital.

Se podrá decirnos que cuando en España se renuncia a ir a por el todo y se acepta el antifascismo nadie podría prever que se llegaría a barbarie semejante, ni que esa sumisión al capital y al Estado, en ese momento decisivo, conduciría a tal desastre humano. Sin duda, pero no podrán convencernos de que ese resultado no esté contenido en el antifascismo mismo, en el frentismo, en la adopción de una política de alianzas con los partidos que empujan a la guerra imperialista. Desde la primera concesión en ese sentido, que se encuentra ya programáticamente en el mito

³⁶ En Occidente siempre se mintió diciendo que la culpa de las violaciones sistemáticas de las mujeres durante la ocupación triunfante en Alemania se debió a que el «bárbaro» Stalin se lo había prometido a sus hombres como trofeo de guerra frente al invasor. Según documentación desenterrada recientemente de las propias fuerzas aliadas dirigidas por los EE. UU. las ejemplares y democráticas fuerzas armadas occidentales habrían violado a más de 700.000 mujeres al entrar en Alemania; es decir, era el modus operandi normal. Hoy sabemos que ese proceder fue tan generalizado que los milicos aliados no dudaban en violar en los propios territorios aliados «liberados» como Francia.

de que el fascismo sería peor que el antifascismo, se camina inexorablemente hacia la liquidación del proletariado como clase autónoma y hacia la carnicería.

Si bien no cabe dudas de que, desde el punto de vista político, en el antifascismo —y en el frentismo en general— está comprendido el abandono de la lucha contra el capitalismo, y que en él es una consecuencia inevitable que el proletariado se someta a la alianza antifascista en vez de atacar a sus representantes, mucho más debemos afirmar esto desde el punto de vista social y económico. Lo escrito sobre la contrarrevolución en España insiste mucho en esa «traición» que termina con los ministros anarquistas y del POUM, pero mucho menos en el aspecto económico-social que sin embargo es esencial: el frentismo y el antifascismo no es solo una conciliación política, sino que implican siempre el sacrificio material de los intereses proletarios, la renuncia a la reivindicación y a las necesidades materiales de los proletarios. Ciertamente, la economía frentista que la burguesía logró materializar frente a la lucha proletaria permitió la reorganización de la explotación capitalista y de la economía de guerra. Claro que esto no lo vivieron los proletarios en los días insurreccionales cuando se frustró el proyecto de dictadura revolucionaria o «dictadura de la anarquía» y se los sometió al antifascismo, sino en los meses y años posteriores.



Primera reunió del Comité Central de Milicias Antifascistas,  rgano creado el 21 de julio de 1936, que representa la colaboración de clases.



Ascenso y fortalecimiento del PSUC y de la contrarrevolución estalinista.

El Frente Popular como cristalización del frente antifascista

En España, tras la derrota de la insurrección de octubre de 1934, la ideología antifascista consigue extender una lectura de los acontecimientos en la que se señala al fascismo de la terrible represión posterior, así como de los sucesivos ataques contra las condiciones de vida del proletariado del año siguiente. Evidentemente, en los hechos las cosas no eran así, pues como expusimos en la primera parte de este trabajo, esos años no hacían sino desarrollar toda la represión y el empeoramiento de las condiciones materiales que desde el inicio de la Segunda República ya se habían aplicado. Pese a todo, las estructuras proletarias van siendo inoculadas con el mito de que el antifascismo es mejor para el proletariado que el fascismo. Acabando el año 1935, los diversos órganos de encuadramiento de la socialdemocracia, junto con diversos partidos republicanos, dan a luz un frente unido contra la revolución: el Frente Popular.

Es importante tener en cuenta hasta qué punto este frente fue impulsado por la política internacional del estalinismo que, en el VII congreso de la III Internacional (verdadera vanguardia de la contrarrevolución mundial), celebrado en agosto de 1935, establecía como tarea inmediata y prioritaria a todas sus secciones, es decir, a los diferentes partidos nacionales adscritos al Kominintern, la constitución de amplios frentes populares antifascistas. En los hechos ya había impulsado esa táctica de unidad antifascista en diversos países que, por lo demás, no era nada nuevo, sino una forma particular de concretarse el frentismo que siempre desarrollo el estalinismo para ajustarlo a sus intereses en el mercado mundial³⁷.

No viene mal recordar cómo este frentismo contra el proletariado se imponía bajo otra táctica en el periodo de convivencia con el Estado alemán. Efectivamente, ante la orgía de sangre y represión desatada contra el proletariado en Alemania con la instauración del gobierno de Hitler, la URSS «no abrigaba sentimientos hostiles hacia Alemania, cualesquiera que fuesen la

³⁷ En el fondo era la continuación de la política leninista precedente que ya insistía en el programa de la socialdemocracia y sus directrices frentistas. Ver al respecto el nauseabundo panfleto de Lenin *La enfermedad infantil del izquierdismo en el Comunismo*.

forma y la composición del gobierno de dicho país»³⁸. Cómo iba a tener esos sentimientos, cuando sus colegas del partido nacional socialista ejercían tan positivamente esa función primordial que compartían, y que se reducía al sometimiento del proletariado y la masacre de las minorías revolucionarias. Sólo cuando los intereses imperialistas y de encuadramiento del proletariado mundial determinaron el cambio de ese escenario, la directriz del frente popular fue formalmente ordenada por el Komintern.

Unos meses más tarde, en agosto de 1936, André Marty, miembro del Comité Ejecutivo de la III Internacional y organizador de las Brigadas Internacionales recordaba bien la táctica estalinista de esos meses precedentes en el órgano publicitario del Komintern.

«los partidos obreros de España, y especialmente el Partido Comunista han indicado en varias ocasiones aquello por lo que luchan. Nuestro Partido hermano, ha demostrado repetidamente que la actual lucha en España no es entre capitalismo y socialismo, sino entre fascismo y democracia. En un país como España, donde las instituciones feudales tienen raíces todavía muy profundas, la clase obrera y el pueblo entero tienen como tarea inmediata y urgente, la única tarea posible, no de realizar la revolución socialista, sino la de defender, consolidar y desenvolver la revolución democrática burguesa.

La única consigna de nuestro Partido difundida a través de su diario Mundo Obrero, el 18 de julio, fue "¡Viva la República democrática!"»³⁹.

La constitución del Frente Popular reflejaba el movimiento general de la socialdemocracia internacional para tender la trampa de la unidad antifascista. El objeto central en España era romper el avance de la autonomía de clase del proletariado a través del cuco del fascismo y el correspondiente mal menor antifascista. Se trataba, en primera instancia, de que se volviera a confiar en

³⁸ *Izvestia* (órgano de prensa del gobierno soviético), 12 de octubre de 1934.

³⁹ Artículo escrito en agosto de 1936 y difundido masivamente por la prensa de los distintos partidos estalinistas.

el juego parlamentario y se abandonarían las sucesivas luchas y tentativas insurreccionales que se venían desarrollando.

Desde luego que no era nada nuevo. Desde el inicio de la Segunda República, y ante la imparable contraposición del proletariado a la misma, diversas expresiones de la contrarrevolución instaban constantemente a la unidad, a la alianza «obrera», a la unidad sindical, unidad con los partidos llamados obreros, o al frente único⁴⁰, lo que en los hechos no era otra cosa que hacer retroceder al proletariado en las rupturas que iba dibujando con los distintos órganos de encuadramiento del enemigo. Pero una y otra vez el proletariado se contraponía a todas esas maniobras e iba afirmando su autonomía en base a su lucha y todo un conglomerado de organismos que se estructuraron fundamentalmente en la CNT. Justamente, si en 1936 el Frente Popular logró consolidarse en donde sus antecesores fracasaron, se debió sobre todo a que la organización principal en la que el proletariado estructuró su lucha, la CNT, giraba hacia la contrarrevolución.

Efectivamente, las organizaciones que, de diversas formas y bajo determinadas ramificaciones ideológicas, condujeron al proletariado a abrazar el Frente Popular, fueron el PSOE, el PCE, el POUM y la CNT. Las dos primeras organizaciones asumieron esa cuestión abiertamente, siguiendo todos los consejos de Moscú para llevarla a cabo, en coherencia con su práctica claramente socialdemócrata y opuesta a la revolución proletaria (tareas democrático-burguesas, república...)⁴¹. Diferente fue en el caso de las otras organizaciones.

En el caso del POUM, su actuación será más velada, al tener un programa centrista desde su fundación. Es decir, parte de la lucha del proletariado, de sus necesidades y efectúa declaraciones revolucionarias, pero en la práctica su acción responde a las necesidades del desarrollo capitalista. Llama a la independencia de clase, pero en los hechos la dinamita con sus directrices prácticas de unidad interburguesa que se basan en que «el principio

⁴⁰ La política de «alianza», precursora del frentepopulismo data ya de mucho antes de la instauración de la República y ya había golpeado al proletariado en los lustros precedentes bajo diversas formas (unidad UGT-CNT, frente unido con PSOE y republicanos...).

⁴¹ Es cierto que en el seno de esos partidos burgueses existieron algunos virajes y giros tácticos, en el PC motivados más por las directrices estalinistas, y en el PSOE, por las necesidades de encuadramiento, como el cambio de discurso de la fracción caballerista.

de unidad marxista haya triunfado en el Partido Socialista y en el Partido Comunista»⁴²; reivindica la revolución, pero en su práctica social aplica la resolución de su congreso fundacional, es decir, «el carácter de la revolución obrera en nuestro país es, pues, democrático-socialista»; habla de dictadura del proletariado, pero participa como un partido burgués más en el parlamento; denuncia públicamente al estalinismo pero estampa su firma y se une al Frente Popular para «vencer a la derecha», más tarde dirigirá sus esfuerzos a la guerra antifascista... hasta que el Kremlin decida posteriormente que ese partido ya ha cumplido su función y se deshaga del mismo ilegalizándolo y persiguiéndolo. Sin lugar a dudas esto último permitió esconder mejor su acción contrarrevolucionaria. Tanto como la participación de militantes revolucionarios en su interior, que dio fuerza a este centrismo otorgándole un aire revolucionario que no tenía, lo que le permitió encuadrar, especialmente en Cataluña, a sectores combativos de nuestra clase.

Mientras que la práctica socialdemócrata fue la línea invariable e indiscutida del PSOE y el PC; mientras que el centrismo determinó la práctica del POUM; por su parte, en la CNT, a pesar de las prácticas colaboracionistas, de las distintas políticas frentepopulistas que también existieron, en definitiva, a pesar de la fuerza socialdemócrata presente en su interior, esta no conseguía determinar la vida orgánica de esa organización. Pese a que la historiografía y los mismos protagonistas de la época nos presenten a la CNT como un sindicato, o más concretamente como una organización «anarco»sindicalista —y como hemos expuesto la ideología «anarco»sindicalista tendrá una influencia predominante—, pese a que la misma reconoce orgánicamente bajo el nombre de sindicato toda una gran parte de su composición asociativa, su práctica social no se corresponde con eso. Ya no sólo porque la vasta red de estructuras que organiza iban más allá del «sindicato», organizando cientos de grupos locales, ateneos, comités de barrio, de defensa, de viviendas, de preparación insurreccional, pro-presos, etc., sino porque esos mismos grupos, estructuras y comités, realizaban constantemente prácticas diferentes, de desacato, de divergencia con respecto a las directivas colaboracionistas, y en muchos casos las mismas lograban imponerse como políticas orgánicas para todo un periodo y, en algunos casos, como críticas sin tapujos a la política colaboracionista.

⁴² *La batalla*, órgano de prensa del POUM.

Esa realidad contradictoria, propia de todo asociacionismo proletario masivo, reflejaba la misma lucha de clases al interior de la CNT.

Mientras que en los años inmediatamente anteriores (31-34), las fuerzas que expresaban la contrarrevolución al interior de la CNT se vieron desplazadas, denunciadas y restringidas (nunca erradicadas), tras la derrota de octubre del 34 y la proliferación de la ideología antifascista, estas fuerzas se recompusieron, cogieron nuevos bríos y fueron apoderándose de la organización. La falta de una clara ruptura con esas fuerzas, tales como el trentismo o la aliancista, favorecieron las posteriores concesiones a las mismas, hasta que el congreso de Zaragoza de 1936 decide volver a incorporarlas, lo que en los hechos supondría un golpe contra las rupturas que había trazado nuestra clase frente a esas fuerzas. El triunfo definitivo de las concepciones gestionistas, que siempre tuvieron una gran fuerza, explica la captación de la CNT por parte del Estado y las dificultades del proletariado de romper con ese organismo. La posterior integración en el Frente Popular no hacía más que certificar esta evidencia.

Pese a que su firma no figuró formalmente en el programa del Frente Popular, su adhesión al mismo fue una realidad. Difícilmente hubiera podido el Frente Popular desarrollar el proceso contrarrevolucionario sin la participación activa de la CNT⁴³.

Con su participación, la contrarrevolución echaba las bases sobre las que se urdió la destrucción de la perspectiva revolucionaria. La burguesía edificaba las dos fracciones que habrían de dividirse las tareas para aplastar al proletariado. La fracción Franco atacaría de frente, el Frente Popular iría por la espalda.

⁴³ Si no desarrollamos la posición de la FAI respecto a este proceso se debe a que apenas había diferencia de criterio respecto a la CNT. De hecho, los cuadros de dirección faísta fueron los más proclives a impulsar el apoyo al Frente Popular en las elecciones de febrero y luego la integración en el mismo.

Momentos y personajes decisivos de la contrarrevolución

La historia de la lucha de clases está marcada por procesos más o menos largos, en los que el declinar de la balanza, hacia la revolución o la contrarrevolución, depende de diversos factores y sucesos como, por ejemplo, la ruptura con el sindicalismo durante una huelga general, la victoria contra dirigentes reformistas en una gran asamblea o consejo, la centralización de las minorías revolucionarias que puedan haber surgido de una lucha, la neutralización de individuos o fuerzas clave de la contrarrevolución, la posibilidad de armamento del proletariado y de asumir las lecciones de una lucha pasada, etc. Son esas diferentes situaciones, afirmadas de forma orgánica, las que en la historia ha decidido el devenir de la lucha de clases. Quede claro que todas esas situaciones no son un producto del azar, ni producto exclusivo de circunstancias inmediatas, son un producto histórico de la lucha de clases, de la correlación de fuerzas entre ellas, del desarrollo mismo del proletariado como fuerza autónoma. Esas situaciones reflejan la forma irregular y contradictoria del proceso histórico-mundial de constitución del proletariado en clase, y por tanto en partido. De ahí que todo balance de clase analiza las situaciones concretas dentro del desarrollo histórico de las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución, poniendo especialmente el foco y la profundidad del análisis crítico en estas últimas, por ser el factor decisivo de la derrota.

La existencia de esa multiplicidad de situaciones no significa que no haya episodios más decisivos que otros, decisiones determinantes, pasos en los cuales ya no hay vuelta atrás, y o bien la relación de fuerza proletaria se impone a la reacción y/o reformismo, al menos en una región o conjunto geográfico cualquiera, o bien se restablece el orden capitalista. Si bien la revolución y la contrarrevolución tienen un carácter impersonal, y la historia de la lucha no está determinada por la acción individual de los hombres, es necesario dejar claro que, la influencia y confianza que adquieren algunos militantes revolucionarios pueden convertirse en un arma crucial del enemigo. La captación de estos militantes por la contrarrevolución, complementada por el seguidismo, se ha mostrado históricamente como un elemento frecuente para destruir la revolución. España no fue la excepción.

Es evidente, pues, que hay situaciones, momentos y personajes decisivos en el proceso revolucionario en España, que vienen determinados por las fuerzas y debilidades sobre las que hemos

ido profundizando. Por consiguiente, todo balance necesita concretar cómo los límites e ideologías contrarrevolucionarias presentes en el proceso de constitución en clase del proletariado se cristalizaron en esos momentos cruciales. Cómo en cada encrucijada, las estructuras, las posiciones y los dirigentes que dentro de «nuestro propio movimiento», enterraron («postergaron» dirían ellos) la revolución para impulsar la guerra interburguesa fascismo-antifascismo, reprimiendo abiertamente las expresiones revolucionarias, incluyendo la represión de sus propios compañeros, materializaron esas nefastas fuerzas ideológicas que hemos ido desmenuzando y de las que el proletariado no consiguió zafarse.

Mediante la comprensión global de lo concreto, podemos captar cómo ese tremendo asalto contra el capital terminó encuadrado por el Frente Popular, convirtiendo al proletariado armado en parte del ejército burgués, y aceptando ir al frente antifascista y la guerra de frentes, lo que llevó a la contrarrevolución generalizada.

Las elecciones de febrero de 1936

El primer acto en el que el Frente Popular muestra su fuerza para reconducir al proletariado hacia el Estado burgués tiene lugar en las elecciones de febrero de 1936. También será la primera demostración de la capacidad de la CNT de funcionar como su ala izquierda y encuadrar a los sectores más combativos arrastrándolos al parlamentarismo y las elecciones, algo que los elementos más lúcidos de la burguesía entendieron rápidamente, como se demostró tras el 18 de julio.

Por consiguiente, a la campaña electoral de todos los partidos políticos de izquierda a favor del Frente Popular, se unió la CNT. Del abstencionismo revolucionario que reivindicaba la acción de clase frente a toda participación en el Estado, pasó a defender tanto implícitamente como explícitamente la participación electoral. A pesar de que formalmente había insistido en su abstencionismo en diversas publicaciones antes de las elecciones, la CNT hizo propaganda de diversas formas para que el proletariado votara o favoreciera el triunfo del Frente Popular, abandonando la posición antiparlamentaria invariable de los revolucionarios.

Para poder justificar este primer salto cualitativo hacia los brazos de la contrarrevolución entre las estructuras y grupos más combativos, se insistió en que la posición en torno a esas elecciones era una cuestión táctica. Por supuesto, como en otras tantas circunstancias, la carnada fueron los presos políticos que el Frente Popular prometía liberar, a lo que se sumaba el clásico argumento de siempre del centrismo: «Lo contrario es apoyar a la derecha, al fascismo, si no votamos a la coalición de izquierda ellos ganarán las elecciones».

La contrarrevolución demostró su fuerza expansiva penetrando al interior de la mayoría de las estructuras y grupos de nuestra comunidad de lucha. El propio grupo Nosotros se dejó influir por esa política colaboracionista, hasta el punto de que muchos de sus militantes decidieron olvidar en sus propios mítines la defensa del abstencionismo revolucionario promoviendo la participación electoral. Abad de Santillán recordará con agrado esa capitulación de sectores revolucionarios

«Por primera vez, después de muchos años, nos atrevimos todos a saltar por sobre todas las barreras infranqueables de las frases hechas. Se tuvo la valentía de exponer la preocupación que a todos nos embargaba, coincidiendo en no oponernos al triunfo electoral de las izquierdas políticas [...]. La voz de los presos se hizo sentir elocuente y decisiva⁴⁴. Algunos de nosotros, como Durruti, que no entendía de sutilezas, comenzó a aconsejar abiertamente la concurrencia a las urnas. Evitamos la repetición de la campaña antielectoral de noviembre de 1933, y con eso hicimos bastante; el buen instinto de las masas populares en España, siempre genial, acudió a depositar la papeleta del sufragio en las urnas».

La libertad de los presos que prometía el Frente Popular no era sólo un anzuelo, sino una forma de fagocitación estatal de esa necesidad clasista a través del Frente Popular y la amnistía. Al mismo tiempo, la lucha contra el capital y contra la represión buscaba ser identificada con el triunfo parlamentario de las izquierdas frente a la derecha.

⁴⁴ Como buen socialdemócrata, Abad de Santillán amalgama la reivindicación de la libertad de los presos con la amnistía.

El antifascismo demostró por primera vez ser capaz de canalizar las energías proletarias hacia el interior del Estado. Era una anticipación de lo que ocurriría meses más tarde.

19 de julio. La insurrección proletaria y el grillete antifascista

Si podemos hablar de insurrección proletaria en julio de 1936, se debe justamente a que la respuesta del proletariado al ataque dirigido por Mola y Franco no sólo no fue una defensa de la república, del gobierno del Frente Popular, sino que sacudió los puntales del orden burgués desatando un proceso revolucionario. Nuestra clase comprendió perfectamente que el ataque que perpetraron los milicos, lejos de ser un ataque para abatir al Frente Popular, o el progresismo de la República, era en su esencia un movimiento para aplastarle.

Efectivamente así era. La fracción Franco percibía que el proletariado ya no podía ser controlado por el Frente Popular y se necesitaba una represión a gran escala que lo hiciera recular. Ante esto el proletariado responde como en el 32, el 33 o el 34, pero a un nivel tan intenso que desata una insurrección como la del 34 que lleva el terror a la burguesía

Los lugares donde el proletariado había podido desbordar a la burguesía e imponer su fuerza era precisamente allí donde las estructuras del proletariado habían pasado por arriba del Frente Popular y de las direcciones colaboracionistas, se habían armado y salido a la calle contra todos los llamados a la espera. Tras los combates callejeros, el proletariado en armas, a pesar de las grandes limitaciones que expresaba, cristalizó una miríada de comités repartidos por toda la finca española que cuestionaba el monopolio militar, de comunicaciones, de la producción, etc., de la burguesía.

Mientras nuestros enemigos tienen totalmente claro la amenaza que supone la reacción desatada en las calles, los explotados no son conscientes de su propio potencial revolucionario. Muchos de los que habían sabido actuar de manera consecuente, dudando de sus propias fuerzas no impulsaron la ruptura organizada con el Frente Popular, lo que permitió que en poco tiempo fuera él quien controlara el levantamiento proletario. La visión ideológica de esta fracción burguesa, en la cual esos milicos serían fascistas que atacaban el gobierno legal del Frente Popular,

podrá entonces imponerse como práctica social allí donde nuestra clase tumbó el ataque militar, permitiendo salvar de los escombros el Estado republicano.

En Cataluña, y muy especialmente en Barcelona, se encontró el epicentro del movimiento revolucionario del proletariado⁴⁵. Sin embargo, la principal limitación que se arrastró desde el principio fue justamente que las estructuras que habían dirigido la insurrección contra el inmovilismo que quiso imponer el Frente Popular se organizaron mayoritariamente en el seno de la CNT, que a esa altura de los acontecimientos funcionaba como su ala izquierda.

En esa región, durante meses, un amplio sector del proletariado había preparado su acción en torno al Comité de Preparación Revolucionario que coordinaba los diferentes comités de defensa y de barrio. Fueron ellos quienes dirigieron la lucha, y quienes constituían en cada barrio toda una vasta red organizativa que funcionaba como centro de atracción y organización. El grupo Nosotros era el corazón de toda esa comunidad de lucha que dirigió la insurrección proletaria de julio de 1936 venciendo al ejército al margen de toda colaboración con las fuerzas republicanas.

En plena insurrección, los comités de barrio se federaron en confluencia con los comités de defensa creando el Comité Local de Coordinación Revolucionaria que centralizó todo el combate en Barcelona. Recordemos cómo describe Abel Paz una reunión clave en Cataluña del Comité de Preparación Revolucionaria pocos días antes del alzamiento militar, para ultimar los detalles de lo que llevan preparado durante meses⁴⁶.

«En una amplia reunión con los comités de defensa de Barriada y sobre plano, se había estudiado con ellos la situación táctica de la ciudad, tanto para la defensa como para el ataque. Se asignó a cada barriada el control de los centros oficiales, comisarías y cuarteles de la guardia civil

⁴⁵ No puede extrañar, por tanto, que nuestro análisis de los momentos decisivos se articule en torno a lo sucedido en esa región, pues allí se jugará la suerte del movimiento.

⁴⁶ Tengamos presente que se estaban poniendo en práctica las directrices marcadas por la ponencia de octubre de 1934 realizada por el Comité Nacional de los Comités de Defensa.

y de asalto, de su zona. Los grupos de militantes del sindicato de Gas y Electricidad ocuparían inmediatamente las centrales eléctricas y las fábricas de gas, así como los depósitos centrales de la CAMPSA (gasolina y petróleos). La parte subterránea de la capital también sería controlada por los grupos de Defensa de la CNT y de la FAI, pues las alcantarillas podían servir perfectamente para llevar refuerzos a las zonas más comprometidas. Los subterráneos de las metrópolis serían controlados por los grupos de acción de ese sindicato.

La consigna que se dio a los comités de defensa era que, llegado el momento de la salida de la tropa a la calle, se la dejara marchar confiada, alejándola al máximo de sus cuarteles y, entonces, cortándoles la retirada, atacarlas, obligándolas a mantener nutridos tiroteos con el fin de que agotaran la munición, e impedir, a la vez, a toda costa, que las unidades militares sublevadas pudieran establecer contacto entre sí [...]. Cada Comité de Barrio asumiría la defensa de su propio terreno, evitándose así el desplazamiento de un lado para otro de los compañeros, cosa que daba la ventaja de conocer a todo el mundo entre sí y evitar infiltraciones de elementos contrarios desconocidos[...]»⁴⁷.

En la ciudad de Barcelona, los comités de defensa, centralizados en el Comité de Defensa Local prepararon todo un plan de guerrilla urbana para tumbar al ejército, asaltar el cuartel de Sant Andreu con el objetivo de hacerse con las armas, y apoderarse de los lugares estratégicos. Esta minoría de vanguardia, de centenares de militantes revolucionarios, bien centralizada y determinada, catalizó la fuerza del proletariado. En torno a él se fueron estructurando los sectores más combativos por medio de los comités de barrio, que impulsaron a su vez a la pelea a otros tantos miles de proletarios provenientes de distintos ámbitos (desde miembros de distintas fuerzas represivas que desertaban y confraternizaban con la revuelta, a militantes de partidos o sindicatos que desobedecían a sus organizaciones, pasando por mujeres, hombres y niños «sin partido»).

Poco más de 24 horas fue lo que se tardó en llevar a cabo el plan y aplastar el ataque de la fracción Franco. Inmediatamente

⁴⁷ Abel Paz, *Durruti en la revolución española*.

después de la victoria armada en Barcelona se planteó la cuestión central: la cuestión del poder. El proletariado había neutralizado y hecho tambalear a las fuerzas represivas del Estado, había tomado los edificios y zonas estratégicas, había obligado a abrir las puertas de las cárceles. El poder de la revolución se esbozaba y se disponía a tomar fábricas, propiedades, arreglar cuentas contra burgueses, torturadores, iglesia, etc. La fuerza del proletariado había quebrado el poder de la burguesía en toda Cataluña, el gobierno de la Generalitat aparecía como un moribundo que esperaba que le dieran la estocada.

Con la destrucción de lo que quedaba del poder burgués en Cataluña el proletariado hubiera podido rápidamente constituir un bastión para afirmar como un relámpago el proceso insurreccional en toda la región española inspirando, impulsando y dando una clara directriz práctica fuera y en contra del Frente Popular a sus hermanos de clase levantados a lo largo de la geografía española. Había además capacidad para rápidamente utilizar las fuerzas para ayudar a otras zonas en desventaja. Era el único camino por el que podía avanzar la revolución y quebrar toda tentativa de polarizar la situación en una pugna interburguesa entre fascismo y antifascismo.

Sin embargo, la falta de ruptura con la CNT de los comités de defensa y de barrio, y la ideología antiautoritaria y federalista que dominaba entre los insurrectos (y la misma CNT se aseguraba de consolidar) les impidió cristalizar esa afirmación de poder revolucionario frente al poder burgués, impidiendo la centralización de toda la potencia revolucionaria que se acumulaba en la región española y su explosión contra el Estado.

Para el proletariado no podía haber otra ruta que luchar para afirmar esa dirección revolucionaria que no estaba dispuesta a transigir e integrarse en el frente antifascista. Esa falta de ruptura revolucionaria y el consecuente encadenamiento del proletariado al colaboracionismo venía fortaleciéndose desde meses antes. Debido a la necesidad del proletariado de avanzar en su proceso de autonomía frente a las tentativas burguesas de descomponerlo, sus organismos (comités de defensa, comités de barrio, comités pro-presos, grupos de acción...) fueron incapaces de romper con una CNT que avanzaba como una locomotora hacia su transformación en órgano del Estado y llevaba a nuestra clase a los pies del mismo. Fueron incapaces de generar otro órgano unitario que afirmara su verdadera dirección y prefirieron que los grupos y estructuras en los que actuaban siguieran en la CNT ignorando el proceso global. Los sectores que durante años se

habían consolidado como los más consecuentes defensores del proceso revolucionario creían que podían seguir en esa organización, compartiendo el espacio con sectores reformistas y contrarrevolucionarios, sin comprender la necesidad de extirpar y liquidar esas fuerzas, pues de lo contrario, ineludiblemente, estas acabarían dominando y transformando la organización. Llegado al punto en el que el organismo es dominado por el enemigo, no hay lugar a ninguna acción ni lucha en su interior, sólo cabe actuar fuera y en contra del mismo, el proletariado necesita forjar a través de su lucha una ruptura organizativa que constituya un nuevo organismo. Lejos de comprender esto, las minorías más combativas siguieron asociándose en esa organización, fueron aceptando sus nefastas directrices y acabaron negándose como fuerzas revolucionarias para actuar como parte del proceso contrarrevolucionario.

Por consiguiente, la decisión de los pasos a seguir tras la victoria contra los milicos se hizo bajo la dirección de una organización que, en lugar de expresar las necesidades del proletariado dando una orientación revolucionaria para destruir el Estado y el capital, que se tambaleaban ante el empuje de nuestra clase, expresaba las necesidades de la burguesía, en concreto del Frente Popular, frenando el impulso revolucionario y tratando de canalizar todos los esfuerzos hacia la defensa de la República. En el momento decisivo nuestros enemigos pudieron contener el torrente insurreccional para salvar de entre los escombros al Estado republicano. El Manifiesto del Comité Regional de Cataluña de la CNT publicado al día siguiente de la victoria en la calle era claro al respecto:

«Hay un enemigo común, bien delineado: el fascismo. Contra él vamos: contra él luchamos, a él tenemos que aplastar. No hay más ni menos. Que cuantos actos se realicen tiendan a lograr este objetivo: aplastar el fascismo, hundir la reacción[...].».

Ninguna consigna revolucionaria, ninguna directriz de clase. Nada de luchar contra el capital, sus fundamentos y representantes. Es el Frente Popular hablando a través de la CNT para garantizar el orden republicano bajo la unidad antifascista.

El análisis profundo del proceso revolucionario en España nos lleva a comprender que para la CNT no se trataba de decidir entre

colaborar o no con el Estado burgués. Esa conclusión no comprende en absoluto el desarrollo de la lucha de clases en España, y en concreto el proceso de captación de la CNT. De lo que se trata para esta organización es de ver cómo imponía al proletariado la dirección colaboracionista. Para la CNT, que actuaba ya como ala izquierda del Frente Popular, la cuestión era paralizar y reprimir toda tentativa revolucionaria del proletariado, reorganizar el Estado republicano, enrolarlo en la guerra antifascista y recomponer la economía nacional. Ese proceso contrarrevolucionario comenzó el mismo día de la insurrección con el sabotaje de la dirección revolucionaria y la imposición de una dirección antifascista. El manifiesto es una expresión cristalina y tajante de ese proceso que, aunque tardará meses en completarse definitivamente, es en estos primeros días donde se juegan las cartas ganadoras: aislar Cataluña, el epicentro del movimiento, del resto de la Península; garantizar el mantenimiento del orden republicano, aunque sea precario; y contener al proletariado insurrecto en toda España, tratando de neutralizar todas las acciones de clase para integrarlas en el Estado. En definitiva, romper la autonomía de clase que había esbozado el proletariado para someterlo al Frente Popular y reconstruir un Estado que agonizaba.

20 de julio. La reorganización del Estado burgués: nacimiento del CCMA en Cataluña

Mientras el primer día de la insurrección los explotados se enfrentaban a los militares y tomaban edificios y lugares clave del capitalismo, la contrarrevolución no perdía su tiempo y reorganizaba sus fuerzas. En Cataluña, la zona que más preocupaba a los enemigos de la revolución, actuó rápidamente en este sentido. Por un lado, la CNT lanzaba consignas antifascistas para frenar las pasiones y determinaciones revolucionarias que se desataban en las calles; por otro lado, un comité de enlace formado por el Partido «Comunista» de Cataluña, el PSOE, la Unió Socialista de Cataluña y el Partit Català —comité que días más tarde se constituirá como PCUS, auténtico tentáculo de Moscú, y pieza clave en la destrucción de la revolución y la posterior represión, tortura y exterminio de los revolucionarios— se reúne con Companys para planear la remodelación del gobierno con la ampliación del que había en funciones, mediante la incorporación de los diversos integrantes del Frente Popular. Rápidamente acuerdan los pormenores, pero todos son conscientes que el poder de este gobierno es totalmente vacío pues el proletariado ha

descompuesto todas sus articulaciones y ninguno de ellos tiene la más mínima autoridad sobre los insurrectos. Saben perfectamente que sólo la CNT, en la que se estructuran y/o militan la mayor parte de los combatientes, puede llegar a tener control sobre la insurrección. Era evidente para todos que esa organización tenía que apoyar o integrarse en ese gobierno. La mayor preocupación de los burgueses más lúcidos allí presentes no era si la CNT daría su apoyo o participaría en ese gobierno, pues ya en los meses pasados había dado garantías de su compromiso frente-populista. Lo que les inquietaba era si esa organización sería capaz de hacer tragar al proletariado con la colaboración.

La llamada de Companys a la CNT no se hizo esperar. En plena efervescencia y ventaja revolucionaria del proletariado, el presidente del gobierno catalán llamó al Comité Regional de la CNT para negociar. Como respuesta, desde la CNT ese mismo 20 de julio se convoca, para un par de horas después, a una asamblea plenaria de la CNT-FAI a la que acuden delegados sindicales, de los comités de defensa y de los comités comarcales que habían sido avisados para decidir qué hacer. La discusión abierta sería un anticipo del histórico pleno del día siguiente.

Ante las dificultades en esa primera reunión de llegar a un acuerdo se decidió enviar una delegación de ocho militantes, entre los que destacaban García Oliver, Durruti, Aurelio Fernández y Santillán, a escuchar lo que tenía que decir el gobierno. Pero esa expectativa ante lo que pudiera ofrecer un gobierno, que además les había encarcelado, reprimido, desterrado..., suponía ya, en un momento en que la correlación de fuerzas en la calle era abrumadora mente favorable al proletariado, una primera victoria de la burguesía y la confirmación de la capacidad de canalización de la CNT.

La reunión palaciega del 20 de julio de 1936

Tras la decisión, la delegación de la CNT, fuertemente armada, se desplazó hacia el edificio mostrando la seguridad y las armas conseguidas en el fragor de la batalla. Pero, así como algunos de estos militantes fueron la vanguardia del proletariado en las calles, su nefasto papel al aceptar reunirse con Companys recogiendo la invitación de colaborar, los posicionó en el terreno del enemigo. La delegación, cumpliendo los mandatos del pleno, no sólo no aceptó la renuncia que llegó a ofrecer Companys, ni lo

echaron del palacio, quemándolo después, sino que escucharon con interés su plan de resistencia al fascismo.

Se ha vertido mucha tinta sobre la reunión palaciega, sobre lo que dijo Companys o tal o cual miembro de la delegación cenetista, pero lo cierto es que esa reunión representaba el bote que salvaba del naufragio al Estado. Los delegados cenetistas no tardaron en sentarse a la mesa junto a Comorera, uno de los representantes del estalinismo, Jaume Miravittles, de Esquerra Republicana, Nin, representante de un POUM que siempre fue más republicano que revolucionario, así como de dirigentes del PSE y algún que otro partido republicano. Pese a que unos iban «vestidos como típicos intelectuales burgueses, con corbata, chaqueta y pluma estilográfica» y otros eran un grupo de «anarquistas que entraron por la puerta, sin afeitarse, con sus uniformes de combate, revólveres, metralletas y correas donde llevaban sus bombas de dinamita»⁴⁸, lo cierto es que todos estaban allí reunidos con el objetivo de reorganizar las bases del poder burgués.

La CNT era, sin lugar a dudas, la fuerza más importante allí presente y por tanto la clave para reorganizar ese poder. Gran parte de los allí reunidos, miraban a la delegación cenetista con mitad de respeto y mitad de miedo a lo que pudiera manifestar, conscientes de que aquellos hombres, de alguna manera, representaban ante ellos el poder de la revolución en ese momento. La realidad era, sin embargo, que la CNT funcionaba desde hacía meses como ala izquierda del Frente Popular y no demoraría en ratificar su lugar en ese gobierno.

«El Comité Regional ampliado de la CNT, informado por la delegación cenetista de la entrevista palaciega, acordó tras una rápida deliberación comunicar telefónicamente a Companys que se aceptaba en principio la constitución de un Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA), en espera de la resolución definitiva que se adoptara en el Pleno de Locales y Comarcales, que había de reunirse el día 21. Esa misma noche Companys mandaba imprimir en el boletín oficial de la Generalidad un decreto de creación de esas Milicias ciudadanas»⁴⁹.

⁴⁸ Descripción que hace Jaume Miravittles de los presentes en la reunión.

⁴⁹ Agustín Guillamón.

Para la contrarrevolución era evidente que la única forma de recomponer la situación era desviar al proletariado del proceso revolucionario y conducirlo al matadero de la guerra interburguesa. Los primeros pasos de todos los aparatos del Estado republicano fueron apuntalar por todas partes la ascendente ideología antifascista. Se insistía que el enemigo exclusivo era el fascismo, que la lucha contra el fascismo requería de la unidad de todos los antifascistas y que no había que ir más allá en esos momentos. Era la única forma de salvar de la ruina al Estado, que podía reflotar bajo la cobertura del antifascismo. No fue otro el contenido de fondo de la reunión palaciega⁵⁰.

El resultado de la reunión es que el gobierno formal da un paso atrás, sin disolverse, comprendiendo que las funciones de gobierno en Cataluña tenían que ser asumidas por otro órgano que tuviera una imagen más aceptable para el proletariado insurrecto, quien no tenía el menor interés en apuntalar un gobierno que había tratado por todos los medios de impedir su armamento o tratado de desarmarlo allí donde tenía armas. Se comprende entonces que el Comité Central de Milicias Antifascistas se convirtiera en el órgano adecuado para reorganizar el poder burgués. Desde ese organismo se decretó la formación de milicias en las que se fue enrolando progresivamente a los sectores más combativos, sacándolos de sus lugares de influencia y mandándolos al matadero bajo la bandera del antifascismo. Al mismo tiempo comienza el restablecimiento del orden burgués y la economía nacional.

La CNT adquirirá en los primeros momentos el principal papel de encuadramiento para afirmar ese proceso contrarrevolucionario. Las reuniones y plenos que organizó entre su militancia para decidir qué hacer no sirvieron para otra cosa que para dar un acuerdo formal a dicha dirección y consolidarla en el seno de sus militantes y estructuras. Comprendiendo esta cuestión no puede sorprendernos que en la prensa confederal de ese mismo día se fijara como objetivo la derrota del fascismo. Desde la prensa cenetista se insistía: «En la hora grave que se atraviesa, se impone que cada cual se atenga exclusivamente a las consignas generales de este Comité». Consignas que nada decían de re-

⁵⁰ Evidentemente ello incluía también poner fin a «los desmanes» como las expropiaciones.

volución, de expropiación, de destrucción del capital y del Estado, de ataque a los patrones o al dinero. Todo se reducía a la lucha contra el fascismo y la defensa de la República⁵¹.

El Bando publicado el 26 de julio era claro:

«Hoy no hay más problema para el proletariado, no hay más enemigo para el pueblo, que el fascismo sublevado. Contra él todas las energías para aplastarlo; hay que converger con todas las organizaciones coincidentes a su aniquilación total; hay que dedicar todas las actividades y esfuerzos.

Que nadie vaya más allá. [...] Hoy por hoy, contra el fascismo, sólo contra el fascismo que domina media España, y que hay necesidad de destruirlo para siempre. [...] nadie está autorizado, si se debe atender, para lanzar otras consignas, ni enfocar el movimiento de otra forma»⁵².

El objetivo del Frente Popular, con la CNT a la cabeza era claro: neutralizar la solución revolucionaria que les daba a los acontecimientos el proletariado y sustituirla por una guerra contra la fracción Franco para defender el Estado republicano»

21 de julio. Pleno de la CNT, Barcelona

La democratización de la revolución es su tumba. Tras la reunión palaciega se acordó convocar un pleno general de la CNT-FAI para el día siguiente, en el que plantear a la militancia cenetista si colaborar o no con un gobierno que evidentemente no sólo no toleraría una revolución (y que, poco antes, los había reprimido), sino que la enfrentaría. Para la CNT se trataba de darle un acuerdo formal a la dirección que imprimía al movimiento, evitar

⁵¹ Santillán nos recuerda sin sonrojarse cómo la CNT procuró desde el primer día salvaguardar uno de los pilares de la República y el capitalismo. «A partir del 20 de julio apostamos centinelas improvisados en los bancos, cajas de caudales y casas de préstamos etc.» En lugar de asaltarlos o atacarlos se los protegía. El Frente Popular haría buen uso de ese dinero —recordemos que España tenía la segunda reserva de oro del mundo— en su lucha contra la revolución. Es inevitable que nos venga el recuerdo de la Comuna de París.

⁵² Bando publicado por la CNT el 26 de julio de 1936.

y reprimir en lo posible disensiones internas y dar así un empujón al colaboracionismo.

Por lo tanto, el 21 de julio, en el Pleno Regional de Locales y Comarcas de Sindicatos, se sometió a la aprobación formal la propuesta de que la CNT participara en el CCMA. La asamblea se celebró en la Casa CNT-FAI —antigua Casa Cambó, sede de la patronal—, custodiada por los sacos de arena y las metrallas expropiadas. Con consignas y carteles en las paredes, proletarios subiendo y bajando escaleras, llenando pasillos, un hormigueo frenético que iba a cesar durante las horas que duró el Pleno.

«En un amplio y profundo escenario —recuerda Oliver— estaban la mesa de presidir los debates y dos mesas para secretarios y periodistas de nuestra prensa; más dos largas hileras de sillas adosadas a las paredes laterales. En general, todos los asistentes tenían el fusil entre las piernas». El salón rojo estaba lleno de delegados venidos de todas las comarcas.

A la reunión no fueron los militantes representando a sus grupos de acción, a los comités de defensa o de barrio (que recordemos tenían reconocimiento orgánico), sino a sus sindicatos, lo que representaba una decisiva disolución de fuerzas del proletariado en ese organismo democrático. Como las grandes reuniones sindicales, todo parecía acordado con la mayoría de los delegados antes de la reunión.

Ningún grupo u organismo trató de oponerse como fuerza a este procedimiento. Ni siquiera el grupo Nosotros acudió a la reunión con una posición común, con un mensaje claro y de ruptura, pese a que este grupo tenía toda la información de lo que pasaba, no como gran parte de los allí presentes que ni habían tenido tiempo de discutir con sus compañeros más cercanos ni sabían hasta qué punto se había avanzado en las negociaciones. Esto suponía ceder el poder de la revolución a la democracia de esa organización y allanar el camino al colaboracionismo.

Por la fuerza que tenía en el proletariado y la lucha radical llevada a cabo durante la República, y al ser el corazón de la insurrección proletaria del 19 de julio en Barcelona, el grupo Nosotros podría haberse afirmado como un salto cualitativo imprescindible, como lo había hecho en las tentativas insurreccionales del 32 y el 33, esbozando la necesaria dirección revolucionaria que el movimiento demandaba, denunciando la situación y el colaboracionismo, combatiendo la práctica a la que conducía la CNT. En los fuertes episodios de lucha anteriores, cuando la co-

rrelación de fuerzas era más desfavorable que la actual, no dudaron en poner todos sus esfuerzos en ir a por el todo. Las sucesivas derrotas, cárcel, destierro y ejecuciones que recibió nuestra clase se comprendían como parte de la lucha del proletariado y su proceso de constitución en fuerza revolucionaria. Ahora, cuando la correlación de fuerzas era favorable, la enorme fuerza de la minoría revolucionaria se diluía en la nefasta actitud conciliadora de la mayoría⁵³. Su actuación en ese pleno, con el silencio o complicidad de la mayoría de sus integrantes para favorecer la colaboración interburguesa, a excepción de García Oliver, mostró hasta qué punto ese mismo grupo había sido gangrenado y empujado a hacer concesiones a la colaboración, haciendo que la balanza se inclinara fácilmente hacia la canalización. Su compromiso con el enemigo llegará tan lejos que ellos mismos acabaron siendo agentes clave del antifascismo.

A pesar de «las dos mesas para secretarios y periodistas de nuestra prensa» no hay rastro de las actas o de las notas tomadas aquel día. Algunas fuentes apuntan a la destrucción voluntaria de todas ellas. A través de distintos testimonios queremos reproducir lo que nosotros consideramos fundamental de la reunión:

Marianet, dirigente histórico, inició la reunión y aclaró que se tenía que decidir si había que colaborar o no con el gobierno y las demás fuerzas hasta la victoria contra el fascismo, postergando hasta entonces la revolución. Tras esa intervención se inició un debate que duró horas. Las voces de ir a por el todo, desencadenar la revolución social, en vez de postergarla, de no aliarse con las fuerzas políticas antifascistas, fueron muy pocas. Que sepamos, además de la de García Oliver, la de Cristóbal Pons, representando al sindicato de la piel de Barcelona y José Xena, en representación de la comarcal del Baix Llobregat, donde militaban los hermanos Sabaté y otros militantes históricos y consecuentes de Hospitalet y el Prat.

José Xena propuso «la retirada de los delegados cenetistas del Comité Central de Milicias Antifascistas y marchar adelante con la revolución para implantar el comunismo libertario» y aclaró que «en el Congreso de Zaragoza decidimos que a la primera

⁵³ Es verdad que a nivel internacional la contrarrevolución triunfaba tras la derrota del empuje internacional del 17-23 y esto tenía una gran incidencia (en el peso del Frente Popular, en la determinación del proletariado, etc.), sin embargo, no es menos cierto que la situación en la región presenta un momento crucial donde el proletariado desataba una potencia que desestabilizaba el Estado burgués.

oportunidad que tuviéramos proclamaríamos el comunismo libertario, no entiendo por qué ahora nos echamos hacia atrás. Estimando esta como una oportunidad única, no queda más que rechazar la colaboración y seguir con la revolución».

«Al terminar de hablar el delegado de la Comarcal del Bajo Llobregat —recuerda Oliver—, se produjo un momento de silencio expectante. Se sentía que el ambiente se rarificaba. Alguien andaba de un sitio para otro, como transmitiendo una consigna acordada a espaldas del Pleno. El correveidile era Fidel Miró, muy vinculado a Santillán».

«Parece que el compañero José Xena —prosiguió Santillán— no se ha enterado [de] que los golpistas han triunfado en muchas ciudades, dejando a España dividida en dos mitades, ni que hay dos buques militares ingleses en el mar, cerca del puerto de Barcelona, preparados para intervenir en el caso de revolución social. ¡Compañeros, no podemos luchar contra todos! Sería una irresponsabilidad iniciar un proceso revolucionario que tendría como enemigos, además de a los fascistas y republicanos del país, a la burguesía de toda Europa».

Por otro lado, Escorza, en un oportunismo propio de la burocracia política, proponía utilizar al gobierno para avanzar en el proceso revolucionario hasta que llegado un momento se podrían deshacer de él. Típica posición politicista que cree que el Estado o sus aparatos pueden mantenerse o utilizarse por la revolución, cuando toda revolución que no va encaminada a destruirlos tiene necesariamente que perecer ante ellos.

Desde el punto de vista del proletariado, las posiciones de Santillán y Escorza eran en realidad la misma: defender el rumbo al que conducía la CNT, tender la mano y colaborar con las fuerzas burguesas. En los hechos eso equivalía a la liquidación de todo avance revolucionario, la sumisión al Frente Popular y al Estado republicano.

A continuación, Oliver tomó la palabra y, según se sabe, estuvo hablando más de una hora, empezando así: «El miedo a una intervención extranjera no debería ser esgrimido en este momento, porque aquí, según estoy viendo, estamos todos armados. Compañeros, nosotros, que somos mayoritarios, tenemos el deber de

dirigir la revolución» y acabando así: «Presento en firme la proposición de que la CNT vaya a por el todo e implante el comunismo libertario»⁵⁴.

Como había insistido en la reunión plenaria del día anterior, Oliver defendió durante su larga intervención que no había que hacer ningún pacto, pues el problema del poder ya estaba resuelto por la victoria insurreccional, que sólo cabía imponerse frente a todas las fuerzas políticas de la burguesía. Abogaba por rechazar cualquier pacto y llevar hasta sus últimas consecuencias el movimiento, ir a por el todo. Ortiz, otro miembro del grupo Nosotros, alegó que no había suficiente armamento para 'ir a por el todo', lo cual era falso.

A esa propuesta de ir a por el todo, de la dictadura anarquista, le respondió otro de los adalides del reformismo cenetista.

«Mi conciencia no me permite forzar los acontecimientos yendo a por el todo —dijo Montseny—. Eso supondría la instauración de una dictadura anarquista, que por ser dictadura dejaría de ser anarquista. Sería un acto autoritario e iría contra nuestros principios libertarios».

Las posiciones contrarrevolucionarias se acaban imponiendo, la preponderancia de la ideología antiautoritaria hace mella y se acaba votando. Se acuerda colaborar con el gobierno y las demás fuerzas políticas.

Las intervenciones de Federica Montseny, Abad de Santillán, así como las sucesivas intervenciones que se fueron repitiendo contra ir a por el todo, recogían los frutos de un largo proceso histórico de afianzamiento del antiautoritarismo que persiguió, descalificó y caricaturizó toda posición que defendiera imponer

⁵⁴ Nos parece importante rescatar, sin caricaturizar, las palabras de Oliver, porque es lo que toda minoría revolucionaria tendría que haber dicho, porque expresa la única y verdadera posición proletaria, y no porque queramos rescatar al personaje en sí, por lo que también se deben tener en cuenta las reticencias que muestran algunos compañeros, historiadores o cenetistas: «A Peirats le dio la impresión de que la propuesta fue lanzada sin convicción —asegura Miquel Amorós—; como si García Oliver supiera que nadie lo iba a seguir. No creía en su sinceridad, ni se fiaba de él. Su trayectoria burocrática al lado de sus contrincantes de aquel día y su posterior defensa extremista del Ejército y del Estado avalarían si necesidad hubiere, sus sospechas».

el poder de la revolución. La caricatura y crítica que se había hecho durante los últimos meses al grupo Nosotros, desde posiciones pacifistas y teorísticas, acusándolo de anarco-bolchevique, y que fue abanderada por grupos de la FAI, se enmarcó precisamente en ese proceso.

De lo poco que se conserva del pleno del 21 de julio es un Informe de la CNT, firmado por Marianet, Xena, Antona y Martínez, para la AIT, que concluía: «El pleno determinó no hablar de comunismo libertario mientras no conquistáramos la parte de España que estaba en poder de la facción puesto que la CNT rechazaba imponer su dictadura sobre los guardias y militantes de otros partidos, dictadura que por otra parte sería ahogada por el exterior, aunque se impusiera en el interior».

Por su parte Durruti, lejos de contraponerse a la colaboración, se limitó a aceptar la tendencia pactista mayoritaria y a recomendar pedir la consejería de Guerra e Industria cuando hubiera reparto de funciones. Es decir, asumir funciones de Estado.

Como se ve en la misma reunión, la contraposición entre revolución y contrarrevolución es admitida siempre, pero solo a nivel de principios. El propio Abad de Santillán explicita eso y llega a señalar el principismo (anarquista) como un problema, que, como sabemos, según él hay que dejar de lado para tener una actitud práctica adecuada en función de las circunstancias, buscando así el compromiso y en última instancia la opción más democrática posible.

Para nosotros la cosa es al revés, no hay términos medios. Ese abandono de los principios, en realidad, no quiere decir otra cosa que el abandono de los elementos fundamentales del programa de la revolución, y es precisamente lo que posibilitó el avance de la contrarrevolución. O bien el proletariado «va a por el todo» y trata de imponer la revolución social, actuando para la destrucción del capital y el Estado; o bien se aceptan «los compromisos», la coalición, el Frente Popular y la guerra imperialista. Esto último es lo que en última instancia sucedió porque en la CNT ya no podían predominar más que las posiciones de Santillán, Montseny...

Claro que, en última instancia, pese a que la posición de García Oliver era correcta⁵⁵, la única forma de cristalizarse no era mediante la imposición de la CNT frente a todas las demás fuerzas burguesas, pues el programa antiautoritario de la CNT impedía precisamente la imposición revolucionaria, la dictadura anarquista, la dictadura del proletariado, y sólo podía conducir a la colaboración y la democracia. Es decir, había que imponerse también contra la CNT, el movimiento exigía una ruptura con el colaboracionismo al que empujaba la CNT, a organizarse fuera y en contra de esta y demás fuerzas burguesas. Era preciso denunciar ese pleno como parte del proceso contrarrevolucionario, como espacio para someter al proletariado a la colaboración, como parte del proceso de encuadramiento del proletariado al Estado burgués por mediación de la CNT. Precisamente la insurrección proletaria del 19 de julio triunfó al contraponerse a la dirección pactista de la CNT y estructurarse en torno a los comités de defensa y de barrio. Pero esa contraposición no alcanzó sus últimas consecuencias —la ruptura con la CNT— lo que permitió a esa organización presentarse como la dirección formal del movimiento y reconducir la situación.

Como otras muchas veces, mientras el proletariado se manejó en la calle y en las barricadas, actuó de forma clara y radical. Cuando aceptó como propias las asambleas multitudinarias, manejadas por burócratas y reformistas, y las votaciones, el proletariado abandonó su autonomía de clase y se sometió a resoluciones ajenas a sus intereses. La fuerza de la revolución que se desarrollaba en la calle y en diversas estructuras e innumerables comités no podía expresarse en ese espacio sino como denuncia, como impulso a romper ese organismo. Tenía que desarrollarse fuera y en contra de él, mediante minorías e instancias que a contracorriente asumieran la decisión de imponer lo que necesita la

⁵⁵ Que este militante asumiera en pocas semanas un papel fundamental en la contrarrevolución, primero en el CCMA, luego como ministro de Justicia y principal agente de la contrarrevolución, como demostró al presentarse de apagafuegos en la insurrección de mayo de 1937, y pese a que ya en el pasado, en diversas ocasiones de su vida militante, demostró un oportunismo nefasto, todo ello no inhabilita su pasado revolucionario ni que en ese pleno, en los días anteriores y en la reunión del grupo Nosotros del día siguiente, expresara las necesidades de la revolución. Los militantes revolucionarios son producto de las condiciones y sus propios límites y fuerzas son potenciados por esas mismas condiciones.

revolución para avanzar, es decir, que centralizaran todo el asociacionismo proletario que se estructuraba en la calle (especialmente por medio de los comités de barriada, regenerando el Comité Local Revolucionario que había centralizado la lucha), para combatir los movimientos de la contrarrevolución. Pero para eso era necesario pasar por encima de toda consulta democrática, de todo ese antiautoritarismo que aprisionaba a los proletarios más combativos y los paralizaba a la hora de destruir despóticamente todo lo que quedaba del Estado. Veremos que García Oliver, a la desesperada, planteará al día siguiente en el grupo Nosotros, en cierta forma, esa posibilidad.

Lo que es evidente es que, sin romper con la CNT, con la ideología «anarco»sindicalista y pactista, y, evidentemente, sin la denuncia del antifascismo, el proletariado caminaba hacia su tumba. La contrarrevolución avanzaba y lograba un paso fundamental en ese pleno con la afirmación del Comité Central de Milicias Antifascistas que sirvió para sostener el Estado republicano, quebrar la lucha y poner las bases para reprimir a los que se resistieron.

Claro que esto no se impuso en la calle sin una larga resistencia de numerosos comités, sin constantes contradicciones que se sucedían cada día y expresaban la puja entre la revolución y la contrarrevolución. Pero la cuestión crucial era que el poder del Estado se conservaba, aunque por el momento fuera un poder precario. El Comité Central fue apuntalando progresivamente y de forma sutil las principales facultades del Estado. Llegado ese momento el propio Comité Central se convertiría en un estorbo y sería sustituido por el gobierno de la Generalitat. Pero para que todo este proceso político de la contrarrevolución se pudiera afirmar, se hacía necesario la aplicación de una serie de reformas que frenara el ímpetu de la calle. Al día siguiente de la constitución del CCMA, Companys había ordenado a Martín Barrera, consejero de Trabajo, que diera por radio noticia de las disposiciones acordadas sobre disminución de horas laborales, aumento de salarios, disminución de alquileres y nuevas bases de regulación del trabajo, que antes deberían pactarse con los representantes de las asociaciones patronales, como Fomento del Trabajo, Cámaras de Industria y de la Propiedad, etcétera, a quienes se expuso la necesidad de encarrilar el ímpetu revolucionario de las masas⁵⁶. En definitiva, la vieja fórmula: cuando todo se puede

⁵⁶ No fue difícil convencerlos pues algunos, como el director de las minas de potasa de Suria, retenido por sus obreros, ya habían concedido

perder, mejor soltar unas migajas. El capital sentaba así las bases para recuperarse económica y políticamente del golpe que había sufrido. Durante los siguientes meses la batalla quedará marcada por este momento.

En el resto de las regiones que tumbaron a la fracción Franco el desarrollo de los acontecimientos fue similar, aunque con una resistencia, por lo general, mucho menor. Las mismas debilidades atenazaron al proletariado, la misma falta de ruptura organizativa con la CNT o con otros órganos de encuadramiento (como el PSOE), lo que permitió que el Frente Popular fuera controlando y absorbiendo los diversos comités a través de la Juntas Republicanas hasta poder ser reemplazados por gobiernos regionales del Frente Popular y centralizados en el gobierno de Largo Caballero.

Con el Estado central totalmente reconstituido, la CNT, como buen paladín del Frente Popular, afirmó:

«El gobierno en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya el organismo que separa a la sociedad en clases. Y ambos dejarán aún más de oprimir al pueblo con la intervención en ellos de elementos de la CNT»⁵⁷.

mejoras ante la amenaza de la generalización de los ajusticiamientos, expropiaciones, etc.

⁵⁷ Solidaridad Obrera, 4 noviembre de 1936.

LA FAI CONTRA LAS MINORÍAS REVOLUCIONARIAS

Durante el primer semestre de 1936, el grupo Nosotros se enfrentó al resto de los grupos de la FAI, en Cataluña, en agrios debates sobre dos concepciones fundamentales, en un momento que se conocían con certeza los preparativos militares de la burguesía para atacar al proletariado. Esos dos conceptos eran la «toma de poder» y el «ejército revolucionario». Las posiciones que venían defendiendo los militantes del grupo Nosotros, chocaban frontalmente con el antiautoritarismo de la mayoría de los grupos faistas, que denunciaban lo que denominaban «dictadura anarquista». De la misma forma frente a la preparación insurreccional y las tareas «militares» que defendían desde Nosotros, el resto contraponía «la espontaneidad creativa de los trabajadores».

A principios de junio tendrá lugar un pleno de la FAI donde se llama al orden al grupo Nosotros, que era insultado como anarcobolcheviques, y se denuncian sus posiciones sobre el poder. Una decena de grupos, como Nervio donde militaba Santillán, además del Comité Peninsular y la Federación local, les pidieron explicaciones sobre el tema del poder y afirmaban: «No podemos llegar nunca a conseguir la libertad por medio de la imposición, y por lo mismo, se declara contrario a la afirmación del componente del Grupo Nosotros».

Por el grupo Nosotros acudieron, Durruti, Ascaso y Oliver que, en esta ocasión se expresaron como un ente orgánico, yendo al unísono, y respondiendo a las diversas objeciones. Algunas de sus intervenciones fueron tajantes y demostraban tener claro lo que se jugaba en el momento insurreccional: «¿Pretendemos solamente hacer el papel de incendiarios [...] o gracias a una preparación eficaz encauzaremos el movimiento contra los que intenten aprovecharse de este movimiento de expansión? [...] La revolución no viene a llenar una necesidad estética, sino a solucionar una serie de problemas de orden social [...]. El poder de las armas debe estar en manos de los anarquistas, para evitar que esté en otras manos [...]. Nuestro esfuerzo no debe servir a una fuerza ajena [...] Hasta aquí no hemos hecho en absoluto la más pequeña dejación de principios [...]». Desgraciadamente, ese grupo de militantes, acabaría cediendo a las posiciones antiautoritarias pocos días después.

Agustín Guillamón concluye: «Según García Oliver la organización de los cuadros de defensa, coordinados en comités de defensa de barrio, en la ciudad de Barcelona, eran el modelo a seguir, extendiéndolos a toda España, y coordinando esa estructura a nivel

regional y nacional, para constituir un ejército revolucionario del proletariado. Ese ejército debía complementarse con la creación de unidades guerrilleras de cien hombres. Muchos militantes se oponían a las concepciones de García Oliver, confiando más en la espontaneidad de los trabajadores que en la disciplinada organización revolucionaria. Las convicciones antimilitaristas, e incluso el pacifismo de muchos grupos de afinidad, produjeron un rechazo casi unánime de las tesis del grupo Nosotros, y muy especialmente de García Oliver».

El rechazo a la proposición de Oliver el 21 de julio de 1936 de 'ir a por el todo', tras aplastar la sublevación militar, entendida por la inmensa mayoría de asistentes al Pleno como implantación de la 'dictadura anarquista', tuvo un precedente en ese plenario celebrado en junio. ¡A pocos días del 19 de julio!

RECUERDO DE CRISTÓBAL PONS SOBRE EL PLENO

«Hablé antes de Oliver. [...] Luego él habló en el mismo sentido. Se dio una fuerte discusión, pero se decidió colaborar y así se determinó la suerte de la revolución. Ninguno de los allí presentes traíamos los acuerdos de los comités y sindicatos, pues ni sabíamos que se venía a discutir si colaborábamos o hacíamos la revolución, es más, se daba por sobreentendido que estábamos haciendo la revolución y había que confirmarla.

Si hubiera estado Ascaso eso no pasa, porque pone una bomba allí mismo. Él decía que lo más importante de un movimiento no es vencer al enemigo, sino destruirlo, impedir que pueda reaccionar. Y eso nosotros no lo hicimos. La colaboración política es todo lo contrario. Tendríamos que haber anulado todos los partidos políticos. En la mesa, cerca de García Oliver estaba Durruti, con su fusil entre las piernas. Durruti me falló, seguramente se dejó llevar por el ímpetu de que teníamos todo en nuestras manos y que debíamos ser generosos con los demás, para no hacernos más enemigos. Pidió el Tesoro español, el Ministerio de Finanzas para comprar armas y el Ministerio de Guerra que, de alguna manera, era lo que ya teníamos. Teníamos a Cataluña, teníamos al presidente y todos sus secuaces a nuestros pies, y reconocimos el gobierno, creando un Comité de Milicias Antifascistas en el que de quince solo tuvimos a cinco representantes. Aquello me destruyó, me dolió mucho. Además, muchos de los militantes que habíamos protagonizado aquel empujón social, al irnos al frente dejamos un vacío en

la retaguardia, una fatalidad, después de lo del Pleno. Ahora pienso que la CNT fue un freno que ni hizo ni dejó hacer y que para que triunfe una revolución debe de hacerse sin partidos ni sindicatos».

22 de julio, última reunión del grupo Nosotros

Al día siguiente del pleno tendrá lugar un episodio que consideramos necesario remarcar. Se trata de la última reunión de Nosotros, el grupo de militantes revolucionarios que en innumerables ocasiones fueron la energía dinamizadora central del proletariado en esos años.

Se reunieron la noche del 22 de julio en casa de Gregorio Jover para despedirse ante la salida inminente de las columnas de milicianos encabezadas por Durruti y Antonio Ortiz. Aprovecharon para analizar y hacer balance de lo sucedido.

En ese momento García Oliver planteó a sus compañeros del grupo Nosotros que en vez de obedecer al Pleno y estructurar la colaboración dirigieran una nueva insurrección, esta vez, netamente revolucionaria, que, esta vez sí, atacase la Generalidad. En lugar de ir a Zaragoza con las centenas de militantes armados que estaban para ello, atacar la Generalidad en un efecto sorpresa. Era una propuesta clasista para revertir la situación actuando fuera y contra de la CNT y su decisión de colaborar.

«Debemos aprovechar —recuerda Oliver, en sus memorias— la concentración de las fuerzas que mañana se pondrán a las órdenes de Durruti y proceder al asalto de los principales centros de gobierno, Generalidad y Ayuntamiento, con una rama de la columna que podríamos dirigir Marcos Alcón y yo. Teléfonos y plaza de Cataluña, con otra rama de columna dirigida por Jover y Ortiz. Y Gobernación y Dirección de Seguridad con otra rama dirigida por Durruti y Sanz, pudiendo sumarse a cualquiera de ellas los Ascaso y García Vivancos, siempre que estéis de acuerdo.

Habló Durruti. Siquiera ahora romperíamos la incógnita de su actitud.

—La argumentación de García Oliver, ahora y durante el Pleno, me parece magnífica. Su plan para realizar el golpe es perfecto. Pero a mí no me parece que sea éste el momento oportuno. Opino que debería ser realizado después de la toma de Zaragoza, cosa que no puede tardar más de diez días. Insisto en que debemos dejar esos planes para después de tomar Zaragoza. En estos momentos, sólo

con Cataluña como base de sustentación, estaríamos reducidos geográficamente a la mínima expresión».

Zaragoza nunca se tomaría. Fue la última reunión del grupo Nosotros. Ese grupo histórico del proletariado certificaba su muerte y el de sus militantes, en tanto que revolucionarios, abocados desde ese momento a servir al enemigo. La postura de Durruti y de la mayoría de los militantes del grupo significaba el sometimiento al desarrollo de la contrarrevolución. Durruti firmaba el acto de defunción rechazando ese planteo insurreccional y aceptando por contra llevar a cinco mil proletarios a Zaragoza bajo la bandera del Frente Popular. El mito de Durruti creado por la historia oficial esconde el nefasto papel que jugó en los momentos decisivos tras la insurrección del 19 de julio. Su partida a Zaragoza encabezando la primera columna de milicianos (acompañados por represores históricos como el jefe de los Mossos d'Esquadra Pérez Farras) dirigida por el Comité Central de Milicias Antifascistas expresa con nitidez su sometimiento al antifascismo y a las directrices del Frente Popular. Su figura serviría para impulsar a los proletarios al sacrificio de la guerra imperialista. Mejor no les fue a los demás, ofreciendo sus servicios a la guerra antifascista. Oliver destacó sobre todos convirtiéndose en un agente fundamental del Estado. Primero desde el Comité de Milicias, hasta llegar al gobierno central donde ejerció de ministro de justicia, organizando los campos de trabajo para presos y siendo pieza clave en el desarme y represión de mayo de 1937.

A partir de ese día la revolución quedaba herida de muerte y la contrarrevolución avanzaba a marchas forzadas. Los militantes revolucionarios no percibieron lo crucial del momento permitiendo, casi sin obstáculos, la reorganización del poder burgués⁵⁸. El proceso de reorganización no fue inmediato pero sus bases materiales se anclaron esos días. Las siguientes semanas, e incluso meses, nuestra clase seguirá luchando por la revolución, a través de numerosas acciones, comités, pequeños grupos, etc., desoyendo los llamados antifascistas de no ir más allá, que-

⁵⁸ Algunos, se desentendieron del aspecto político para construir de forma ilusoria el «nuevo mundo», jactándose de que estaban con los de «abajo», en el trabajo, colectivizando, organizando la vida de una forma libertaria. En el fondo eran coherentes con la vía gestionista, pero no comprendían que la misma implicaba su integración en el capitalismo y el Estado.

mando el dinero, ajusticiando burgueses y represores, expropiando tierras, casas, compartiendo alimentos y otros productos necesarios arrancados de las garras de la propiedad privada, es decir, imponiendo sus necesidades a las del capital. Sin embargo, esa energía de clase se manifestó de forma cada vez más atomizada. La ideología gestionista del «anarco»sindicalismo, dominante en gran parte de sus protagonistas, llevó a que cada cual se limitara a su «pequeña parcela de poder», abandonando la necesidad vital de la centralización de su fuerza. El federalismo desintegró la gigantesca fuerza desatada. No afirmaron su poder de forma unitaria contra el poder burgués combatiendo al Frente Popular y al CCMA. Al contrario, permitió hacer a todos esos órganos burgueses que acabaron enviando masivamente a los proletarios a la carnicería del frente, controlando el acceso a las armas, dictando medidas, etc. Es decir, el monopolio del poder burgués se fue recomponiendo a la par que se minaban las fuerzas de la revolución.

24 de julio, partida hacia Zaragoza

La sumisión al Frente Popular y al Comité Central de Milicias Antifascistas destruía el proceso de autonomía de nuestra clase y la llevaba a someterse al Estado republicano. Implicaba la recomposición progresiva de todos los órganos vitales del capitalismo que habían mordido el polvo. Pero para que cuajara era vital imponer la guerra interburguesa, que la polarización fascismo-antifascismo alcanzara su clímax llevando al proletariado a matarse por defender una fracción burguesa frente a otra, una forma de Estado frente a otra.

El 24 de julio, varias columnas de voluntarios parten desde Barcelona hacia Aragón a «detener el fascismo», llevando en su seno a una buena parte de lo más decisivo de la militancia revolucionaria. Cataluña, el pulmón de la insurrección proletaria, en lugar de impulsar las energías revolucionarias y las rupturas de sus hermanos de otras regiones con el Frente Popular, afianzó el enrolamiento en un ejército frentepopulista. Evidentemente esto fue posible por la derrota en la que se hundía el proletariado, por su sometimiento a la ideología antifascista y su consecuente integración en el Estado republicano por mediación del CCMA. La guerra de frentes manifestaba esa derrota en el plano militar, haciendo al proletariado cavar trincheras donde se desangra por intereses ajenos.

Mientras que un proceso revolucionario implica derrotar y liquidar todo rastro de poder del enemigo allí donde el proletariado tiene fuerza, profundizando en todos los aspectos del proceso revolucionario, y determinado por esa fuerza social que tumba el poder burgués lanzarse a impulsar la extensión y auxilio del proceso revolucionario y sus hermanos de clase en los demás lugares, aquí ocurre lo contrario. El proletariado no sólo permitió al Estado levantarse de entre los escombros, sino que fue captado para asumir todas las funciones necesarias para su conservación y defensa.

Si bien las propias necesidades de un proceso revolucionario requiere, en relación a la fuerza del enemigo, la concentración de fuerzas armadas aquí o allá, que proletarios armados se desplacen a tal o cual lugar para auxiliar a sus hermanos (como Zaragoza) y desarrollar la revolución, las Milicias Antifascistas lejos de responder a esta necesidad, lejos de ser cuerpos de proletarios armados que desde un bastión de la revolución se lanza contra la contrarrevolución, no son otra cosa que un ejército dirigido por el Frente Popular, es decir, por el Estado republicano, con el objeto exclusivo de enfrentarse al fascismo.

Hay que dejar claro que no existe ningún bastión revolucionario en ninguna parte de España, ni siquiera en Cataluña o Barcelona. El proceso de transformación social que se inició en diversos lugares se fue diluyendo con el colaboracionismo y la represión a los proletarios combativos. No puede haber bastión revolucionario allí donde los elementos fundamentales del capitalismo siguen dominando: aparatos del Estado, policías —sean oficiales o milicias progubernamentales—, funcionamiento mercantil, explotación de obreros; desarme de proletarios, desigualdad social; revolucionarios encarcelados o bajo las órdenes de mandamases frentepopulistas (republicanos, estalinistas, poumistas o/y cenetistas). Mientras los militantes más combativos del proletariado van siendo enrolados en toda España bajo esas milicias antifascistas y movilizados para enfrentarse a la fracción Franco, el capitalismo se reorganiza en la retaguardia con mayor facilidad exigiendo toda clase de sacrificios en favor de la guerra contra el fascismo. La vida cotidiana pronto fue regresando en todos los aspectos al infierno capitalista en base al sacrificio de guerra.

La consigna esgrimida de «primero ganar la guerra y luego la revolución» no significaba otra cosa que abandonar la revolución

para servir a la guerra entre fracciones burguesas, no podía conducir más que a ahogar en sangre toda la tentativa de tumbar el poder burgués.

Por otro lado, la consigna que se presenta radical de «guerra y revolución al mismo tiempo» era centrista y confusionista pues de la guerra de que se hablaba no era la guerra de clases, es decir, la guerra contra todos los Estado, contra toda burguesía, sino justamente la guerra contra el fascismo, guerra que liquidaba la revolución. Y la revolución que se reivindica en esa consigna no consiste, evidentemente, en la destrucción del capitalismo, sino del «fascismo. Esto lo sintetizaría en agosto del 36 de forma cristalina el Partido Socialista por medio de Largo Caballero y su periódico al poco de asumir la presidencia del gobierno central de la República:

«Algunos dicen por ahí: "Aplastemos primero el fascismo, acabemos victoriosamente la guerra, y luego habrá tiempo de hablar de revolución y de hacerla si es necesaria". Los que así se expresan no se han percatado, por lo visto, del formidable movimiento dialéctico que nos arrastra a todos. La guerra y la revolución son una misma cosa, aspectos de un mismo fenómeno. No sólo no se excluyen o se estorban, sino que se complementan y ayudan. La guerra necesita de la revolución para su triunfo, del mismo modo que la revolución ha necesitado de la guerra para plantearse.

La revolución es el aniquilamiento económico del fascismo, el primer paso, por tanto, para aniquilarle también militarmente [...] El más poderoso auxiliar de la guerra es ese desarraigamiento económico y total del fascismo, y eso es la revolución. Es la revolución en la retaguardia la que hace más segura y más estimulante la victoria en los campos de batalla»⁵⁹.

La única consigna y práctica social que defendía los intereses y necesidades de la revolución era el derrotismo revolucionario, una contraposición total al Frente Popular que delimitara las fronteras de clase y descompusiera el frente de guerra interburgués que era la tumba del proletariado. Dirigir los ataques a las

⁵⁹ *Claridad*, 4 de septiembre de 1936.

estructuras del Estado. Toda negación de esta necesidad vital bajo la justificación de que hay que defenderse del fascismo es situarse en el campo de la burguesía, es consolidar la creencia de que nuestra clase necesita aliarse a la burguesía frentepopulista, es decir, destruir su autonomía y someterse al Estado republicano, para no caer masacrada por el fascismo. Es reproducir el discurso de Santillán en el Pleno de CNT del 21 de julio y de todos los enemigos de la revolución hablando de la amenaza fascista o de los navíos ingleses. Es negar al proletariado como clase, negarle la capacidad de asumir desde su autonomía la lucha contra el capitalismo y llevarlo al matadero del frentismo y el antifascismo. Desgraciadamente eso fue lo que se impuso en los hechos.

Justamente Bilan fue de las pocas expresiones del proletariado que en esos momentos decisivos afirmó claramente que el derrotismo revolucionario era la única salida para el proletariado. Que todo lo demás era avanzar hacia una carnicería. Y efectivamente, la guerra fascista-antifascista iniciada en España sería el aperitivo que prepararía la masacre denominada segunda guerra mundial.

Incapaz de articular en su terreno de clase su lucha contra toda burguesía (franquista, republicana...), el proletariado, enrolado bajo la bandera del Frente Popular, se lanzó a una guerra que lo desangró. Quejarse de la falta de armas en tal o cual columna, de que les enviaban a misiones suicidas... es precisamente no entender que el desarrollo de ese frente es la tumba del proletariado, y que permite precisamente a la burguesía asegurarse de que los proletarios más combativos sufran todas las consecuencias de esa guerra.

La guerra de frentes fue decisiva para conducir al proletariado a perderse en una lucha que ya no le pertenece. La militarización de las milicias realizada unos meses después (en octubre de 1936), a la que tanta importancia dan algunos balances, no fue más que la consolidación y reestructuración de esas milicias, su desarrollo en tanto que ejército burgués. Por consiguiente, el ejército del Frente Popular no tiene su origen en la militarización, sino en la creación de las milicias antifascistas y la movilización de los explotados en el frente, dejando la retaguardia en manos del Estado republicano. Quienes señalan el decreto de militarización de octubre de 1936 como el factor esencial para liquidar la lucha del proletariado, cometen el mismo error que los que señalan a noviembre de 1936 como un momento crucial con la entrada en el gobierno central de los cuatro miembros de la CNT. En realidad, no se trata más que de momentos de afirmación y

desarrollo de la contrarrevolución. En pleno julio del 1936 la contrarrevolución se ve obligada a ser sutil, a camuflar lo máximo posible todas las operaciones de recomposición del orden burgués. Frente a un proletariado electrificado y armado, sería suicida acometer abiertamente las operaciones que requiere la restauración del orden. Si algo ha demostrado a lo largo de la historia el capitalismo es elasticidad, su capacidad de adaptarse a las más variadas situaciones. En momentos de crisis revolucionarias todos sus órganos tratan de sobrevivir mostrándose bajo diversas caretas. Lo vemos en todos los procesos revolucionarios, sea en Francia, México, Rusia, Alemania, Hungría o China. En España, en pleno torbellino de julio del 36, con todos los aparatos del Estado en aprietos, estos se reestructuran ocultando su verdadera naturaleza. Los dos órganos fundamentales del aparato del Estado burgués, es decir, su órgano central de gobierno y su ejército, que muerden el polvo ante la explosión proletaria de julio del 36, se reestructuraron en poco tiempo. Así como a través del Comité Central de Milicias Antifascistas o de los distintos comités provinciales, que se constituyen en numerosas localidades, se reorganiza el gobierno burgués, a través las milicias antifascistas se reorganiza su ejército. A medida que esos órganos se consolidan y la situación lo permite, o, mejor dicho, a medida que el debilitamiento del proletariado lo permite, esos órganos se mostrarán sin su fachada, sacándose la máscara y mostrando su verdadero rostro. El Comité Central de Milicias Antifascistas cede así su poder al gobierno de la Generalitat —luego al gobierno central de Largo Caballero—, las milicias antifascistas se convierten el ejército de esos gobiernos⁶⁰.

Es verdad que esta transición implica además una nítida recuperación y reforzamiento de todas las funciones propias de esos órganos que en las crisis revolucionarias se ven constreñidas. Puede comprobarse como en todos los procesos revolucionarios, los órganos burgueses se adaptan a una situación bajo la que tienen que operar precariamente al tener que realizar fuertes concesiones al proletariado, pues es la única forma posible de mantenerse en pie. Muchas de las cacareadas «conquistas revolucionarias» en la región española —que nosotros nos negamos a calificar de esa forma— se comprenden bajo este eje. Cuando un proletariado armado y con fuerza social impone tal o cual medida, la burguesía no tiene más remedio que aceptarla como un

⁶⁰ En el aspecto económico, pese a algunas particularidades, pasará algo similar. La expropiación de medios de producción cede al colectivismo gestionista y este luego es reemplazado por nacionalizaciones.

mal menor y tratar de integrarla en su legalidad, tratar de metabolizarla transformándola en una mera reforma al interior de su sociedad. Lo contrario sería arriesgarse a agudizar el enfrentamiento de clases. De ahí las continuas sanciones legales de ciertas acciones que emprende el proletariado, y que pueden ser metabolizadas. Pero a medida que la correlación de fuerzas vuelve a inclinarse netamente del lado burgués, esos órganos van recuperando toda su fisonomía, liquidando concesiones, purgando todo lo necesario y restableciendo todo lo que se requiere de la situación precedente. Esa es la única diferencia existente entre el Comité Central de Milicias Antifascistas (o los comités provinciales o Juntas de Defensa) y el gobierno del Frente Popular, entre las milicias antifascistas y el ejército regular del Frente Popular. No son más que momentos de la vida de órganos burgueses generados por la lucha de clases. Eso explica que el gobierno tuviera más facilidades para decretar ágilmente medidas contra el proletariado que el Comité Central de Milicias Antifascistas; o que el ejército republicano fuera más eficaz para liquidar a los proletarios más combativos, siendo más fácil entregar menos armas a las zonas donde estaban esos proletarios o/y enviarlos a operaciones suicidas⁶¹.

Justamente, muchos militantes de la época explican que no defendieron Barcelona cuando entraron las tropas de Franco porque en marzo de 1939 ya no había nada que defender, «el ambiente revolucionario» se habían perdido. Nosotros afirmamos que, la misma Barcelona, donde el proletariado había ido más lejos, no se podía defender como un cantón social ni siquiera en los primeros días, porque en su interior la contrarrevolución no sólo no había sido abatida, sino que forjaba las armas para masacrar a nuestra clase. Con la salida de las primeras milicias, la guerra de frentes se desarrolló rápidamente precipitando la derrota del proletariado y la transformación de la guerra de clases en guerra imperialista. Los meses siguientes nos muestran un proletariado que seguía queriendo imponer su revolución, resistía desde numerosos comités irreductibles, resistía a la reanudación de la explotación, liquidaba o hacía huir a patrones, pedía explicaciones a sus propios dirigentes... Sin embargo, estos actos y las resistencias se presentaban cada vez más aislados, dispersos, desestructurados y perseguidos. La contrarrevolución consi-

⁶¹ De ahí la respuesta, aislada, de algunos militantes que resistieron y se enfrentaron a sus oficiales. El caso de Quico Sabaté matando al capitán Ariño es uno de los más conocidos.

guió confinarlos y reprimirlos paulatinamente bajo la denominación de incontrolados. Las Jornadas de mayo de 1937, representarán la última gran tentativa de variar el rumbo de los acontecimientos y retomar la guerra de clases. Su derrota puso punto y final a la formidable lucha proletaria desarrollada en España en la década de los 30, asentando la guerra imperialista y preparando el camino para su generalización mundial poco tiempo después.

Para el proletariado no se trata de tomar el Estado y usarlo para sus fines, porque el Estado no tiene nada de neutro, el Estado es el capital mismo como fuerza contrarrevolucionaria: toda toma del Estado es en realidad cooptación de quienes lo hacen por parte del capital para su desarrollo, como en el caso bolchevique. Sin embargo, no hay avance del proceso revolucionario sin dictadura del proletariado, sin la centralización de la fuerza revolucionaria, sin la necesaria neutralización de los centros de poder y control de la reacción, en este caso, del palacio de la Generalitat, los partidos burgueses y del propio presidente de la Generalitat. Así como de los jefes y fuerzas policiales. La actuación de la CNT al respecto hay que englobarla dentro del proceso de liquidación del proletariado revolucionario y su integración en el Estado. Recordemos al respecto la conversación entre Escofet, jefe de la policía, y Companys en el que planean reprimir el movimiento proletario apenas el balance de fuerzas les sea posible.

CLAVES DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

VOCES DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

Diálogo entre Escofet, jefe de la policía, y Companys, presidente de la Generalitat. Barcelona, 20 de julio de 1936. Extraído de las páginas 496 y 497 de *Durruti en la revolución española* de Abel Paz



— (E) Presidente, vengo a comunicarle oficialmente que la rebelión (militar) está completa mente vencida...

— (C) Sí, Escofet, muy bien. Pero la situación es caótica. La chusma armada e incontrolada invade las calles y se entrega a toda clase de excesos. Y, de otro lado, la CNT, potentemente armada, es la dueña de la ciudad y detenta el poder ¿Qué podemos hacer para oponernos?

— (E) De momento, todos estamos desbordados, e incluso los mismos dirigentes de la CNT. La única solución, Presidente, es mantener la situación políticamente sin abandonar nuestras respectivas autoridades. Si por vuestra parte lo conseguís, yo me comprometo a hacerme de nuevo el amo de Barcelona, cuando me lo ordenéis o cuando las condiciones lo permitan. Si no, pondré a vuestra disposición mi cargo de comisario general de Desorden Público.

Y Escofet concluye:

«Bajo aquella triste impresión nos despedimos. Nunca había visto al presidente Companys tan abatido como lo vi al término de aquella entrevista. ¿Sabría contener la situación políticamente».

Todos los revolucionarios del mundo, de la historia, actuamos para vivir un momento como el que vivieron los protagonistas de julio del 36. Nos entregamos y nos preparamos durante décadas para asumir las tareas que la revolución exige, para saber cómo y con quién unirnos para impulsar y extender el comunismo, para estructurarnos en núcleos y grupos que nuestra clase genera para luchar contra el capital. Sin embargo, la historia nos demuestra que la mayoría de las veces nos equivocamos y cedemos ante el enemigo. El temor a equivocarse, a ser responsables de una masacre que no conduzca a la liberación, a quedar como los culpables de esto y aquello, han paralizado a generaciones de compañeros. Dudas en los momentos cruciales, mala preparación para dirigir un proceso histórico, para que no te pase por arriba, para no verse superado por los acontecimientos, para no constatar que ya no se es la fracción más decidida y revolucionaria de la clase, y, sobre todo, el arsenal de ideologías burguesas, que se cuelan entre las rendijas las fuerzas proletarias.

APÉNDICE

TESIS ACERCA DE LA REVOLUCIÓN Y LA CONTRARREVOLUCIÓN EN LA REGIÓN ESPAÑOLA DURANTE LOS AÑOS TREINTA

Documento histórico elaborado en 1997 que sintetiza las posiciones de nuestra investigación sobre la revolución y contrarrevolución en España durante los años 30.

Estas tesis son un documento de trabajo, un borrador, y debían ser criticadas con el fin de obtener contribuciones más amplias en vistas de la publicación de materiales sobre el tema.

1.

La reapropiación de la historia de nuestra clase es una tarea fundamental para la organización y la centralización del proletariado en su lucha por la revolución comunista mundial. De esa manera podemos extraer las experiencias, tanto errores como aciertos, y convertir esa derrota pasada en un arma de lucha para el presente y el futuro.

2.

El capitalismo deforma y desfigura toda la memoria histórica de nuestra clase. La obra ideológica fundamental realizada por el Estado consiste en camuflar las verdaderas contradicciones de clase, en presentarlas como antagonismos internos del esquema burgués de poder, en esconder la fuerza de la revolución. En Rusia, antes y después de 1917, se intentó negar la fuerza revolucionaria del proletariado y su capacidad para luchar por una sociedad comunista, se nos dijo que ahí había feudalismo y, al final, en base a esa misma concepción socialdemócrata que [...] [predominó] en los bolcheviques, se aplicó una política abierta de defensa y desarrollo del capitalismo. De la misma manera, en España, la socialdemocracia afirmaba que no se podía hacer la revolución proletaria porque todavía había feudalismo y el proletariado primero debía asumir, realizar, las tareas democrático-

burguesas. Todas las corrientes que defendían la tesis de la España con feudalismo y tareas democrático burguesas por realizar se situaron como es lógico en las antípodas de los intereses del proletariado y de su movimiento revolucionario, y lucharon por transformar la lucha de clases y los proyectos antagónicos de la burguesía y el proletariado (capitalismo y comunismo) en una lucha interburguesa entre formas de gobierno y gestión del Capital. A esta concepción, a esta práctica social decisiva en la contrarrevolución, corresponde una visión de la historia de España en la cual lo que habría sucedido sería una guerra civil entre fascistas y antifascistas, entre franquistas y republicanos.

3.

Para nosotros por el contrario, el movimiento proletario en la región española durante los años treinta es la última tentativa revolucionaria de la mayor ola mundial de luchas proletarias que se ha producido hasta la actualidad, un período que se inició en los albores del siglo XX (1904/1905), tuvo su fase central entre 1917/1921, y terminó con la derrota de 1937. El movimiento revolucionario mundial en 1917/19 había obligado a parar la guerra. En la década de los treinta, tras las amplias e importantes derrotas que el proletariado internacional había sufrido hasta entonces y que habían culminado con la represión y liquidación frentepopulista del proletariado en China, el Capital tendía ineluctable a la guerra imperialista, repolarizando el mundo entre fascistas y antifascistas, afirmando así la necesidad de imponer su ciclo infernal para seguir reproduciéndose en forma ampliada. Ante esta tendencia de la burguesía mundial a reanudar la guerra imperialista, el proletariado solo logra responder afirmando su terreno de clase (la lucha por la revolución social) en algunos países como El Salvador, Austria, y principalmente en España..., mientras que en el resto del mundo se encuentra disciplinado en los frentes populares y nacionales. Luego de esa serie de hitos históricos, en los que el proletariado enfrenta regionalmente al capital unificado, la burguesía logra acorralarlo y someterlo a su guerra. La última gran batalla de esa resistencia proletaria a someterse a la guerra capitalista, en donde el proletariado afirma la lucha contra el capitalismo, fue la lucha en España durante los años 30. La derrota, la liquidación de la autonomía proletaria que se producirá particularmente durante el período julio de 1936 a mayo de 1937, al transformar en España la guerra de clases en guerra imperialista, abre definitivamente

las puertas a la generalización de la guerra capitalista que culminará con lo que se ha dado en llamar “Segunda Guerra Mundial”.

4.

Durante los años 20 y el principios de los 30 contradiciendo la situación mundial de derrota proletaria, la agitación y lucha proletaria en España sigue creciendo. Durante la primera mitad de la década del 30 el enfrentamiento de clases llega a niveles ejemplares.

Así por ejemplo en mayo de 1931 se producen revueltas proletarias en Madrid, Barcelona... en donde se queman iglesias y conventos. Luego en ese mismo año se producen importantes movimientos proletarios en toda Andalucía así como importantes huelgas, solidarias con los presos, primero en Barcelona y luego en Zaragoza, Algeciras, Bilbao, Huelva, Cádiz,... generalizándose a todo el país.

En 1932 se sigue radicalizando el enfrentamiento de clases produciéndose batallas cada vez más violentas entre proletarios armados y agentes del orden, tanto de grupos de acción de una y otra clase, como de movimientos masivos como el que se produce en la provincia de Logroño en enero que termina generalizándose a todo el país. En la cuenca minera de Alto Lobregat y Cardoner la revuelta proletaria afirma el proyecto revolucionario intentando asumir aspectos centrales de la dictadura revolucionaria: se declara abolido el dinero y la propiedad privada y se asume la necesidad del terror revolucionario. A pesar de la violencia de la represión republicana los movimientos continúan en toda España y las huelgas son el pan cotidiano de los proletarios: Alicante, Valencia, Granada, Tarrasa... En pueblos y regiones enteras se proclama el comunismo libertario siendo en algunos casos una mera declaración, mientras que en otras partes las minorías de vanguardia tratan de imponer por la violencia medidas elementales contra el capitalismo. El proletariado agrícola asume en esta fase un importante papel expropiando los dominios agrícolas por ejemplo en las regiones de Victoria, Zaragoza, Barcelona, Avila, Toledo, Sevilla... También el proletariado minero juega un papel importante ya en esta fecha: en marzo se dan importantes huelgas en Asturias. Los enfrentamientos entre las fuerzas del orden y los proletarios en lucha se suceden en todo el país: Toledo, Córdoba, Orense... durante todo el año.

1933 se abre con importantes luchas en Barcelona, Casas Viejas (Cádiz)... que culminan por la declaración de la huelga insurreccional en todo el país impulsada y encuadrada por la CNT/FAI. Se organiza la fuga de los presos de la prisión Modelo, nuevamente se atacan iglesias y se incendian conventos. El comunismo libertario es proclamado en diversas partes como en Sardanola-Ripollet y en villas y pueblos se hace flamear la bandera roja y negra. La república de Azaña (a la que luego la CNT/FAI se someterá) muestra su capacidad para llevar el terrorismo estatal a su máxima expresión: se da la orden de tirar directamente a matar a los proletarios insurrectos. Los brutales golpes represivos no impiden que ya en mayo el proletariado vuelva a la huelga y a ocupar la calle en Madrid, Barcelona, Valencia, Burgos, Alicante, Sevilla, Granada, Bilbao... En diciembre el movimiento del proletariado adquiere sus expresiones más elevadas en Aragón y proximidades: se queman archivos, se incendian conventos, se lucha abiertamente contra las elecciones.

1934 se abre también con importantes huelgas obreras: metalúrgicos y tipógrafos en Madrid, gaz y electricidad en Barcelona, huelga general en Zaragoza, así como tentativas de huelgas de proletarios agrícolas. Pero sin lugar a dudas el momento más álgido de ese año es la insurrección proletaria en octubre de 1934 que se conoce como “insurrección de Asturias”. A pesar de la violencia del movimiento en Bilbao y dadas las tentativas infructuosas en Barcelona y Madrid, el movimiento queda rápidamente circunscrito a la región de Asturias, especialmente en las grandes concentraciones mineras. La huelga general llevada adelante por el proletariado unificado bajo el signo de U.H.P (Unión de Hermanos Proletarios) asume inmediatamente un carácter armado e insurreccional escapándosele de las manos a los sindicatos y los partidos (principalmente del P.S.O.E.) que intentan controlarlo. El proletariado minero toma la ciudad de Oviedo utilizando la dinamita y algunas armas, también en otras ciudades como Gijón el movimiento es directamente insurreccional. Se atacan las fábricas de armas, así como los centros de poder, se expropia y se intenta organizar la producción sobre otras bases; pero el rápido fracaso de la insurrección en el resto del país y los límites del armamento proletario permite al Estado aislar el movimiento y concentrar todas sus fuerzas para derrotarlo. Luego de una terrible lucha de 20 días y una sangrienta represión el Estado impone la vuelta al orden. La represión y el terrorismo generalizado del Estado caracterizará el resto de 1934 y todo el año 1935. Luego del aislamiento y la derrota de la Comuna de Asturias de octubre de 1934, se siguen produciendo grandes luchas en toda España,

pero al mismo tiempo la ideología frentepopulista y antifascista se va imponiendo cada vez en más las estructuras organizativas del proletariado hasta el triunfo electoral del Frente Popular y la amnistía de los presos políticos, que constituyen ya, formas de canalización democráticas de la lucha proletaria desarrollada hasta entonces.

En 1936 el proletariado es capaz de armarse, enfrentar y vencer al fascismo pero al mismo tiempo se paraliza frente a la república. La tendencia a “ir por el todo” y a la “dictadura de la anarquía” que se antes se expresaba por doquier, va perdiendo fuerza frente a los antifascistas que por otra parte encuentran apoyo a sus tesis en julio de 1936 en la amenaza de las flotas francesa e inglesa. Con el “colaboracionismo antifascista” descarado de la CNT, la FAI, el POUM a partir de julio de 1936, el proletariado pierde autonomía contra el Estado burgués que en base a ello va logrando desarmarlo y encuadrarlo en los ejércitos antifascista y fascista. La última gran resistencia generalizada del proletariado se produce en las gloriosas jornadas de mayo de 1937 en donde el proletariado se encuentra solo en la calle enfrentando a todas las estructuras del Estado burgués, incluido no solo sus represores republicanos stalinistas y socialistas sino también lo que habían sido sus organizaciones, la CNT, la FAI, el POUM...

5.

Una vez más, la derrota del proletariado en España se produjo porque éste no logró organizarse como clase y como partido autónomo contra todas las fuerzas burguesas. Y todo ello gracias a la concepción y la política socialdemócrata del mal menor, del apoyo a la democracia progresista, de alianza de los mal llamados “partidos obreros”. A la Alianza Obrera de octubre de 1934 entre PSOE, BOC (después POUM), PCE y secciones de la CNT, siguió el Frente Popular de principios de 1936 contra el fascismo, que unía a PSOE, PCE, POUM, CNT y toda una serie de partidos burgueses declarados (ERC, Azaña...). La constitución del Frente Popular y de la alianza antifascista significó la rápida y total disolución de la autonomía de clase del proletariado y su enrolamiento en la guerra interburguesa en España primero y después en la segunda guerra mundial en el resto del mundo.

6.

El Frente Popular (y más precisamente la dualidad antifascismo-fascismo) es la táctica utilizada en ese momento por la burguesía contra el proletariado para liquidar su autonomía de clase. Los fenómenos del fascismo, del nazismo, del frentepopulismo, del stalinismo, que se desarrollan en esos años tienen todos las mismas características básicas de conciliación nacional, movilización de masas, apología del trabajo y de la producción en gran escala y conducen todos a la renuncia de los intereses proletarios, al esfuerzo nacional y en última instancia a la guerra imperialista, donde el único papel que tiene el proletariado es el de carne de cañón. A pesar de la resistencia activa de las fracciones comunistas e internacionalistas, el proletariado no logra la ruptura con dichas corrientes y terminará jugando exactamente ese papel de carne de cañón. España es entonces el último país en donde el proletariado libra una gran batalla revolucionaria de todo el período y a su vez el primer país en donde el capitalismo mundial logra concretar la canalización de todas las energías proletarias en la guerra fascista-antifascista cuya culminación será la guerra mundial.

7.

La lucha en España durante la década de los treinta en la medida que culmina en la transformación de la guerra social en guerra imperialista y en destrucción/liquidación del proletariado concluye el proceso contrarrevolucionario que ya era general en el mundo. Para ello fue fundamental el papel que jugó la socialdemocracia, como partido burgués para los obreros. Ese rol lo desempeñaron PSOE, PCE, POUM y CNT. Mientras que las dos primeras tiene un programa abiertamente burgués y opuesto a la revolución proletaria (tareas democrático burgueses...) será en las otras dos que el proletariado estructuró su lucha. No existen otras organizaciones masivas de proletarios organizados autónomamente. A partir de estructuras militantes de la CNT, la FAI y pequeños grupos, que aunque no son oficialmente reconocidos se reivindicaban de esas estructuras, se organizó la insurrección armada. Minorías y grupos que se reivindicaban de la CNT fueron la vanguardia de las expropiaciones proletarias y de la acción autónoma de la clase obrera contra el capitalismo. La masa proletaria no organizada vio también en la CNT a su organización. Sin embargo, tanto por su práctica social global (la CNT era prin-

cialmente un sindicato y funcionaba como un aparato del Estado burgués) como por su concepción (predominio de una ideología anarquista incapaz de concebir la lucha contra el Capital y el Estado), esa organización que encuadraba a la vanguardia del proletariado no pudo dar otra dirección que no fuera la del antifascismo. En efecto, desde mucho antes de 1936, la CNT había confirmado su naturaleza socialdemócrata y durante las elecciones de ese año, así como con posterioridad, se mostró como un aparato capaz de funcionar como el ala izquierda del republicanism y el Frente Popular. Más aún, durante los meses previos al asalto insurreccional de julio de 1936 se había ido imponiendo una línea abiertamente antifascista a secas (es decir burguesa) que ya no designaba como enemigo a la burguesía y el sistema social capitalista, sino al fascismo. Aunque esta práctica se denunciara en el interior mismo de la CNT (por ejemplo, en el Congreso de Zaragoza), el frentepopulismo se impuso totalmente en la renuncia al abstencionismo revolucionario y en la participación activa en las elecciones del lado del Frente Popular.

8.

En las luchas en España, el proletariado alcanzó grados importantísimos de autonomía y dio evidencias del alcance de la revolución que contiene. Son de destacar la concreción y la radicalización de la lucha, la autonomía de los proletarios al armarse y tomar los centros de poder en diversas ocasiones como en octubre de 1934 y julio de 1936, las rupturas de grupos o fracciones que fueron más lejos que sus propias organizaciones, la rápida extensión de consignas y tentativas prácticas de lucha contra la propiedad privada, las expropiaciones de tierras y fábricas, los intentos de abolición del dinero, la búsqueda de organismos de producción colectiva y la búsqueda de otras formas de producción y distribución; sin embargo, la ideología antiautoritaria, antidictatorial,... socialdemócrata que predominaba dispersó esa formidable energía en miles de pequeñas acciones sin fuerza orgánica capaz de reventar el capitalismo. La concepción gestionista predominante se completaba perfectamente con la política antifascista y juntas impidieron que el proletariado impusiera sus propios intereses en base a su dictadura revolucionaria. Ese extraordinario movimiento del proletariado no tenía una dirección revolucionaria en el sentido más fuerte de esa palabra y en su lugar existía una dirección formal que no correspondía con la práctica real del movimiento y que lo dirigía al callejón sin salida

del antifascismo y el gestionismo radical: la formación de colectividades en coexistencia pacífica con la economía capitalista.

9.

En 1936, el proletariado se arma y conquista la calle frente a la burguesía, a la propiedad privada y al Estado; pero se encuentra desarmado políticamente por las organizaciones de la socialdemocracia que con sus ideologías anarquistas y secundariamente socialistas y leninistas lo conducen atado de pies y manos a aceptar la disciplina del antifascismo (milicias antifascistas), la república burguesa (legalidad democrática), la gestión capitalista (colectividades). Aunque los aspectos militares, políticos, económicos de la lucha de clases están indisolublemente unidos, podríamos esquematizar la imposición de la contrarrevolución haciendo una disociación de esos aspectos para exponerlo con más claridad. En lo militar se liquidó la lucha de clases al someter al proletariado al frente militar dirigido por la burguesía republicana. En lo político, la entrada y colaboración de esas organizaciones en el gobierno republicano fue una confirmación de su incapacidad de darle a la situación una salida revolucionaria y de su política contrarrevolucionaria de conciliación de clases. En lo económico, la ideología que pretende que se puede organizar la producción sobre bases revolucionarias sin la dictadura del proletariado que destruya centralmente la propiedad privada (la mercancía, el dinero, el trabajo asalariado...) condujo a canalizar la energía proletaria en la gestión y reproducción de la economía mercantil. Toda la energía revolucionaria del proletariado fue liquidada por el antifascismo (guerra imperialista) y el gestionismo (colectividades) que impusieron la CNT y el POUM, lo que vino a complementar con creces el papel criminal que realizaban en el campo antifascista el PC y el PSOE. Dada la coherencia entre la práctica social y la ideología (así como las prácticas anteriores), de todos los grandes partidos denominados de izquierda, resulta absurdo hablar de traición. De la misma manera que la socialdemocracia formal no traicionó en 1914, sino que cumplió su papel histórico de partido burgués para los obreros, y los asesinatos de revolucionarios y las casas de tortura utilizados por el PC confirmaron su papel contrarrevolucionario, el papel centrista, desempeñado por la CNT y el POUM que parten de la lucha del proletariado, de sus necesidades y efectúan declaraciones revolucionarias, para someterlo inmediatamente a las necesidades de la guerra y la economía capitalista, resultó confirmado por la práctica contrarrevolucionaria de estas organizaciones. Ello

fue esencial para encuadrar a lo mejor el proletariado y liquidarlo en el campo de la guerra antifascista y de la producción militar capitalista y lejos de constituir una traición significó la confirmación de la concepción general de esas organizaciones y de su política de años anteriores.

10.

La derrota de la insurrección de mayo de 1937 (la más claramente antiburguesa antiestalinista y antirrepublicana) se produce gracias a que el antifascismo radical logra desarmar totalmente al proletariado insurrecto, notablemente gracias a la dirección de la CNT, del POUM y sus Ministros. La paralización/liquidación de la insurrección y la vuelta al trabajo preconizada por estas organizaciones dejaron el campo totalmente libre para la tortura, la desaparición y los asesinatos practicados por los stalinistas para descabezar la revolución. Como en las otras tentativas insurreccionales, en abril de 1931, octubre de 1934 y julio de 1936, el proletariado no afirmó una dirección revolucionaria realmente propia, que no estuviera dispuesta a transigir y a aceptar los llamados a la paz social del antifascismo. Su formidable impulso revolucionario logró ser liquidado por la represión física selectiva y la ideología de vuelta al trabajo y al frente de batalla antifascista que impusieron la CNT y el POUM.

11.

Frente al desarrollo de los enfrentamientos y tras la derrota del proletariado en España, los proletarios de otras partes del mundo se encontraron sin poder actuar en solidaridad con el mismo como hubiese sido necesario para impedir su aislamiento y liquidación. Ello se debió principalmente a la debilidad del movimiento del proletariado internacionalista en ese período, puesto que había sido derrotado por doquier. A pesar de las luchas en Francia en junio de 1936, en México... se dio una situación de aislamiento del movimiento a nivel internacional. La burguesía mundial logró camuflar el verdadero antagonismo de clase de la "guerra civil" en España y venderla a la opinión pública mundial como una guerra entre republicanos y fascistas, lo que llevó al proletariado revolucionario en España a un aislamiento político muy profundo. Cuanto más se imponían internacionalmente las banderitas fascistas y antifascistas con los colo-

res nacionales y más se movilizaban al proletariado hacia las Brigadas Internacionales, más solos se encontraron los revolucionarios e internacionalistas en España para enfrentar al capitalismo mundial.

En particular, el papel de la Internacional Comunista, la URSS y los diferentes PC, así como sus diferentes apoyadores críticos (sobre todo el trotskismo en sus múltiples variantes) fue fundamental para ese aislamiento. Cuanto más se reclutaba para el antifascismo, más se liquidaba la posibilidad internacional de acción internacionalista en comunidad de acción y lucha con el proletariado en España. Es obvio que existe una relación directa entre las necesidades de la URSS en tanto que potencia capitalista compitiendo con otras potencias capitalistas y la defensa de tal o cual “táctica” en la IC. La del Frente Popular, que tuvo en España su confirmación más clara como fuerza de liquidación de la energía revolucionaria del proletariado, obedecía a los intereses imperialistas del Capital en esa región del mundo.

12.

Contra todas esas fuerzas burguesas sólo un puñado de compañeros dispersos por el mundo repudiaron por igual el fascismo y el antifascismo y continuaron la lucha invariante del Partido contra el capitalismo mundial y el Estado. Nosotros consideramos importantísimo, no sólo para el análisis del pasado, sino para la lucha futura, los aportes de esos distintos compañeros, más o menos estructurados en grupos o fracciones comunistas en diferentes países del mundo. Uno de los ejes fundamentales de las publicaciones que se realizarán será precisamente el del rescate histórico de los mejores de esos materiales. Sin ese decisivo trabajo de reapropiación, el proletariado debería volver a empezar siempre de nuevo su propia historia, repetir los mismos errores e improvisar inmediateamente la dirección a tomar. Sin ese aporte decisivo, los internacionalistas de hoy y de mañana no tendríamos todo ese bagaje de experiencia, de teoría revolucionaria, que constituye el arma más decisiva y potente de gestación de una dirección revolucionaria que asegure el triunfo en la próxima ola de luchas proletarias.

Índice

Revolución y contrarrevolución en la región
española —años 30—.

Primera parte	5
- La concepción histórica como práctica de clase	5
- El proletariado en España a contracorriente	19
- El ABC sobre la cuestión española	22
- Exposición de los hechos más relevantes	26
- Antecedentes a las luchas de los años 30	26
- Primeros años de la República	36
- Profundización de la lucha y tentativas insurreccionales	47
- Insurrección de octubre de 1934 y ascenso del frentismo	63
- La insurrección proletaria de 1936 y su encuadramiento estatal	76
- Elementos de balance crítico	85
Segunda parte: La contrarrevolución	93
- Presentación	93
- Introducción	96
- La socialdemocracia	100
- El gestionismo «anarco»sindicalista	105

- Frentismo y antifascismo, uniforme de la guerra imperialista	112
- El Frente Popular como cristalización del frente antifascista	117
- Momentos y personajes decisivos de la contrarrevolución	122
- Las elecciones de febrero de 1936	123
- 19 de julio. La insurrección proletaria y el grillete antifascista	125
- 20 de julio. La reorganización del Estado: formación del CCMA	130
- La reunión palaciega del 20 de julio de 1936	131
- 21 de julio. Pleno de la CNT, Barcelona	134
- 22 de julio, última reunión del grupo Nosotros	146
- 24 de julio, Partida hacia Zaragoza	148
- Claves de la contrarrevolución. Voces de la contrarrevolución	155

Apéndice

Tesis acerca de la revolución y la contrarrevolución en la región española durante los años 30	159
---	-----

En 1936, el proletariado se arma y conquista la calle frente a la burguesía, a la propiedad privada y al Estado; pero se encuentra desarmado políticamente por las organizaciones de la socialdemocracia que con sus ideologías anarquistas y secundariamente socialistas y leninistas lo conducen atado de pies y manos a aceptar la disciplina del antifascismo (milicias antifascistas), la república burguesa (legalidad democrática), la gestión capitalista (colectividades). Aunque los aspectos militares, políticos, económicos de la lucha de clases están indisolublemente unidos, podríamos esquematizar la imposición de la contrarrevolución haciendo una disociación de esos aspectos para exponerlo con más claridad.

Luego de esa serie de hitos históricos, en los que el proletariado enfrenta regionalmente al capital unificado, la burguesía logra acorralarlo y someterlo a su guerra. La última gran batalla de esa resistencia proletaria a someterse a la guerra capitalista, en donde el proletariado afirma la lucha contra el capitalismo, fue la lucha en España durante los años 30. La derrota, la liquidación de la autonomía proletaria que se producirá particularmente durante el período julio de 1936 a mayo de 1937, al transformar en España la guerra de clases en guerra imperialista, abre definitivamente las puertas a la generalización de la guerra capitalista que culminará con lo que se ha dado en llamar “Segunda Guerra Mundial”.

